

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades  
Convocatoria 2015-2017

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología Visual

Pueblo de papel: territorio y memorias en el poblado industrial de Atenquique (México)

Alejandro Ponce de León Pagaza

Asesora: Patricia Bermúdez A.

Lectores: Gabriela Zamorano y Alfredo Santillán

Quito, mayo de 2018

*A los que la luchan, que no se rinden,  
que siguen por ahí, de 'trotamundos'.*

*Con mucha admiración, a mis padres  
Bárbara y Alejandro, que son de esos.*

## Tabla de contenidos

<b>Resumen.....</b>	<b>VII</b>
<b>Agradecimientos. ....</b>	<b>VIII</b>
<b>Introducción. ....</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo 1.....</b>	<b>6</b>
<b>Atenquique, poblado industrial.....</b>	<b>6</b>
1. Problemática.....	6
1.1. Acercamiento al poblado.....	6
1.2. Contexto nacional: la industrialización en México.....	9
1.3. Atenquique: la construcción de un pueblo-compañía.....	12
1.4. La entrada del neoliberalismo en México: la venta de la empresa estatal.....	20
2. Objeto de investigación.....	27
2.1. Justificación.....	27
2.2. Pregunta y objetivos de investigación.....	29
3. Enfoque metodológico.....	30
3.1. Recorridos con video.....	32
3.2. Historia oral.....	34
3.3. Documental etnográfico.....	35
<b>Capítulo 2.....</b>	<b>39</b>
<b>Memorias de Atenquique.....</b>	<b>39</b>
1. La memoria en Ciencias Sociales.....	39
2. Repensar la memoria social con audiovisual.....	41
3. Memoria y territorio.....	42
4. Estrategias para activar la memoria colectiva.....	43
5. El viejo Atenquique, añoranza de una época.....	47
6. La actualidad de Atenquique, sombra de su época dorada.....	53
7. Las memorias, objeto de lucha.....	57
<b>Capítulo 3.....</b>	<b>65</b>
<b>La producción social del territorio.....</b>	<b>65</b>

1. El giro espacial y la geografía crítica.....	65
2. Topofilia, territorialidad y arraigo.....	68
3. Maneras de volver: el arraigo.....	72
<b>Capítulo 4.....</b>	<b>84</b>
<b>“Pueblo de papel”, notas sobre el documental etnográfico.....</b>	<b>84</b>
1. El documental etnográfico: más que un instrumento de investigación social.....	85
2. La cámara en campo: las primeras negociaciones.....	88
3. El proceso del documental y la participación de sus protagonistas.....	93
4. Construir una narrativa: el montaje en la generación de conocimiento.....	98
<b>Conclusiones.....</b>	<b>105</b>
1. El documental como motor de procesos. Reflexiones de la cámara en campo.....	106
2. Memoria y territorio desde el audiovisual.....	107
3. A 30 años de la privatización: neoliberalismo y conciencia de clase.....	109
<b>Lista de referencias.....</b>	<b>113</b>

## Ilustraciones

### Figuras

Figura 1.1. Fotografía de la fábrica Bio Pappel en Atenquique, Jalisco.....	8
Figura 1.2. Mapa de la región Sur de Jalisco.....	13
Figura 1.3. Fotografía del nevado de Colima.....	14
Figura 1.4. Fotografía de la barranca de Atenquique.....	14
Figura 1.5. Fotografía de la inundación de 1955.....	17
Figura 1.6. Fotografía de la inundación de 1955.....	17
Figura 1.7. Tabla de personajes del documental “Pueblo de papel”.....	37
Figura 3.1. Fotografía de la ciudad de Tuxpan, Jalisco.....	73
Figura 3.2. Fotografía de la ciudad de Tuxpan, Jalisco.....	73
Figuras 3.3. Fotografía de las calles de Atenquique.....	73
Figuras 3.4. Fotografía de las calles de Atenquique.....	73
Figura 3.5. Fotograma de recorrido con cámara.....	78
Figura 3.6. Fotograma del documental Pueblo de papel, Fiesta del Ausente 2012.....	80
Figura 3.7. Fotograma del documental Pueblo de papel, Fiesta del Ausente 2012.....	80
Figura 3.8. Fotograma de recorrido con cámara.....	81
Figura 3.9. Fotograma de video. Comida en la casa de los Flores.....	81
Figura 4.1. Estructura del documental Pueblo de papel.....	102

## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Alejandro Ponce de León Pagaza, autor de la tesis titulada "Pueblo de papel: territorio y memorias en el poblado industrial de Atenquique (México)", declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología Visual concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, mayo de 2018.



**Alejandro Ponce de León Pagaza**

## **Resumen**

Esta investigación trata sobre la memoria, la producción social del espacio<sup>1</sup>, y la visualidad en Atenquique, un pequeño poblado industrial en la región sur del estado de Jalisco, en el occidente mexicano. El poblado fue construido como un pueblo-compañía alrededor de una planta de papel: la Compañía Industrial de Atenquique (CIDASA), fundada en 1941, inaugurada en 1946 y posteriormente privatizada a finales de los años ochenta.

A partir del estudio específico en el pueblo de Atenquique, se investiga sobre la transformación y refuncionalización del territorio a raíz del cambio de modelo de producción con la entrada del neoliberalismo en México. También se reflexiona acerca del uso de la memoria en la producción social del territorio a través de la visualidad, ahondando en las posibilidades de la producción de cine documental.

**Palabras clave:** Cine documental, Desindustrialización, Documental etnográfico, Memoria, México, Modelo neoliberal, Producción social del territorio

---

<sup>1</sup> Entendiendo por espacio no una definición en el sentido físico o geométrico, sino como un espacio contenedor de significados y relaciones sociales, incluyendo los modos de vida, subjetividad y prácticas cotidianas de los sujetos.

## **Agradecimientos**

A mis padres, Bárbara y Alejandro, por ser un ejemplo a seguir; ejemplo de lucha, constancia y pasión por lo que hacen, con mi máxima admiración y orgullo.

A mi hermana Bárbara, que siempre está ahí presente, apoyando, y aconsejando. A mis abuelos Cristina y Alejandro, y a mis compadres Irene y Pepe, por brindarme los ánimos y palabras necesarias para cada momento. A toda mi familia.

A todas las amistades en Tuxpan y Atenquique, especialmente a Don Nacho, que en una de esas caminatas se nos fue; gracias a él y a toda su familia por abrirme las puertas de su casa y brindarme su sincera amistad. Igualmente a Héctor y Armando Carrillo, Ana Legarreta, la familia Flores Moreno y la familia Manríquez.

Al equipo de producción del documental, que caminamos juntos y la sudaron sin esperar nada a cambio, especialmente al Fer Valencia y su paciencia durante tantos meses en la edición y a Chava Ochoa por el valioso trabajo en campo con la cámara siempre atenta. A Urzula, Esteban, Carlos, Christian y Carlos Alberto, eternas gracias por creer en este proyecto y por encontrarnos en este andar, que espero no sea el último.

A todos mis amigos en Quito, Colima, Atenquique, DF. En especial al Tincho Varese, que siguió todo este proceso con la escucha siempre atenta y la crítica constante: ‘compañero e compañero’. Lo mismo al Héctor, otro de crítica aguda, a veces hasta demasiado, y por ello gracias. También a la bola de muchachas que le toparon en este caminar de la maestría: Delfi, Sofi, Lu, Lau, Alí, Anto, Ana Mote, Ana Cerón, Chio y Berni, gracias por hacer del lluvioso Quito un lugar mucho más cálido. Y por el aguante de los hermanos de toda la vida: Chava, Nando, Darío, Roberto, Urzula, Gaby, Lore; lo mismo Violeta, Cristy, Ana, Esteban, Renato, Lalo, Abel y Christian.

A los profesores de FLACSO. A Patty Bermúdez por acompañar este proceso; a Alfredo Santillán y Gabriela Zamorano por las acertadas sugerencias; al X. Andrade, Ana Lucía, Christian León y Michael Uzendozki, por ese espíritu de compartir aprendizajes.

Suelen advertir que los posgrados se sufren, que aíslan. Por suerte, y en eso me considero afortunado y agradecido, para mí no fue así, y quedo sumamente agradecido con toda la familia forjada en Quito. Fueron dos años de retos, pero sobre todo, de mucho aprendizaje. Y ya sea a Quito o Atenquique, siempre me ‘voy a volver’.

## Introducción

El paisaje siempre me ha resultado impresionante: desde los enormes puentes, se observa la gris planta al fondo de la barranca, siempre humeando, y en el horizonte, detrás del pueblo, el Nevado y el Volcán de Colima, en ocasiones este último también ‘humeando’. Al fondo de esa barranca repleta de pinos se encuentra el poblado industrial de Atenquique. Hace ya varios años visité el pueblo por primera vez, y ahí escuché la historia de su fundación, en torno a una fábrica papelera establecida en los años cuarenta del siglo XX.

Por aquel entonces, y desde entonces, escuché distintas versiones de su historia –las memorias, como recuerda Jelin (2012) nunca son en singular: son memorias que nunca son únicas ni estáticas–, que había sido un experimento socialista, que era apoyada por rusos, que en realidad la fundaron estadounidenses, que era del gobierno, que los trabajadores no pagaban ninguna clase de servicio. Un sinfín de versiones que enseguida captaron mi atención. Desde aquel día, seguido por un genuino interés por entender con mayor detalle los efectos del neoliberalismo, supe que quería investigar y documentar las historias de la clase trabajadora al respecto, la más afectada. Después de todo, no es tan frecuente escuchar de un poblado que fue levantado alrededor de una empresa del Estado, y menos aún que se encuentra en una región de la cual se es parte<sup>2</sup>.

Ahora, años después, esas versiones se vuelven tangibles a través de un trabajo de memoria; las memorias de la clase trabajadora se convierten en el objeto de estudio de esta investigación. Este trabajo busca indagar en las memorias de los habitantes y ex habitantes del poblado de Atenquique, y a la par estudiar la producción social del territorio: la manera en que el capital define y redefine los territorios, y como en éstos, a su vez, se tejen significados sociales por parte de los habitantes. Por ello, una de las principales preguntas de partida es ¿cómo se ha sido la producción social del espacio en el poblado industrial de Atenquique? En el mismo sentido, y desde el punto de vista de la clase obrera, busco comprender ¿cómo los habitantes y ex habitantes de Atenquique resignifican la historia del pueblo a partir de la memoria y la visualidad?, ¿qué relación puede tejerse entre el territorio y la memoria?

Cabe aclarar la cercanía de estas dos preocupaciones: la producción social del espacio y la resignificación de la historia a partir de la memoria de la clase trabajadora están

---

<sup>2</sup> Si bien en un inicio no le di mayor importancia al hecho de conocer la zona, noté la ventaja de ello al leer el trabajo de la antropóloga June Nash (2015) en la ciudad industrial de Pittsfield, muy cerca de donde ella pasaba sus veranos.

intrínsecamente conectadas, en el sentido que ambas buscan el estudio del poblado industrial desde el punto de vista de la clase trabajadora. Por ello, se parte de un marco analítico marxista que aborda el territorio y los cambios sucedidos alrededor de la fábrica y el poblado industrial: su fundación en los años cuarenta, la venta de la empresa estatal en los años ochenta y lo sucedido en las últimas tres décadas a raíz de dicha privatización. Para comprender la relación entre el territorio y el capital resultan clave los geógrafos marxistas Henry Lefebvre y David Harvey, cuyos estudios del territorio permiten cuestionar los desarrollos geográficos desiguales y la constante evolución del capital para redefinir paisajes geográficos (Harvey 2014).

Para la realización de esta investigación también es clave el abordaje audiovisual, principalmente el cine documental. Con éste se buscó –como los sugiere Ardèvol (2006) – contar con un generador de datos y de relaciones sociales, superando la barrera de una mera herramienta metodológica para convertirse en eje central de la discusión teórica y metodológica de este trabajo.

De esta forma, esta investigación se ve plasmada en dos productos distintos: esta tesis de carácter escrito –acompañada de fotografías– en donde se analiza y contrasta la historia y contexto del poblado con lo vivido por sus habitantes y, por otra parte, el documental etnográfico “Pueblo de papel”, un producto audiovisual de 26 minutos donde se plasma parte del trabajo de campo realizado, las metodologías empleadas y las disputas respecto a las memorias, además de fungir como soporte audiovisual de las memorias de los trabajadores.

El documental se conforma de cuatro partes: una introducción al pueblo y su ritmo lento; una presentación de los personajes de manera informal, mediante anécdotas y apodos; la añoranza por el pasado del poblado; y por último, la venta de la fábrica y el declive actual del poblado. Sumado a lo anterior, a manera de epílogo, se presentan escenas de la Fiesta del Ausente que se realiza año con año, festividad que se detalla en esta tesis. De manera distinta al escrito, las múltiples partes del documental buscan construir gradualmente un conocimiento sobre el pueblo y sus protagonistas, el arraigo y amor que le tienen a sus antiguos hogares.

Por su parte, la tesis escrita busca presentar y discutir las distintas memorias tejidas en torno al pasado y presente del poblado industrial de Atenquique. Con ello, paralelamente se discute teórica y metodológicamente acerca del estudio del territorio y su relación con el capital, así como el cine documental como estrategia teórico-metodológica de acercamiento al tema. Por

ende, es complejo encasillar el abordaje teórico en una única línea de trabajo, convirtiéndose en un estudio multidisciplinar donde se involucran discusiones de la Antropología Visual, la Antropología del Trabajo, los estudios de memoria en Ciencias Sociales y la Geografía crítica. Los cruces disciplinarios, en lugar de convertirse en un obstáculo teórico, permiten ampliar las posibilidades de discusión y aporte a nivel tanto teórico como metodológico.

La Antropología Visual permite el abordaje del cine documental como proceso y soporte de la memoria; no por su carácter instrumental, sino como un generador de nueva información y como vía para transmitir el conocimiento. El documental etnográfico es un eje central de este trabajo, por lo cual se parte de cuestionamientos claves al mismo: ¿para qué la construcción del conocimiento antropológico mediante el audiovisual?, ¿qué diferencias existen entre la escritura y el cine etnográfico? Los debates de los últimos tiempos en la disciplina (Ardèvol 2006; Grau 2012; Pink 2006) han llevado a valiosos aportes para responder a esas preguntas, superar las dicotomías escritura-audiovisual y, con ello, dar su respectivo sitio al audiovisual al interior de la Antropología. Con las reflexiones a raíz de la producción de “Pueblo de papel” busco generar aportes en la misma línea, a la par de marcar algunas pautas que me resultaron útiles en la realización del mismo y pueden servir como aporte metodológico en los complejos debates sobre la ética, la representación y la responsabilidad del documentalista con las personas filmadas.

La Antropología del trabajo sirve como un referente que permite comprender de manera extensa los ciclos industriales; la Geografía Crítica abona en planos similares al posibilitar el estudio del territorio desde una vertiente marxista que pone como eje central la relación espacio-capital. Por último, los estudios de memoria proporcionan herramientas para comprender de manera más amplia las memorias y las complejas formas en que se conforman y transforman con el tiempo. En el caso de las tres disciplinas, metodológicamente se entrelazan con esta etnografía audiovisual para decantar en un estudio donde, partiendo de preocupaciones y reflexiones teóricas, se responden los cuestionamientos a partir del trabajo de campo y la convivencia con la clase trabajadora de Atenquique.

Este trabajo se divide en cuatro capítulos. “Atenquique, poblado industrial” es el primero de ellos y en él se presenta la problemática, objeto y enfoque metodológico de esta investigación. Se enmarca la historia del poblado en el contexto nacional e internacional: la construcción del pueblo-compañía, y la privatización de la misma varias décadas después.

El segundo capítulo, “Memorias de Atenquique”, recoge y analiza las memorias de los habitantes y ex habitantes del poblado. Abre con una discusión teórica de la memoria en Ciencias Sociales, y sus posibilidades en el estudio del territorio. Se puntualizan las estrategias principales utilizadas en el trabajo de campo para activar la memoria colectiva: las dificultades sufridas, las maneras en que se trataron de superar, los alcances y limitaciones del estudio. Posteriormente, con base en la narrativa de los interlocutores, reviso el “viejo Atenquique” y la añoranza por la época de oro, analizando las condiciones socioeconómicas vividas durante las primeras décadas de fundación y las repercusiones de las mismas. El capítulo cierra con un retrato de la actualidad del poblado: casas abandonadas, gente despedida de la compañía y por ende del pueblo: el declive social y estructural del mismo. Las memorias en torno a Atenquique no quedan cerradas, y por el contrario, se mantienen como objetos de lucha después de tres décadas de la privatización.

El tercer capítulo –“La producción social del territorio” – aborda las discusiones del territorio desde la Geografía crítica. En un primer momento, se hace un repaso teórico acerca del giro espacial en las Ciencias Sociales y la línea de pensamiento marxista de la Geografía crítica; esta última se contrapone con el estudio de la construcción social del territorio y la topofilia, acercamientos más cercanos a la visión del sujeto. En el estudio del territorio en Atenquique, la categoría de arraigo surge como concepto clave para comprender la manera en que los ex habitantes entienden y viven su salida del poblado.

“Pueblo de papel”, notas sobre el documental etnográfico, figura como el cuarto y último capítulo, destinado a una revisión detallada de las implicaciones de la cámara en el trabajo de campo. Se presentan notas sobre la realización del documental etnográfico que abarcan el documental como instrumento de investigación social, las negociaciones de la cámara en campo, el proceso e involucramiento de los protagonistas y, por último, la construcción de una narrativa a través del guión.

Las conclusiones de este trabajo buscan reflexionar, a manera de cierre, acerca de las posibilidades del cine documental como motor de procesos sociales; el abordaje de categorías como memoria y territorio desde el audiovisual. Se concluye la investigación esbozando las implicaciones del modelo neoliberal en este pequeño poblado industrial, y la forma en que se vive y se observa en perspectiva por parte de la clase obrera.

En esta introducción aprovecho para reiterar mis agradecimientos a todas las amistades forjadas durante el trabajo de campo en Tuxpan y Atenquique, especialmente a Don Nacho Cárdenas, que en una de esas caminatas se nos fue; gracias a él y a toda su familia por abrirme las puertas de su casa y brindarme su sincera amistad. Igualmente al otro trotamundo de largas caminatas, Héctor Carrillo, y su hermano Armando. A Ana Legarreta por recibirme en su casa muy amablemente; a la familia Flores Moreno por las comidas de todos los domingos y la familia Manríquez, por su confianza. Sin el aporte de cada uno de ellos, esta investigación no hubiera sido posible.

## **Capítulo 1**

### **Atenquique, poblado industrial**

#### **1. Problemática**

##### **1.1. Acercamiento al poblado**

Desde los puentes de la autopista Guadalajara-Colima se vislumbra el pueblo. De hecho, desde kilómetros atrás, antes de llegar a la zona de profundas barrancas y largos puentes, es posible anticipar la llegada al sitio debido al penetrante olor que expide una fábrica de papel. Ahí, al fondo de una barranca se encuentra el poblado industrial de Atenquique, el cual gira en torno a la fábrica de papel y cartón, actualmente llamada Bio Pappel. Unas décadas atrás, previo a la construcción de la planta en los años cuarenta, la barranca era tan sólo una zona de tránsito para diligencias.

Previo a la fundación de la planta de papel y celulosa, Atenquique era un sitio boscoso que funcionaba como zona de paso del Camino Real de Colima, ruta comercial que funcionó desde los tiempos de la colonia. En esa barranca del sur de Jalisco, lo único que existía era una finca conocida como “El Mesón”, un sitio establecido en 1775 que funcionó como lugar de descanso y cambio de postas para los viajeros y comerciantes que recorrían el sinuoso Camino Real de Colima, en el cual laboraban alrededor de treinta personas (Urzúa Orozco en Medina 1988, 97).

Las vías del ferrocarril que ahí fueron construidas en 1908, junto con los enormes pinos de la región fueron factores determinantes para que, en la década de los cuarenta, fuera instalada la planta de papel y, a su alrededor, las colonias obreras donde se daría hogar a sus trabajadores: carpinteros, artesanos y campesinos jóvenes, en su mayoría del pueblo vecino de Tuxpan, quienes fueron contratados para impulsar el movimiento industrial, y con ello afianzar el desarrollo nacional de carácter estatal.

Los trabajos de exploración y estudios de ubicación comenzaron en 1941 por parte del empresario checoslovaco Enrique Anisz Weisberger; para 1943 se iniciaron trabajos formales para la construcción tanto de la factoría como del poblado. La fábrica se terminó de construir en febrero de 1945 y fue inaugurada el 31 de octubre de 1946 (Ponce 1983, Medina 1988), con una placa grabada en bronce que hasta la fecha se encuentra en las entradas del área administrativa de la planta.

Casas similares entre sí fueron construidas en las laderas del cerro: de ladrillos y pintura blanca, con puertas y ventanas azul celeste; con techo de dos aguas cubierto de tejas rojas y pequeños jardines propios. Una vivienda junto a la otra, con tan sólo una angosta calle empedrada entre manzana y manzana; una arquitectura muy peculiar para la región que daba cierto aire campirano de diminuto pueblo estadounidense. Al inicio se pensaron en tres distintos niveles de construcciones, habitadas de acuerdo al rango laboral: en la parte más baja, los encargados de la tala y obreros de producción; en la media, obreros, técnicos y empleados de oficina; y en la alta, los ingenieros y funcionarios.

Las condiciones y prestaciones laborales durante las primeras décadas fueron favorables para los trabajadores, con salarios altos y amplios beneficios. Las viviendas, las cuales siempre han pertenecido a la empresa, eran prestadas a los trabajadores sin costo alguno; la misma empresa se encargaba de cubrir los servicios de agua y luz de las familias, además del mantenimiento general de sus hogares. También fueron instalados una escuela primaria, una clínica, un pequeño cine, parque con juegos, un hotel para los trabajadores y funcionarios visitantes, así como canchas de fútbol, basquetbol, tenis, frontón y dos albercas.

En su libro *Historia de Atenquique*, José Manuel Ponce Segura, entonces sub-contador de la empresa, relata con cierto romanticismo lo prolijo de puntualizar una por una las obras realizadas por la compañía, por lo que “basta decir que las actividades de construcción y embellecimiento han sido permanentes y gracias a ellas el poblado ha ido adquiriendo día a día el aspecto de una población moderna, limpia y risueña” (Ponce 1983, 28). Desde entonces, miles de personas han habitado el pueblo por décadas enteras. Otras más vivieron ahí sólo por algunos años debido a motivos netamente laborales. Sin embargo, resulta complejo establecer límites meramente laborales, considerando que la clase trabajadora forjó relaciones sociales, echó raíces y tejió significados sobre el territorio.

Es justamente por esas últimas cuestiones por las cuales me interesé en estudiar las memorias y el presente de este poblado industrial, desde el punto de vista del sujeto pero considerando las etapas y el contexto macro en el que se dio su auge y posterior declive. Para ello, llevé a cabo mi trabajo etnográfico en la región durante cuatro meses –entre diciembre 2016 y marzo 2017–, centrándome en Atenquique, pero con el valioso apoyo de colaboradores que vivieron en el poblado y actualmente radican en Tuxpan, Ciudad Guzmán y Colima. Las experiencias, anécdotas, significados construidos y el arraigo por el pueblo fueron emergiendo de muy diversas procedencias y distinta naturaleza, entre habitantes y exhabitantes. Esta investigación

es el resultado de esa etnografía local en la región, en el cual se retoma el “proceso de representación del pasado reciente (...) desde las prácticas de reconstrucción de memoria” (Gills 2013, 11).

¿Cómo se pueden entonces delimitar las fronteras de lo laboral, sin tratar la vida familiar de la clase obrera y el arraigo por el pueblo? Y es que, a primera vista, pareciera que la vida entera gira en torno a la fábrica. Ahí, al fondo de la barranca, se encuentra el pequeño poblado de Atenquique, edificado alrededor de las 32 hectáreas que abarca la planta papelera (Figura 1.1.). Pude constatar que, en la actualidad, queda poco del ritmo de vida que décadas atrás impregnaba la atmósfera, según los relatos de las personas, con actividades culturales, proyecciones de cine, competencias deportivas, festejos y bailes. Hoy en día, salvo las áreas deportivas, las calles del pueblo lucen vacías la mayor parte del tiempo.



Figura 1.1. Fotografía de la fábrica Bio Pappel en Atenquique, Jalisco. Fotograma del documental “Pueblo de papel” (2017)

El mercado, el cine, el restaurante y los casinos se encuentran en desuso; la antigua finca de “El Mesón”, cargada de historia nacional, se encuentra en completo abandono y la biblioteca ya no existe. Ninguna de las dos piscinas son accesibles: una no funciona y la otra pasó de ser de libre acceso a ser de uso exclusivo para los actuales dueños. Aunado a ello, muchas casas se encuentran abandonadas y barrios enteros han sido derribados debido a la disminución de empleados en la fábrica. Apenas cinco pequeñas tiendas y una carnicería permanecen abiertas. Pareciera que el poblado es, ahora, únicamente la planta papelera. Paradójicamente, el poblado es mucho más que la fábrica. Cuestionarse sobre la formación de la clase obrera, las condiciones laborales y los cambios al interior de la fábrica significa, al mismo tiempo, cuestionarse sobre sus habitantes: sus espacios, relaciones, significados, historias, movimientos migratorios y arraigo.

Partir de una revisión a las diferentes etapas de la compañía permite explorar aspectos como la refuncionalización del territorio o las transformaciones territoriales a raíz de la influencia del capital. Son esas algunas cuestiones que, desde un cruce de la geografía crítica con las metodologías de la Antropología Visual, se busca explorar en esta investigación. El caso de estudio se enmarca dentro de la era contemporánea del capitalismo, por lo que conviene contextualizar y reseñar las condiciones nacionales en que se dio la construcción del poblado industrial de Atenquique.

## **1.2. Contexto nacional: la industrialización en México**

Para 1945, año en que finalizó la Segunda Guerra Mundial, se comenzó a afianzar a nivel mundial un período con cierta estabilidad económica basado en sindicatos sólidos, garantías del Estado del bienestar y empresas a gran escala, lo cual garantizó relaciones y estándares laborales estables durante la década de los cuarenta, cincuenta y sesenta. Esta etapa del capitalismo ha sido calificada por los economistas como fordista, en referencia al modelo prototípico de las empresas de ensamblaje de automóviles como la Ford y la General Motors. No obstante, Manfred Wannöffel (1995) hace un repaso de las políticas económicas de compensación social establecidas a nivel internacional durante el fordismo y aclara que existieron diversos tipos de desarrollos nacionales, protegidos todos por el sistema de Bretton Woods<sup>3</sup> de 1944: el Fordismo en Estados Unidos, el Modelo Alemán, y el Sistema Industrialización por sustitución de Importación (ISI) en América Latina, entre otros.

En Latinoamérica la etapa adquirió sus propias particularidades. El Sistema de Sustitución de Importaciones en la región se presentó desde unos años antes, en la época de la Gran Depresión –iniciada en 1929 y prolongándose hasta finales de los treinta y principios de los cuarenta–. Fue mediante la imposición de una serie de restricciones en la obtención de productos del exterior que llevó al desarrollo de la industria, redirigiendo las actividades económicas hacia el interior mediante la sustitución de las importaciones (López y Rougier 2011). Así, el Estado creó empresas públicas y canalizó recursos hacia las actividades industriales, convirtiéndose en un Estado tecnoburocrático que dominó la producción y distribución (Bresser 1978).

---

<sup>3</sup> El sistema de Bretton Woods tuvo origen en la idea de John Maynard Keynes de conducir la economía a nivel global; estableció las reglas financieras entre los principales Estados industriales del siglo XX e incluyó la creación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Las distintas transformaciones en Latinoamérica durante el período de entreguerras estuvieron ligadas a dichos procesos económicos, conducidos por actividades puntuales como la creación de bancos centrales en casi todos los países de desarrollo medio, como el caso de México en 1934, Perú en 1936, Chile a finales de los treinta, Argentina en 1944 y Brasil en 1952 (López y Rougier 2011).

El Estado tuvo un destacado rol en el proceso de industrialización a gran escala, siendo el encargado de hacer funcionar la economía del país al actuar como el principal banquero y empresario (Aguayo, Bennett y Sharpe 1979), fungiendo como agente económico, y no como mero regulador de los flujos comerciales internacionales.

En México, al igual que en buena parte de las naciones latinoamericanas, la industrialización tuvo un auge significativo en los años cuarenta y cincuenta, constituyéndose la primera etapa del ‘milagro económico mexicano’ con un crecimiento promedio del Producto Interno Bruto (PIB) de 5.8% y 6.3% en las respectivas décadas (Garza 2002). Este crecimiento económico comenzado a finales de los treinta se basó en gran parte en las gestiones estatales del sexenio cardenista<sup>4</sup>, que permitieron una articulación de la economía campesina-agrícola capitalista de carácter moderna, la reorganización de la relación salarial urbana que fortaleció el movimiento obrero urbano y una política de nacionalización de empresas (Aboites 1989).

La articulación de la economía en México surge a partir de prácticas estatales como la sustitución de importaciones y la fundación o nacionalización de empresas por parte del Estado, tales como la nacionalización de los ferrocarriles mediante la creación de la compañía Ferrocarriles Nacionales de México en 1937, o la expropiación petrolera y creación de Petróleos Mexicanos (PEMEX) en 1938, con la expulsión de las 17 empresas extranjeras que hasta entonces operaban. La década de los cuarenta estuvo caracterizada por el arranque de una política proteccionista sostenida en el modelo de sustitución de importaciones (ISI), con medidas específicas por parte del Estado mexicano tales como el control directo de importaciones en 1944 y la elevación de los impuestos a las mismas en 1947. En estos años los recursos se concentraron en trasladar la fuerza motriz del sistema de demanda externa a la interna, volviendo a la industria manufacturera su eje central.

---

<sup>4</sup> Período de la presidencia del General y estadista Lázaro Cárdenas, entre 1934 y 1940, en el que se llevó a cabo una reforma agraria, la creación de ejidos y la nacionalización de empresas extranjeras, así como la expropiación petrolera en 1938.

Existió una alta concentración en inversiones básicas de desarrollo, es decir, un interés del Estado por impulsar infraestructura física como telecomunicaciones, caminos y vías férreas, además de industrias productoras de hidrocarburos, electricidad y agua. Lo anterior se reflejó en 79 organismos y empresas estatales establecidas entre 1940 y 1955 (González 1980)

Desde la década de los cuarenta y hasta 1982, el Estado mexicano impulsó de manera enérgica la industria a través de apoyos directos al sector encabezados por la Nacional Financiera (Nafinsa)<sup>5</sup>. Fundada en abril de 1934 por el entonces presidente Abelardo L. Rodríguez, Nafinsa comenzó funciones como Banco de Fomento en 1940, a manera de banco de desarrollo industrial, fomentando la inversión, adquiriendo o creando empresas (López y Rougier 2011). Fue en el sexenio del presidente Manuel Ávila Camacho, de 1940 a 1946, cuando se intensificó la participación del Estado en la economía, en parte motivado por la insuficiencia de iniciativa privada y también por la escasez provocada por la Segunda Guerra Mundial. Así, Nafinsa ingresó en sectores de infraestructura e industria básica con inversiones claves para el desarrollo industrial, como el cemento y el papel<sup>6</sup>.

En el estado de Jalisco en particular se vivió un fuerte desarrollo industrial y crecimiento económico marcado por una política crediticia. Debido a los tiempos de guerra, la pequeña industria jalisciense fue favorecida, sobre todo la manufacturera de ropa, tejido de punto y calzado. En el rubro de la explotación de madera, Jalisco se convirtió en un fuerte productor de derivados forestales después de 1950, siendo una sola la empresa verdaderamente importante: la Unión Forestal de Jalisco y Colima, creada en 1940 y que se asentó en Atenquique (Murià y Peregrina 2015, 177).

Así, una de las más importantes empresas industriales<sup>7</sup> a nivel nacional fue la fábrica de celulosa y papel de Atenquique. La Compañía Industrial de Atenquique (CIDASA) se fundó en 1941 y fue inaugurada oficialmente en octubre de 1946, con el objetivo de satisfacer la

---

<sup>5</sup> Para un análisis en profundidad de Nafinsa, revisar el trabajo de Pablo J. López “Nacional Financiera durante la industrialización vía sustitución de importaciones en México” (2012) y la comparativa realizada por Víctor Manuel Isidro Luna en “The Role of Development Banks in the Process of Economic Development—Two Latin American Experiences: Mexico and Brazil” (2014).

<sup>6</sup> Si bien la industria papelera en México había iniciado desde 1822 con la instalación de una fábrica en Puebla, no es hasta la década de 1940 que el sector entra en la producción a gran escala, con la instalación de Celulosa de Chihuahua, y posteriormente Kimberly Clark, Cartón y Papel de México, la Fábrica de Papel de Tuxtepec y la Fábrica de Atenquique.

<sup>7</sup> Además de la Compañía Industrial de Atenquique en 1941, destacan Guanos y Fertilizantes (1951), Diesel Nacional (1951), Toyota de México (1951), Constructora de Ferrocarril (1952) y la Fábrica de Papel de Tuxtepec (1954).

demanda de papel kraft y promover la ya mencionada industrialización en México. Ese mismo año, y a consecuencia del desarrollo de la empresa fabricante de papel, fue fundada La Villa de Atenquique.

### **1.3. Atenquique: la construcción de un pueblo-compañía**

Como se indicó en páginas anteriores, antes de que se construyera la planta de papel y celulosa, Atenquique era un sitio boscoso en donde existía únicamente una finca llamada “El Mesón”, sitio que funcionaba como zona de descanso en el Camino Real de Colima. Ese camino era una ruta que funcionó desde los tiempos de la colonia –cuya creación es datada por historiadores entre 1526 y 1532 (Medina 1988, 91) – hasta la llegada del ferrocarril a principios del siglo XX. Iba desde el puerto de Manzanillo hasta Guadalajara, pasando por decenas de pueblos y rancherías del norte del estado de Colima y el sur de Jalisco.

Mediante la compilación de tres crónicas<sup>8</sup> de viajeros extranjeros, el historiador Servando Ortoll (2009) detalla que el trayecto duraba varios días, en su mayoría en carruaje, con algunos tramos a lomo de mula o caminando. Esta ruta comercial resultaba tortuosa y peligrosa, pues con frecuencia era escenario de asaltos y asesinatos. Pese a ello, contaba con un movimiento continuo de materiales, noticias y costumbres, por lo que en sus cercanías se instalaban hostales, ventas, paradores y cocinas.

En una de esas crónicas rescatadas, escrita entre 1869 y 1873, el comerciante inglés John Lewis Geiger relata cómo estuvo cerca de ser víctima de fraudes, además de detallar las dificultades de algunos tramos:

Estas barrancas representan grandes escollos en la línea de comunicación entre Colima y Zapotlán (Jalisco), y convierten en imposible el transporte sobre ruedas. Todas las mercancías deben ser acarreadas a lomo de mulas, de las cuales encontramos en nuestro itinerario cientos y cientos con pesados fardos sobre sus lomos, avanzando con lentitud y gran dificultad. Muchas de esas pobres bestias iban sufriendo bajo sus cargas mientras subían penosamente los caminos empinados, y vimos no pocas echadas, algunas incluso caer agotadas, absolutamente imposibilitadas de continuar el viaje (Lewis en Ortoll, 2009).

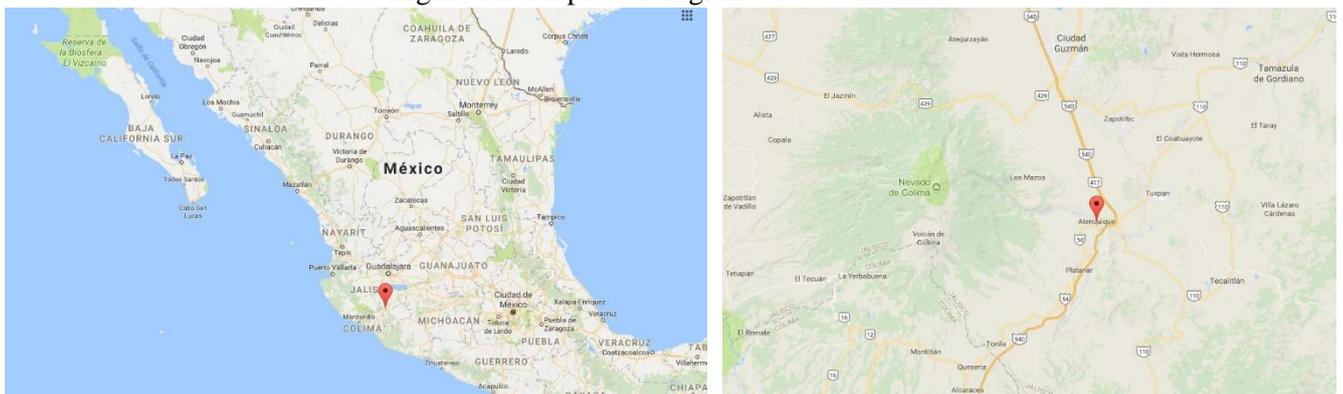
---

<sup>8</sup> Se trata de experiencias de viaje de tres extranjeros entre 1869 y 1973: el coronel norteamericano Albert S. Evans, y los ingleses Rose Kingsley y John Lewis Geiger.

Al transitar las barrancas del sur de Jalisco, en Atenquique se encontraba la pequeña finca de “El Mesón”; el sitio era un punto obligado para los viajeros en el cual se alojaron personajes distinguidos de la historia nacional, como el cura protagonista de la Independencia mexicana don Miguel Hidalgo y Costilla en 1792, y diversos personajes de la Guerra de Reforma y la Revolución Mexicana como Benito Juárez, Santos Degollado y Miguel Miramón (Medina, 1988). Era también una peligrosa vía llena de bandoleros y asaltantes, quienes atracaban las diligencias y huían hacia las cuevas de las barrancas. Su fama aún resuenan en la región: los nombres de Pedro Zamora o Vicente Colombo siguen siendo tema de discusión y en múltiples ocasiones escuché en Tuxpan y Atenquique hacer referencia a posibles tesoros enterrados en las zonas montañosas.

La situación para esta zona boscosa –y para la región en general– cambió sustancialmente a partir de la década de los cuarenta. En 1946, junto con la inauguración de la Compañía Industrial de Atenquique (CIDASA) fue fundada la Villa de Atenquique en el municipio de Tuxpan, a 1040 metros sobre el nivel del mar, en una barranca de la sierra sur del estado de Jalisco cercana a las faldas del volcán de Colima, a 9 kilómetros de Tuxpan, 26 kilómetros de Ciudad Guzmán y a 160 de Guadalajara (figura 1.2.). El nombre del pueblo proviene del vocablo náhuatl “atenchiche”, que significa “lugar de piedras” o “lugar del río que serpentea entre piedras” (Medina 1988, 65).

Figura 1.2. Mapa de la región Sur de Jalisco



Fuente: Google maps

El sitio fue elegido por su abundancia de agua y coníferas, así como por estar atravesado por la línea de ferrocarril, situaciones clave para facilitar su construcción; fue estratégicamente edificado en la sierra sur de Jalisco, en la cual se captura el agua de los dos ríos de la zona: el de Atenquique y el de Tuxpan. Al transitar la autopista de Guadalajara a Colima es posible percibir fácilmente el cambio de clima y paisaje, al pasar de una zona árida y casi desértica de

la casi desértica “laguna” de Sayula –región cuyo calor y aridez plasmó el escritor jalisciense Juan Rulfo en los cuentos de *El llano en llamas*– a una región más templada, llena de pinos y profundas barrancas custodiadas por el imponente Nevado de Colima (Figuras 1.3. y 1.4.) el cual se cubre de nieve durante los inviernos más fuertes.



Figuras 1.3. y 1.4. Fotografías del nevado de Colima (izq.) y la barranca de Atenuique (der.)

Fotografías Alejandro Ponce de León Pagaza (2017)

La empresa tuvo un considerable rol como detonante económico de la región, en la formación de la clase obrera y como símbolo del movimiento industrial en México. La fábrica fue inaugurada en 1946, pero en realidad el proyecto y el poblado data de tiempo atrás, como lo precisa la obra de José Medina Enríquez (1988), *Atenuique, una aportación a su historia*, así como el estudio sobre la clase obrera en Jalisco por parte de la antropóloga mexicana Luisa Gabayet (1988).

Con la anuencia del presidente Lázaro Cárdenas y del entonces gobernador de Jalisco Silvano Barba González, se creó en 1940 la Unión Forestal de Jalisco y Colima, destinada a proporcionar la materia prima, aportando así los derechos sobre 500 mil metros cúbicos de madera (Murià y Peregrina 2015, 171). Un año después, el 7 de octubre de 1941, se fundó la Compañía Industrial de Atenuique, S.A. en la ciudad de Guadalajara, bajo la escritura número 4264 (Ponce 1983, 7). Desde 1943 se comenzó a construir la fábrica y el poblado en que habitarían los empleados. Para marzo de 1945, el sucesor de Cárdenas en la presidencia, Manuel Ávila Camacho, firmó un decreto con duración de 50 años en el que se establecía la unidad que abastecería de coníferas a la fábrica: 1, 018,000 hectáreas de 17 municipios –16 pertenecientes a Jalisco y uno a Colima–, distribuidas en 50 ejidos y 1660 propiedades. De las poco más de mil hectáreas que abarca la unidad abastecedora, 224 mil eran de bosque y la planta ocupa únicamente 32. A sus costados, como se ha referido, fue construido el pueblo.

Cabe aclarar que en sus inicios la empresa estuvo manejada por manos privadas: se fundó encabezada por el empresario checoslovaco Enrique Anisz, nacido en 1898, llegado a México a sus 24 años, naturalizado en 1924 y radicado en Jalisco desde 1930. El empresario europeo participó también en la fundación de la Unión Regional Alcohólica, de Viscosa de Michoacán, de Celanese Mexicana, del Banco Industrial de Jalisco, entre otras. Desde finales de la década de los treinta, Anisz, acompañado de personajes conocedores de la región, comenzó a explorar el territorio para elegir el mejor lugar para instalar la fábrica; para 1941 funda la Cía. Industrial de Atenquique, S.A. (Ponce 1983; Medina 1988). En 1944 comienzan las obras y, tras dos años de construcción, la fábrica es inaugurada el 31 de octubre de 1946. Sin embargo, Anisz no pudo presenciar dicha inauguración, pues falleció unos meses antes, el 2 de febrero de aquel año en la Ciudad de México.

En su arranque en 1946, el capital de la empresa creció a 15 millones de pesos, y un año después ya era de 20 millones. Cuando las necesidades de capital del proyecto agotaron los recursos del grupo inversor, Nafinsa intervino: en un primer momento con bonos y acciones preferenciales, y posteriormente con una posición mayoritaria sobre el capital. Así, para 1948 el gobierno federal adquirió la mayor parte de las acciones y la empresa tuvo un éxito espectacular, llegando a acrecentar su capital a 150 millones de pesos para 1966 (Gabayet, 1988).

La fábrica arrancó con una producción de 291 toneladas de papel en 1946; para el siguiente año la cifra aumentó a 21,690 toneladas. Para 1950 alcanzó una capacidad de producción por encima de 45 mil toneladas, cifra que aumentó a 60 mil para 1970 y por encima de las 100 mil para 1980, décadas en las cuales se incrementó el número de trabajadores. Para cada tonelada de papel, la fábrica requería de 100 metros cúbicos de agua. Su producción se ha concentrado en productos “kraft” –que en alemán significa fuerte–, y teniendo como materia prima básica la madera de coníferas, como el pino y el oyamel (Medina 1988, 54-55).

En sus inicios, la mayoría de los trabajadores eran originarios de Tuxpan y otras poblaciones de las inmediaciones de la fábrica (Gabayet 1988). Durante el trabajo etnográfico encontré que, en los inicios de la fábrica, los trabajadores también provenían de otras partes de la República: estados como Chihuahua, Veracruz, Distrito Federal y Michoacán. De este último provenían muchos de los trabajadores que se ocupaban de la tala de árboles. Los obreros provenían de orígenes sociales campesinos o artesanales, como albañiles o carpinteros. Su nivel educativo era muy bajo: una minoría contaba con primaria y muy pocos con secundaria,

situación que actualmente contrasta con los jóvenes por una cuestión generacional: los hijos de los obreros han tenido acceso a mayor escolaridad. El reclutamiento de la mano de obra fue organizado, primordialmente, de acuerdo a un criterio escolar: aquellos que no sabían leer ni escribir fueron contratados como obreros no calificados, mientras que los que tenían estudios fueron elegidos para puestos mejores (Gabayet 1988).

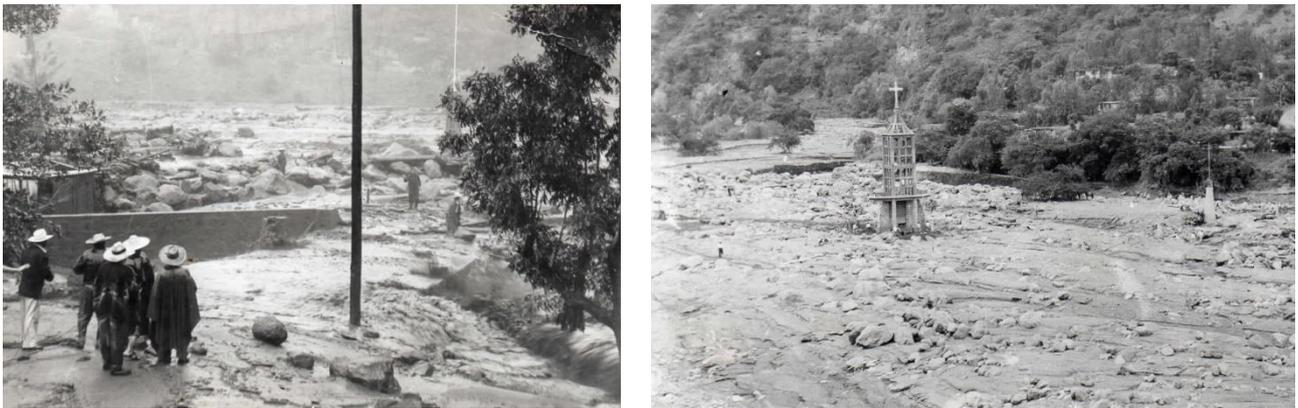
La situación laboral a mediados del siglo XX, y sobre todo en esta región, se regía mucho por los criterios académicos antes señalados. Un relato de esa época por parte de un Ph. D en Química –que pareciera ser una excepción– ejemplifica la situación. En la narración de sus memorias sobre el papel de la Ciencia moderna en México, Barbarín Arreguín Lozano (2002), profesor de la Facultad de Ciencias y fundador del Posgrado de la Facultad de Química en la UNAM, cuenta cómo en 1946, a su regreso a México y con un doctorado en Química, fue rechazado por la empresa papelera:

Finalmente, y después de meses, logré ver a Ávila Camacho, ya como expresidente en su casa de Avenida del Castillo. Me hizo ver que mi futuro no era en el Gobierno, así que le comenté que recientemente se había inaugurado una Fábrica de papel kraft en Atenquique, Jalisco. Mandó escribir una carta de recomendación dirigida a Aarón Sáenz Presidente del Consejo de Administración de la Compañía Industrial de Atenquique [...] Me atendió un abogado y al ver la carta, sorprendido, me pregunta mi profesión, le mostré mi diploma de Ph. D. y me contesta que en esa industria no necesitan doctores en filosofía. Con tacto le aclaro sobre el significado del grado y le indico que mi investigación y el tema de mi tesis fue sobre el metabolismo de carbohidratos en la papa, que la celulosa es uno de ellos y que mi preparación sería de utilidad. Me añade que allí no encontraría metabolismo. Traía en mi bolsillo el telegrama de Bonner con una oferta para trabajar en E.U. se lo enseñé y me dice complacido, “acepté el empleo, allá ganará más dinero” (Arreguín 2002, 287).

Cuatro años después de esa narración, Arreguín trabajó en Atenquique como jefe del laboratorio de control. Duró sólo un año en el puesto, al cambiarse a una empresa en la Ciudad de México, tiempo breve que nuevamente resulta una excepción en una época en la cual los trabajadores, sobre todo ante el desempleo en la región, se afianzaban y mantenían en sus empleos. La rotación de los obreros era casi nula, y al darse la jubilación de los trabajadores –las primeras en 1974– el puesto estaba reservado para los hijos.

Al hablar del crecimiento del pueblo –siempre de la mano de la compañía–, cabe abrir un paréntesis para resaltar una tragedia que marcó al poblado: la inundación de 1955. Un ciclón

en el Pacífico provocó fuertes lluvias, aumentando el caudal del arroyo Atenquique. A las 10:30 de la mañana del domingo 16 de octubre, un aluvión de lodo, agua, piedras y ramas arrasó con parte del poblado: la iglesia, la escuela y una veintena de casas fueron destruidas, y lo más lamentable, varias decenas de personas perdieron la vida. La tragedia marcó a las familias y también a la naciente fábrica de papel, la cual estuvo fuera de operación por más de dos meses. Los caminos quedaron truncados y los daños materiales rebasaron los 10 mil millones de pesos. Ello obligó a la replanificación de Atenquique, nuevo proyecto que culminó hasta 1958 (*Periódico El Sur*, Jalisco, 16 de Octubre del 2005).



Figuras 1.5. y 1.6. Fotografías de la inundación de 1955. Fuente: Archivo personal de Armando Carrillo. Fotografías tomadas por Federico Villareal

Unas décadas después de esta tragedia, para 1976, la fábrica había crecido y contaba con poco más de mil obreros: 672 de planta, 350 eventuales y 150 empleados de oficina. A ello se sumaban mil obreros más que laboraban en la Unión Forestal, empresa encargada de abastecer de materias primas a la fábrica, para un total de dos mil obreros, más sus familias – algunas establecidas en el poblado, otras tantas en Tuxpan, la cabecera municipal, y unas pocas un tanto más alejadas, en Ciudad Guzmán– (Medina 1988).

Como se señaló anteriormente, alrededor de la fábrica se construyeron colonias obreras, al estilo de los *company towns* estadounidenses, ya que en los trabajos de construcción figuró un alto porcentaje de personal norteamericano (Medina, 1988). Para 1976, Atenquique contaba con 465 casas distribuidas en dos áreas: la destinada a los obreros de la fábrica, que a su vez se subdividía en cuatro barrios, y la de los obreros de la Unión Forestal, dividida a su vez en seis secciones. Un aspecto considerable de esta distribución es la misma estratificación social que en ella se plasmó: la parte más baja del pueblo y cercana a la fábrica estaba destinada a los obreros de producción y del departamento forestal; la media a los empleados de oficina, trabajadores de confianza y ciertos técnicos; mientras que en la parte alta del pueblo vivían los

funcionarios y los empleados de alto nivel. Esta división social se reflejaba en el tamaño de dichas viviendas, siendo las de “El Poblado”, en la parte superior, las más grandes y con electrodomésticos abastecidos por la empresa.

Otro aspecto peculiar dentro del poblado durante sus primeras décadas fue el rol central de la empresa papelera en el mantenimiento de las casas y la infraestructura del poblado, rigiendo buena parte de su organización. Todas las casas, independientemente de su tipo, contaban con electricidad, agua corriente y mantenimiento provisto por la empresa de forma gratuita.

Inclusive, al interior de la fábrica existía el Departamento de Poblado, dedicado exclusivamente al arreglo de viviendas, jardines y calles. Atenquique también contaba con servicios públicos y oficinas: correo, telégrafo, teléfono, escuela primaria y una clínica del Seguro Social, cuyas operaciones iniciaron en 1961. Existía un mercado, biblioteca pública, áreas deportivas, cine y restaurante. En lo alto de la barranca se construyó en 1959 el mirador del Texcalame, un sitio con pequeñas casetas aptas para días de campo. En la actualidad, como se expondrá con mayor detalle en el capítulo 2, queda apenas un retazo de todos esos servicios e instalaciones: la biblioteca ya no existe, las áreas deportivas se encuentran en el abandono, el cine no funciona como tal y el mirador se encuentra descuidado, repleto de maleza.

Pese a dichas comodidades, no todos los obreros de la planta de papel habitaban en el poblado. Muchos de ellos vivía en la ciudad de Tuxpan, la cabecera municipal ubicada a nueve kilómetros hacia el norte de Atenquique. Ahí, los trabajadores tenían sus propias casas, generalmente en mejores condiciones que las de sus vecinos no obreros, situación que incrementaba la división social entre los trabajadores de la fábrica y el resto de la población de la región (Gabayet 1988). La proporción de obreros de la planta que vivían en Tuxpan aumentó aún más a partir de los años setenta con la construcción de colonias casi exclusivas para los obreros de Atenquique por parte del FOVISSSTE –un fondo de vivienda encargado de otorgar créditos para los trabajadores al servicio del Estado–. A la capital tuxpanense emigraron trabajadores de la planta sección sindical 11, formando inclusive una colonia propia, “La Floresta”. Por su parte, los sindicalizados de la sección 13 pertenecientes a la Unión Forestal salieron hacia una nueva colonia en Ciudad Guzmán, a 26 kilómetros al norte del poblado.

La adquisición de viviendas, la continuidad laboral para los hijos y otras prestaciones más han estado históricamente marcado por el rol del sindicato, detallado en el trabajo de Gabayet

(1988) y cuyos alcances comprendí mejor durante el trabajo etnográfico. La Sección 11 del Sindicato de Trabajadores de la Industria Papelera, Cartonera, Celulosas, sus Materias Primas y Derivados en la República Mexicana fue creada en 1946, y desde entonces ha sido parte de la Confederación de Trabajadores de México (CTM). La CTM es una central obrera fundada en 1936 durante el período cardenista, y uno de los sectores importantes del Partido Revolucionario Institucional (PRI) –partido que mantuvo la presidencia del país desde su creación en 1929 hasta el año 2000, retornando para el sexenio 2012-2018–.

El sindicato estuvo encargado de reclutar desde un inicio a los trabajadores de la empresa, lo que implicó que para ingresar a la fábrica se tenía que ser miembro del mismo. Los sindicatos eran fuertes y consiguieron prestaciones para los trabajadores muy por encima del promedio, convirtiendo a los obreros, en comparación con los campesinos de las inmediaciones, en “una especie de casta privilegiada” (Murià y Peregrina 2015, 173).

Armando Carrillo, un ex trabajador de la fábrica que salió del pueblo en los noventas, cuenta la manera en que se vivía el sindicalismo al interior de la fábrica: “Dentro de la planta (...) éramos una familia sindical (...) el ambiente era bonito, trabajabas con mucho agrado y sobretodo que eras bien compensado, era bien pagado. Por las prestaciones que teníamos dentro del contrato colectivo de trabajo” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 de marzo de 2017). De forma similar lo ve don Pedro Gutiérrez, quien laboró en la fábrica décadas atrás y ahora se dedica a la ganadería, en el mismo pueblo: “Atenquique era bonito antes, era un pueblo bonito [...] La gente, pues imagínate cómo vivía, no querían ni pisar el suelo, mucho billete, ganaban bien, había dos sindicatos. La gente bien vestidita, bien comidita y todo” (Pedro Gutiérrez, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 7 de febrero de 2017).

La influencia política del Estado en el movimiento obrero ha sido característica en México, con un prototipo de relación laboral-empresarial. Así, para junio de 1942, la misma CTM, junto con la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), la Confederación General de Trabajadores (CGT) y el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), firmaron un pacto de unidad en el cual cooperaban con el gobierno e industriales, conviniendo el uso de la huelga sólo para casos extremos. De acuerdo con datos oficiales, retomados en el estudio de Eduardo González (1980), los movimientos huelguísticos pasaron de 569 en 1943, a 24 en 1946, y a únicamente 9 para 1949.

En el caso de Atenquique, hasta hace 16 años, la relación obrero-empresa estuvo regulada por un Contrato Colectivo de Trabajo, renegociado cada dos años de manera ininterrumpida hasta el año 2001, fecha en que se presentó un conflicto laboral trascendental para el poblado, en el cual profundizaré en el subacápite 1.4. Pese a dichos conflictos y su consecuente dismoción de personal en la empresa, la industria en el municipio de Tuxpan sigue siendo encabezada por la papelera, seguida por las empresas Forestal Alpeña, Los Trapiches, PROENSI, las minas de mármol y pequeñas empresas dedicadas a la costura textil, ladrilleras, paileras y carpinterías.

En resumen, como relata Vargas (2011), durante las primeras décadas después de su creación, la compañía estatal CIDASA apoyó financieramente la construcción de casas y escuelas, y a su vez fungió como eje articulador de relaciones sociales mediante centros de recreación para la comunidad. Sin embargo, la empresa fue privatizada y con ello cambió la dinámica económica, cultural, social, territorial y demográfica del pueblo.

#### **1.4. La entrada del neoliberalismo en México: la venta de la empresa estatal**

A finales de los setenta, varias décadas después del capitalismo industrial y el milagro mexicano, la economía y las políticas laborales sufrieron cambios sustanciales a nivel mundial. A nivel macro, el salto del capitalismo industrial al posindustrial estuvo marcado por la desregulación del sistema financiero y el libre comercio; la noción de Estado-nación cambió y perdió buena parte de sus capacidades de manejo financiero, político y social.

Robert Castel (2010) señala la existencia de un salto de la relación salarial fordista a la situación actual del salario, al cual definió como “más allá del salariado”. Aclara, sin embargo, que la sociedad no salió del salariado sino que atravesó transformaciones de las condiciones salariales que llevaron a un desplazamiento del empleo clásico a formas más bajas de éste. A la par de una desocupación masiva, el sociólogo francés nota una precarización de las relaciones de trabajo, con contratos atípicos y relaciones más lábiles que contrastan con la estabilidad del capitalismo fordista de mediados del siglo XX.

De manera similar, Richard Sennett (2001) puntualiza las vicisitudes y desventajas que atraviesa el trabajador en el capitalismo avanzado: mayor flexibilidad y menor rigidez<sup>9</sup>. El

---

<sup>9</sup> En el libro *La corrosión del carácter*, Sennett (2001) realiza una comparación entre lo que vivió décadas atrás la generación de Enrico, un portero con un puesto de trabajo seguro y pequeños pero constantes ahorros, frente a lo que vive la generación de su hijo Rico, un empresario que atraviesa las vicisitudes y desventajas del capitalismo avanzado: una flexibilidad que ataca la rigidez de la rutina y la burocracia, pero que a su vez implica menor estabilidad.

nuevo mantra en el lugar de trabajo, indica el sociólogo estadounidense, es ‘nada a largo plazo’. En otra de sus obras, como el mismo título lo anuncia, el sociólogo estadounidense analiza la “Cultura del nuevo capitalismo” (2006). Ahí, esboza de nueva cuenta la precarización de la fuerza de trabajo, aludiendo no solamente al uso de trabajadores temporales externos, sino también a contratos de entre seis y meses de duración con los que el empleador elude cargas sociales de los empleados como jubilación o salud.

Las transformaciones laborales a raíz del capitalismo posindustrial de las últimas décadas analizadas por diversos autores coinciden en el diagnóstico de la situación laboral actual a nivel mundial: flexibilización, inestabilidad laboral<sup>10</sup> y precarización.

El Estado también ha sufrido transformaciones. Ante la desregulación del sistema financiero y el libre comercio, la noción de Estado-nación cambió y perdió buena parte de sus capacidades de manejo financiero, político y social; con la caída del sistema de Bretton Woods el Estado perdió herramientas para diseñar sus propias políticas económicas (Wannöffel 1995).

No obstante, bajo nuestro enfoque de estudio, no es posible dar una explicación única y totalizadora sobre lo que sucede a nivel mundial ante la globalización y la desregulación del sistema financiero. Si bien resulta cierto que el históricamente el sistema capitalista se basa en la acumulación y la producción de plusvalía, resulta fructífero complejizar dicha esencia del sistema en lugar de resignarse a una retórica de la “globalización”, cuyo “efecto ideológico de ese cambio discursivo ha sido extraordinariamente discapacitador respecto a toda forma de acción política local, urbana e incluso nacional” (Harvey 2004, 188). Vale la pena considerar la advertencia que Harvey pone sobre la mesa de discusión, para dejar de pensar así en esa retórica de la “globalización” con la que se explica –y justifica– la expansión del capitalismo, y en vez de ello estudiar sus atributos específicos en casos particulares.

Así, frente a dicho panorama mundial, la crisis económica de 1982 afectó a muchos países de América Latina, situación que fue acompañada de la privatización de empresas públicas. En el caso de México, la entrada del neoliberalismo –durante los sexenios presidenciales de Miguel de la Madrid de 1982 a 1988 y Carlos Salinas de Gortari de 1988 a 1994– implicó un vuelco en la estrategia económica, con una redefinición del papel del Estado en la economía y la privatización de un amplio conjunto de empresas públicas productoras de bienes. A fines de

---

10 Una muestra de ello es el dato presentado por el mismo Sennett (2004) en torno al sector de tecnología de punta en Silicon Valley, donde la duración media de los empleos es de ocho meses.

1982 había más de un millar de empresas públicas, mientras que para mediados de 1991 la cifra se redujo a 269 (Lustig, Ros y Wolfson 1998). Al respecto, Delgado (1991) advierte que lo central en el proceso de privatización fue la redefinición de la intervención estatal en la economía, conformándose –de manera intencional– un desarrollo industrial encabezado por el capital privado, tanto nacional como extranjero.

Entre las empresas más importantes<sup>11</sup> enajenadas durante este período se encuentra el Grupo Atenquique, vendido entre 1987 y 1990 a una compañía privada: el Grupo Durango. Esta venta, como muchas otras por parte del Estado mexicano en aquella época<sup>12</sup>, generó quejas, sospechas y sinsabores por parte de distintos sectores de la sociedad, desde partidos de oposición hasta los consorcios pujadores, los propios trabajadores y el sector empresarial.

Las páginas de la prensa nacional de aquellos agitados días de 1987 relatan los escándalos en el Congreso de la Unión, cuando diputados y empresarios denunciaron un supuesto favoritismo en la licitación de la fábrica de celulosa y papel paraestatal, y de su subsidiaria Unión Forestal de Jalisco y Colima. Se criticó que se diera a conocer al ganador de manera anticipada: el Grupo Industrial Durango, quien habría pagado 45 mil millones de viejos pesos para colocar las acciones en la Bolsa Mexicana de Valores a través del grupo Inverlat, de Agustín Legarreta (*Revista Proceso*, 18 de julio de 1987; *Revista de Coahuila*, enero de 2014).

El entonces director adjunto de Nafinsa, Eduardo Amarena, indicó que la empresa era sana y generaba utilidades, y si el gobierno federal decidió venderla no fue por ese motivo sino porque se pensaba que “el sector privado se ha fortalecido para hacerse cargo de este tipo de empresas. De esta manera, el sector oficial podrá dedicarse con mayor amplitud a actividades estratégicas” (*Revista Proceso*, 18 de julio de 1987).

---

<sup>11</sup> También fueron vendidas “la Renault de México (automotriz) en 1983, la Nacional Hotelera en 1985, Cementos Anáhuac del Golfo en 1986, Finacril (fibras sintéticas) (...) y el Ingenio El Potrero y Tereftalatos Mexicanos (petroquímica) en 1988” (Lustig, Ros y Wolfson 1998, 513). Hablando exclusivamente del rubro de papel y cartón, fueron privatizadas Bolsas de Papel Guadalajara, Bolsas y Artículos de Papel, Envases y Empaques Nacionales y Manufacturas Gargo.

<sup>12</sup> En ello destaca la venta de Teléfonos de México al empresario Carlos Slim y la privatización de la Banca Mexicana, ambas a inicios de los noventa. Para un análisis más amplio de cada uno de los sectores privatizados, es pertinente el artículo de Emilio Sacristán Roy, “Las privatizaciones en México” (2006, Economía UNAM).

Entre los sinsabores que la venta dejó a la clase trabajadora fue precisamente lo sana y rentable que resultaba la empresa para el Estado, como me lo narró Armando Carrillo, un ex trabajador de la fábrica:

Obviamente ¿pues qué le interesaba a la iniciativa privada? Pues aquellas [empresas] que trabajaban con números negros, aquellas que fueran rentables, aquellas que dejaran un buen margen de ganancia, de utilidad. Atenquique dejaba siempre mucha utilidad, a pesar de que decíamos que teníamos un contrato colectivo de trabajo con muchas prestaciones por arriba de la ley, aun así, operábamos. Y éramos una familia de aproximadamente, que trabajábamos, como 1,500 trabajadores en lo que era producción, más aparte como unos 500, 600 lo que era la tala y el transporte de madera (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017).

Al interior de la empresa hubo mucho hermetismo y no se comprendía del todo la situación, como lo describe el entonces contador de la empresa José Medina: “corrió el rumor en medio de la incredulidad (...). Pero la incertidumbre persistía: ni la directiva sindical, ni funcionarios ni jefes de la fábrica, ni personal obrero ni de confianza tenían información sobre el particular [comprador]” (Medina 1988, 349-350). De forma similar me lo platicó don Armando: “algunos alcanzamos a avizorar, no todos. Muchos incluso no creían, porque la venta de la empresa se empezó a manejar con otros nombres, con nombres que ni existían, por ejemplo Aserraderos Atenquique. Y pues no, no había aserraderos” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017).

El ganador de la licitación –y a la postre comprador del Grupo Atenquique– fue el Grupo Industrial Durango (Gidusa), consorcio papelerero que se constituyó una década atrás, en 1976, como una empresa maderera y de transportes forestales. Desde su creación, la evolución de este grupo fue relativamente rápida, asociándose con grupos madereros regionales hasta llegar a su estructura actual, con empresas integradas a nivel internacional. En un estudio sobre las empresas privatizadas en el período 1986-2005, Livio de los Ríos destaca al Grupo Industrial Durango como un ejemplo de expansión vertical, basado en una estrategia orientada a integrar todas sus cadenas productivas “desde el bosque hasta el papel para libros o la prensa escrita, lo que le facilita costos de materia prima, energía (produce 60% de lo que consume)” (Livio de los Ríos 2007, 84).

Para lograr esa expansión, el grupo –encabezado por el empresario Miguel Rincón Arredondo– ha ido adquiriendo empresas, desde pequeños aserraderos hasta plantas

papeleras. En la década de los setenta, GIDUSA compra empresas madereras del Grupo Chihuahua, con lo que se convierte en uno de los principales grupos forestales del país. Después ingresa en la producción de celulosa al adquirir el Grupo Industrial de Atenquique a finales de los ochenta, fungiendo como Director General en aquel entonces José Antonio Rincón Arredondo, y como Presidente Ejecutivo Miguel Rincón Arredondo (Medina 1988, 350). Posteriormente adquiere Papeles Monterrey, Industrias Centauro, Compañía Papelera de Guadalajara y Papelera Texcoco. En 1994 compró Empresas de Cartón Titán y en 1997 Cartones Ponderosa.

Una de las adquisiciones prototípicas fue la de PIPSA. En 1998 adquiere –además de tres plantas de empaques impresos de cartón corrugado y varias empresas en Estados Unidos– la paraestatal Productora e Importadora de Papel, S.A. (PIPSA), monopolio del papel periódico en México. En declaraciones a los medios de comunicación en diciembre de ese año, el presidente del grupo manifestó que mantendría una relación abierta con los medios y que, al controlar el 90% del mercado nacional de papel periódico, no participaría como socio en ningún diario o revista del país. Rincón Arredondo añadió que la empresa recién adquirida contaba con una planta laboral de 3 mil 200 empleados, la cual “habrá que adelgazar” en aras de hacerla competitiva a escala internacional (*La Jornada*, 16 de diciembre de 1998).

Grupo Durango, en tan sólo dos décadas, se convirtió en una de las 25 compañías más importantes en México y se consolidó como el grupo papelerero más grande del país. Para finales del milenio, ya contaba con 45 plantas industriales y 12 mil empleados, tanto en México como en Estados Unidos. Un par de años después logró dominar más de 80% de la producción de empaques de cartón en el país y fabricar otros muchos tipos de derivados: sacos de papel para cemento, maderas finas y aglomerados como la melanina con la que se fabrican muebles (*Revista Expansión*, 20 de septiembre de 2001, por Jaime Santiago).

El 14 de julio de 1987 el Grupo Industrial Durango tomó posesión de todas las empresas del Grupo Industrial Atenquique: CIDASA, EYENSA, IFISA, ATENSA Y UFJCSA (Medina 1988, 350). Actualmente, la planta en Atenquique lleva por nombre Bio Pappel. Desde que el Grupo Atenquique dejó de ser propiedad del Estado Mexicano, se presentó un declive y encogimiento del pueblo en términos de población y economía, así como un deterioro en la infraestructura como escuelas, servicios, tuberías y las mismas casas fundadas en los años cuarenta (Noruzi y Vargas, 2009; Vargas 2011).

Al respecto coinciden los habitantes y ex habitantes de Atenquique, quienes, en palabras más o palabras menos –siempre dependiendo de su situación contractual actual que los liga aún a la empresa–, describieron la situación del poblado antes y después de la venta. Así me lo explicó Armando Carrillo, ex trabajador de la planta:

Cuando compraron, si así pudiéramos llamarle entre comillas compraron, por no decir se lo regalaron, se avizoraba. Algunos de ellos, de nosotros, teníamos información privilegiada, porque íbamos viendo más adelante. Se oía de la venta de la empresa, con diferentes características, con diferentes nombres, hasta que llegamos a conocer que efectivamente lo que se vendió era el Grupo Industrial Atenquique. Cambia muchísimo porque a los pocos años, la alegría se convierte en tristeza. Una: empiezan a bajar los salarios, las prestaciones. Dos: vienen los reajustes de personal, que eso fue lo más doloroso. El primer reajuste de personal de una plantilla de base de 950 trabajadores se reduce a 650 trabajadores, entonces ¿muchos a dónde se van? Al desempleo. Y muchos que desde muy jóvenes habían iniciado su vida laboral ahí, entonces, ¿a dónde se van? (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017)

En 1992 se da la primera reducción de personal narrada por Armando Carrillo, ex trabajador de la fábrica. Pero es en 2001 cuando tuvo lugar uno de los principales conflictos laborales desde que la empresa fue privatizada. El 25 de abril la planta fue cerrada: la causa que manifestó el grupo Durango fue incosteabilidad, es decir, altos costos de producción, sobre todo de mano de obra (*Gaceta Universitaria*, Jalisco, 04 de junio de 2001, Ramiro Rivera), argumentando tener un “contrato no competitivo en las condiciones actuales de la economía global”.

En el Día del Trabajo, el 1ro de mayo, los trabajadores de Atenquique y sus familias se dieron cita al desfile conmemorativo habitual en la cabecera municipal, pero en dicha ocasión sosteniendo mantas y pancartas exigiendo la reapertura de la fábrica y la devolución de empleos. En esa jornada se sostuvo una reunión abierta a los medios de comunicación en la que dialogaron los líderes sindicales con el entonces Gobernador del estado de Jalisco, Francisco Ramírez Acuña.

Durante el trabajo de campo, gracias a Rosendo Manríquez, quien trabajó en la fábrica años atrás, conseguí material videográfico de aquel día grabado por él mismo (este material forma parte del documental “Pueblo de papel”). En dicho video, Guillermo Legarreta Fernández, entonces Secretario de Seguridad Social de la Sección 11 del Sindicato Nacional Papelero,

demandó al gobernador que intercediera por los habitantes jaliscienses; en su intervención, narró las condiciones históricas establecidas desde 1946, el aumento salarial año con año acordes a la productividad de la empresa y las altas utilidades que generaba la empresa en su etapa paraestatal, para después llegar a externar la situación laboral y salarial que atravesaban:

Es imposible tener una educación sustentable para nuestras familias con esos sueldos; los empresarios eso es lo que están pretendiendo porque es lo que están viendo en otros medios, en la industria de maquila. Queremos dejar plasmado nuestro repudio hacia las actitudes, no de este empresario, sino de todos los empresarios porque lo estamos viendo a nivel Jalisco y a nivel nacional, de todos los empresarios que están atentando contra los trabajadores (discurso de Legarreta, 2001, videocasete VHS grabado por Rosendo Manríquez).

En el mismo mes de mayo, los integrantes del Sindicato de Trabajadores de las Industrias Papeleras advirtieron que emplazarían a huelga a la empresa para ser liquidados conforme a la ley (*La Jornada*, 22 de mayo de 2001). Para el 16 de junio, al no llegar a un acuerdo entre el sindicato y la papelera en la séptima reunión entre ambas partes, estalló el movimiento de huelga: alrededor de 300 trabajadores tomaron posesión de la fábrica y colocaron banderas rojinegras en la entrada (*Reforma*, 16 de junio de 2001).

Después de cuatro meses, el 29 de agosto, la huelga terminó y la empresa anunció que los 650 trabajadores despedidos serían liquidados conforme a lo estipulado en la ley (*Mural*, 30 de agosto de 2001). El resultado, al final, fue el despido de 950 trabajadores y la ruptura del contrato colectivo de trabajo establecido 55 años atrás. Sólo algunos de los trabajadores sindicalizados fueron recontratados bajo la figura de contrato individual, manteniendo los mismos salarios pero menos beneficios laborales.

Desde entonces, como indica el estudio de José G. Vargas (2011), existen más presiones y el clima laboral es más tenso. Durante el trabajo de campo escuché en diversas ocasiones que los trabajadores que salieron de Atenquique se referían de manera burlesca a los empleados que decidieron regresar bajo un nuevo contrato, llamándoles “similares”, en alusión a los medicamentos genéricos: los mismos pero más baratos. “Antes era un orgullo decir que uno trabajaba en Atenquique”, me comentó un obrero de la planta, “ahora es una vergüenza”. Otro trabajador, un ingeniero llegado en los últimos años de la etapa paraestatal, me explicó lo mucho que ha cambiado la compañía: “no hay compromiso, ni del trabajador hacia la fábrica, ni de la fábrica hacia el trabajador. Somos un número: un registro de una huella digital que va

al DF; nos pagan desde el DF. Todo el grupo funciona así, no te preguntan nada de ti” (anónimo, 08 marzo de 2017).

En 1986, previo a la venta de la empresa, la CIA. Industrial de Atenquique, S.A. contaba con un total de 1386 personas de planta: 1166 sindicalizados y 220 de confianza. En la actualidad, 21 años después, la empresa cuenta con 563 empleados en total, 236 de ellos obreros en la planta. El número de habitantes en el poblado de Atenquique siempre ha estado condicionado por la compañía papelera. En vista de ello, se ha atravesado un significativo fenómeno de emigración, marcado en gran medida por el conflicto laboral de 2001. Para la década de los ochenta, el poblado contaba con más de tres mil habitantes (Ponce, 1983); para 1988, 3700 (Medina, 1988). De acuerdo con los datos del Consejo Estatal de Población con base en el censo del INEGI, en el año 1990 Atenquique tenía 1645 habitantes; en el 2000, 1143; y para 2010 la cifra se redujo a 790.

## **2. Objeto de investigación**

### **2.1. Justificación**

El salto del capitalismo industrial al posindustrial se vio reflejado a nivel mundial en el ajuste de políticas laborales y el desmantelamiento del Estado, fenómeno ya antes esbozados y ampliamente estudiado desde diversas disciplinas<sup>13</sup>. En esta investigación interesa abordar la manera en que esas transformaciones económicas y sociales han afectado a las personas que habitaron o habitan en Atenquique, y cómo ellas, a su vez, tejen significados y configuran socialmente el territorio. La memoria se convierte así en una entrada para comprender cómo han sido vividos y cómo son entendidos actualmente esos cambios por parte de la clase no dominante, como es el caso de los trabajadores y ex trabajadores de la fábrica y sus familias. Este estudio particular servirá para un análisis más amplio con miras a comprender fenómenos sociales –tales como la producción social del espacio, el arraigo, la migración, la flexibilización laboral–, enmarcados todos en las transformaciones con el advenimiento del sistema neoliberal.

A la par, esta investigación es un estudio de caso centrado en analizar la producción social del territorio y los procesos de memoria a partir de la visualidad, incorporando discusiones y

---

<sup>13</sup> En el caso de la Antropología y la Sociología, resalto las propuestas de Coriat (1997), Rosendo (1998), Sennett (2001), Lichtenstein (2006) y Castel (2010).

herramientas teórico-metodológicas acerca del uso social de la fotografía, la subjetividad del espacio y, con un mayor énfasis, en la producción audiovisual documental.

Por consiguiente, resulta indispensable considerar qué se ha dicho en torno a nuestro objeto de estudio, el pueblo de Atenquique. Contamos con algunas investigaciones realizadas sobre el pueblo, la mayoría de ellas centradas en aspectos ambientales<sup>14</sup>. En el aspecto social, cuatro son los autores claves a resaltar y retomar: Ponce (1983), Medina (1988), Gabayet (1988) y Vargas (2011).

En 1983, José Manuel Ponce Segura publicó el libro *Historia de Atenquique*, en donde presenta de manera cronológica la fundación y crecimiento del poblado, acompañado de anécdotas y personajes clave de la historia de la empresa.

Un lustro después, José Medina Enríquez –quien fungió como Contador de Costos en la fábrica y como Contador General y Gerente Administrativo de la Unión Forestal de Jalisco y Colima– publicó *Atenquique, una aportación a su historia*, un detallado libro dedicado a relatar el desarrollo y crecimiento del pueblo y la empresa. Fue publicado en 1988, justo a unos meses de la venta de la empresa y la fecha no es casualidad: Medina dedica las primeras y las últimas páginas de su obra a presentar, casi a modo de exhortación, las experiencias exitosas del pasado a los entonces recientes dueños y futuros administradores de la Compañía: el Grupo Durango.

Ese mismo año, en 1988, Luisa Gabayet publicó *Obreros somos: diferenciación social y formación de la clase obrera en Jalisco* en donde realiza un profundo análisis de la región del sur de Jalisco y sus trabajadores a partir de diversos casos de estudio, entre ellos la fábrica de papel de Atenquique. Sus aportes para entender la conformación de la compañía, el pueblo y la relación entre el sindicato y la empresa son un significativo prelude para esta investigación. Sin embargo, aquel fue un estudio de corte histórico con base en la información existente hasta 1976, año en que la antropóloga mexicana realizó su trabajo de campo, por lo que dicha información debe revisarse y analizarse ante nuevas realidades, como la venta de la empresa a privados.

---

<sup>14</sup> La mayoría de investigaciones realizadas sobre el pueblo se centran en aspectos ambientales como las realizadas por Marisa Espinosa (1986), Martín Solórzano (1989) y Dan Klooster (2003).

Por su parte, José G. Vargas (2011) aborda el caso de la compañía papelera en Atenquique y su venta desde una perspectiva económica. Mediante entrevistas a ex trabajadores, da cuenta de los cambios laborales a partir de la privatización de la empresa en 1987, encontrando que en la actualidad los empleados padecen mayor presión laboral y menos beneficios sociales.

Aquí se busca rescatar la subjetividad de la historia reciente de Atenquique: entender de manera directa cómo los habitantes y ex habitantes han vivido el proceso de privatización y las tres décadas posteriores. Revisar y confrontar sus discursos con las versiones de la prensa y la clase política, para considerar así los significados y narrativas construidos por los sujetos. Después de todo, “lo que creen los informantes es en verdad un hecho histórico (es decir, el hecho de que ellos lo crean), tanto como lo que realmente sucedió” (Portelli 1991, 42-43).

Con este tipo de indagación, a su vez, se pretende acudir a una historia distinta a la conformada exclusivamente a partir de hitos políticos y momentos de ruptura. Considero que es ahí donde la Antropología debe de situarse: preocuparse por la memoria de *otras* voces, que hagan frente a los macro relatos de disciplinas como la economía, la historia o las ciencias políticas. En el acceso a la subjetividad y la carga de significados radica una de las ventanas a explorar desde nuestra disciplina, con su método propio –la etnografía–, enriquecido por otros de disciplinas como la geografía, historia o sociología, tales como historia oral e historias de vida, por mencionar sólo las utilizadas en este trabajo.

La materia central de esta investigación es la memoria de los habitantes de Atenquique: interesan los hechos sociales, la cotidianidad, la producción de sentidos, la manera en que las personas forman y resignifican los hechos y el territorio en que habitan o habitaron; como lo indica la investigación June Nash, “cómo la cultura que ellos [los trabajadores] construyen y reproducen en su vida cotidiana se adapta, a la vez que afecta, la intervención de la empresa mundial en esa comunidad” (2015, 19).

## **2.2. Pregunta y objetivos de investigación**

Partiendo de la situación planteada surgen las siguientes preguntas de investigación: ¿cómo se ha presentado la producción social del espacio en Atenquique a partir de la privatización de la fábrica de papel? , y con ello, ¿cómo el capital ha redefinido el territorio atenuquense?

A su vez, el marco de investigación intenta cubrir: ¿cómo los habitantes y ex habitantes de Atenquique resignifican la historia del pueblo a partir de la memoria, cómo se ha vivido el arraigo al poblado?, ¿qué relación puede tejerse entre el territorio y la memoria?, y por último, ¿cómo el cine documental sirve en el estudio del territorio?

El objetivo principal de este trabajo es entender cómo se produce socialmente el territorio en el poblado industrial de Atenquique y, a partir de la memoria y la visualidad, descifrar los significados que se han construido sobre el espacio, con miras a generar aportes teóricos y metodológicos para la Antropología Visual y la Geografía crítica. Es decir, se busca partir de un marco marxista para explorar la producción del territorio, y entenderla desde el punto de vista de la clase trabajadora. Entre los objetivos específicos se encuentran:

- 1) Analizar cómo se resignifican el pasado y el presente del pueblo de Atenquique en los procesos de memoria de sus habitantes y exhabitantes.
- 2) Indagar cómo las transformaciones de Atenquique a raíz de la privatización de la fábrica afectan al territorio, y la manera en que los habitantes viven dichas transformaciones.
- 3) Explorar las posibilidades teórico-metodológicas de la producción documental para la comprensión de complejos fenómenos sociales, como las subjetividades con que se viven los cambios sociales en el neoliberalismo y la producción social del territorio.

### **3. Enfoque metodológico**

A fin de presentar el marco metodológico que se diseñó para cumplir con los objetivos de esta investigación, resulta provechoso apuntar la manera en la que se llevó a cabo el trabajo de campo. Como poblado industrial, en Atenquique las decisiones sobre las casas son tomadas en gran medida por la empresa papelera. Con la intención de solicitar permiso para vivir en el pueblo, tuve los primeros acercamientos con la compañía en diciembre 2016, momento en el cual me anunciaron que las casas son exclusivas para los trabajadores, situación que me orilló a vivir en la ciudad de Tuxpan, la cabecera municipal ubicada a nueve kilómetros al norte de Atenquique.

Viví en Tuxpan de enero a marzo 2017, acudiendo casi a diario a Atenquique, con excepción de los días en que realizaba el trabajo de campo en Tuxpan. Si bien al inicio el hecho de no poder vivir en el poblado lo consideré como un grave obstáculo, con el tiempo noté lo positivo de la situación, ya que gran parte de las y los ex trabajadores viven actualmente en la cabecera municipal. De hecho, el cuarto que alquilé durante mi estancia se encontraba en la casa de una ex habitante de Atenquique, Ana Legarreta, quien fungió como puente para contactar a otras personas, y a quien le estoy profundamente agradecido por su paciente atención y las largas charlas sobre su pueblo.

Así, las conversaciones y contactos se fueron dando bajo la técnica de “bola de nieve”, por recomendaciones de los mismos actores –como mi casera, Ana Legarreta– y en función de los objetivos y perfiles necesarios para la investigación: incluir las voces de los habitantes pero también de los ex habitantes que dejaron el pueblo por distintas razones, la gran mayoría por situaciones laborales. Poco a poco fui comprendiendo mejor esas razones, y sobre todo, el arraigo generado, así como las distintas formas en que se vivió y se ha asimilado la partida del pueblo.

Si bien logré entrevistar a líderes y ex líderes sindicales que estuvieron presentes durante el movimiento huelguístico de 2001, sus discursos se agregan como uno más desde una perspectiva etnográfica en la que se incluyen toda clase de actores sociales y visiones: trabajadores y ex trabajadores, amas de casa, hijos, con los matices que sus visiones arrojan. Las personas que colaboraron en esta investigación, tanto de Atenquique como de Tuxpan – más unas pocas más de Ciudad Guzmán y Colima– se mostraron siempre interesadas en charlar sobre *su* pueblo.

Las pláticas fueron espontáneas, en entrevistas semi-abiertas en las que se sugirieron ciertos temas en algunos momentos; las entrevistas se complementaron con un trabajo etnográfico desenvuelto que incluyó la observación participante en caminatas, comidas familiares, partidos de fútbol, reuniones, cenas, fiestas tradicionales tanto en Tuxpan como en Atenquique, misas religiosas, charlas en negocios y algunos encuentros más espontáneos.

Para responder a las preguntas y objetivos planteados en esta investigación fue necesario explorar la existencia material y simbólica del territorio en Atenquique. Así que, para trabajar el aspecto material tomamos como punto de partida datos duros diacrónicos sobre el pueblo tales como censos demográficos y cifras de empleados de la fábrica. Pero es en el segundo aspecto, lo simbólico, donde la Antropología Visual tomó una mayor relevancia para generar otro tipo de información, cercana a la manera en que fue –y es– vivido y apropiado el territorio por parte de los habitantes, poniendo en diálogo sus discursos con los distintos momentos que ha atravesado la empresa papelera. Interesa partir de contextualizar el caso de estudio y establecer las condiciones materiales –sociales, económicas, demográficas– del poblado para, a partir de ello, explorar cómo esas transformaciones han sido vividas y entendidas por parte de la clase trabajadora.

Precisamente, sobre la generación de conocimiento en la Antropología Visual, Néstor García Canclini aclara el tipo de información a la que se aspira desde la disciplina. En su obra *Imaginario urbano* (2010) encuentra que los discursos generados a través de grupos de enfoque con habitantes de la Ciudad de México coinciden con los datos duros sobre la misma, ante lo cual aclara que si esas cifras son las que se buscan, no es ese el procedimiento. En cambio, “las investigaciones cualitativas son útiles para acceder a las formas en que diferentes sujetos –y grupos de sujetos- viven esas condiciones ‘objetivas’, construyen sus mundos privados en relación con las estructuras públicas” (García 2010, 131).

Por lo tanto, una vez teniendo claro el tipo de información que se busca se planteó realizar una etnografía visual apoyada en tres distintas metodologías de trabajo, flexibles y complementarias entre ellas: recorridos con cámara, historia oral y producción de un documental etnográfico, los cuales desgloso con detalle a continuación.

### **3.1. Recorridos con video**

En el estudio del territorio fue primordial conocer Atenquique acompañado por los habitantes y exhabitantes, para así descubrir las subjetividades y cargas simbólicas tejidas sobre el poblado. En esta indagación sobre los lugares de la memoria, la visualidad se presentó como una opción de investigación práctica y creativa mediante los recorridos vivenciales con video.

Se pretendió “mapear” y repensar el espacio a través de emociones y memorias, siempre subjetivas y distintas entre sí. Un referente en este tipo de ejercicios es la etnografía experimental llevada a cabo por Andrew Irving (2007), en la cual ‘mapeó’ la ciudad de Kampala en Uganda a partir de las experiencias cotidianas por parte de personas que viven con VIH/SIDA. Con ello, consiguió ganar un sentido más en las conexiones de las personas con su pasado y la manera en que ellas recrean la ciudad con base en sus propias experiencias.

Banks (2010, 110) ejemplifica también las ventajas de emplear imágenes para comprender el espacio: retoma una investigación realizada en la Universidad de Ámsterdam en la cual los estudiantes pidieron a los sujetos de investigación que los llevaran a un recorrido por el barrio de La Haya, indicando los aspectos del entorno que deseaban comentar y fotografiar. De manera similar, y con el fin de ganar riqueza y profundidad en la información, se llevaron a cabo diversos recorridos con cámara, realizados de distinta manera y con distintos perfiles: con ex habitantes del pueblo y un par de habitantes actuales; algunos de manera individual y otros en pareja –hermanas, padres e hijos, amigos– de acuerdo a distintos factores y

circunstancias presentadas durante el trabajo de campo. Los recorridos permitieron comprender el espacio desde el punto de vista de los habitantes y, en ello, retomar sus memorias de una manera más directa y genuina accediendo directamente a los lugares de evocación.

En total, para esta investigación se realizaron ocho recorridos con cámara: seis con ex habitantes y dos con habitantes actuales. En febrero y marzo 2017, una vez establecidas relaciones de confianza y con el trabajo etnográfico más avanzado, se llevaron a cabo los recorridos con cámara, tanto individuales como colectivos:

El primer recorrido fue una visita de Ignacio Cárdenas, Don Nacho, junto con su madre, Herminia Ruiz, a la casa de Atenquique que solían habitar y en la cual actualmente vive uno de los hermanos de Nacho, Francisco, quien es obrero en la fábrica. El segundo fue un recorrido por las tres secciones del poblado –la que solía ser la colonia de los cortadores de madera, El Mesón; la parte media para los obreros de la fábrica, y el poblado alto donde residen los ingenieros y altos mandos– acompañado por Armando Carrillo, un ex trabajador de la papelería con un profundo cariño por el pueblo que narró a manera de crónica y con datos exactos los distintos sucesos históricos de Atenquique.

El tercero fue una caminata a El Texcalame –un mirador en la parte más alta de Atenquique, actualmente abandonado– con dos ex trabajadores que actualmente viven en Tuxpan: Don Nacho y Héctor Carrillo, quienes se autodenominan “Los Trotamundos” y que continuamente visitan a pie el poblado. Con Adriana Manríquez, ex trabajadora de la fábrica que actualmente atiende su papelería en Tuxpan, se dio una emotiva visita a la que solía ser su casa, ahora en completa ruina. Otra visita llena de sentimientos encontrados fue con Ana Legarreta –mi casera– y su hermana Laura: ambas viven fuera de Atenquique y, en el caso de Ana, no suele visitar el pueblo, ni mucho menos la casa en la que vivió durante su niñez y juventud.

Esos cinco recorridos se llevaron a cabo con personas que salieron del pueblo, todos ellos radican actualmente en Tuxpan –salvo Herminia, la mamá de Nacho que vive en Guadalajara, y Laura, la hermana de Ana quien vive en Zapolititc–. Lo anterior no se dio de una manera excluyente, sino que representó un importante aporte el regresar al territorio donde se habitó durante décadas y explorando los significados y subjetividades en el arraigo territorial, información que se desglosa en el capítulo 3.

A la par, se llevaron a cabo varios recorridos con cámara con un par de habitantes de Atenquique: Don Pedro Gutiérrez y su hijo Daniel Gutiérrez, así como Don Rubén Flores y su hijo Juan José Flores “El Marra”, en ambos casos caminando por los terrenos aledaños al poblado en los cuales tienen ganado.

Valen algunas puntualizaciones metodológicas sobre los recorridos con cámara. De manera no intencional, los recorridos resultan fundamentales para la realización del documental etnográfico –situación que se detalla en el capítulo 4–. Los cinco recorridos de personas que salieron por distintas razones del poblado resultaron ricos en información cualitativa y, sobre todo, con una remarcable emotividad –ello pese a que algunas de las personas con las que recorrimos el pueblo suelen visitar Atenquique asiduamente–. Los múltiples recorridos con la familia Gutiérrez y la familia Flores se dieron de manera más espontánea y sirvieron para comprender más de su cotidianidad y su manera de relacionarse con el territorio.

Cabe aclarar que, salvo los recorridos con habitantes de Atenquique –que se dieron de manera menos planificada–, el resto se llevó a cabo con el acompañamiento de dos compañeros integrantes del documental, Salvador Ochoa en la cámara y Úrzula Reyes en el audio<sup>15</sup>, cuyo rol detallaré en el cuarto capítulo.

Por último, en este apartado resulta oportuno aclarar que, aparte de los recorridos con videos llevados a cabo, el territorio de Atenquique se mapeó contantemente a través de caminatas con el grupo de “Trotamundos”, principalmente con Héctor Carrillo y Nacho Cárdenas –en ocasiones acompañados de Mario Díaz–, todos ellos ex trabajadores de la empresa papelera que en la actualidad habitan en Tuxpan. Así, durante tres meses me sumé a las caminatas, siendo Atenquique el sitio predilecto, lo que permitió extender las reflexiones de esta investigación, entendiendo los desplazamientos no únicamente como movimientos migratorios relacionados a los despidos, sino con el retorno, el recuerdo, y la visita periódica al que alguna vez fue su hogar, un recorrido constante entre estos dos pueblos aledaños de la región del sur de Jalisco.

### **3.2. Historia oral**

Los relatos de vida y la historia oral se presentan como una estrategia de acceso a la subjetividad de los individuos en Atenquique, pero también a una subjetividad grupal. Como

---

<sup>15</sup> Ambos fueron compañeros míos en la Licenciatura en Comunicación en la Universidad de Colima (2008-2012) y previamente habíamos trabajado en conjunto en la productora de video Mamá Tachita Producciones (2012-2016).

afirma Portelli (1991), la historia oral se caracteriza por decirnos más de los significados que de los acontecimientos: “las entrevistas suelen revelar acontecimientos desconocidos o aspectos desconocidos de acontecimientos conocidos; siempre arrojan nueva luz sobre áreas inexploradas de la vida cotidiana de las clases no hegemónicas” (Portelli 1991, 42).

Bajo esa premisa, se buscó explorar las visiones locales cotidianas de los habitantes, pero también indagar en las memorias sobre las décadas anteriores en el poblado. La historia oral, en ocasiones registrada con cámara y en otras únicamente con grabadora de audio, se presentó como una vía de acceso a esas memorias que, vale la pena adelantar, se accedió de mejor forma de manera colectiva que en entrevistas individuales. En total se trabajó tanto entrevistas con grabadora de audio como con cámara, estas últimas para ser usadas también en la película documental. Para el documental etnográfico se contó con la participación de 22 personas: 15 habitantes del poblado industrial y 7 que habitan en Tuxpan, aunque fueron filmados en Atenquique. En la versión final del documental, por cuestiones de la narrativa, aparecieron únicamente 12 protagonistas.

No todas las personas estuvieron dispuestas o interesadas en hablar frente a la cámara, situación que desde luego respeté sin insistir demasiado; entre sus razones estuvo sentir vergüenza, falta de interés o temor por sentirse demasiado comprometidos con la empresa. Las entrevistas en audio fueron largas charlas con 18 personas que no aparecen en el documental, pero forman parte del corpus de información de la investigación escrita: tres realizadas en Colima (a 54 kilómetros de Atenquique); una en Ciudad Guzmán (a 26 kilómetros); y 14 personas en Tuxpan y Atenquique –entre ellos, un ex líder sindical, el actual líder sindical y un ex trabajador encargado del video de la empresa y el pueblo–.

En esas entrevistas semi-abiertas se dejó que fluyeran las memorias sobre Atenquique, indicando algunas temáticas específicas en las cuales se profundizó, tales como: el territorio, la percepción sobre las casas y su apropiación, el arraigo, los significados sobre el espacio público y privado, la privatización de la compañía y los cambios en el poblado. Todas las personas fueron notificadas de la presencia de la grabadora, dejando sobre la mesa la opción de pausar o dejar de grabar.

### **3.3. Documental etnográfico**

Como parte central del trabajo etnográfico se llevó a cabo la producción de un video documental en el cual se buscó conocer, desde sus protagonistas, los cambios sufridos a raíz

de la privatización de la fábrica papelera, así como la relación que se teje entre la memoria y el territorio en Atenquique.

Sin embargo, la producción documental no se planteó como una mera herramienta de registro<sup>16</sup> ni se dan por sentadas las implicaciones de su uso; en cambio, la cámara pretende generar nuevos diálogos y dinámicas de acercamiento a la memoria colectiva del pueblo. Como lo puntualiza un referente en la disciplina, Jay Ruby, “si la naturaleza del cine no permite la transmisión de ideas complejas, de una manera similar, pero diferente a la vez, que la palabra escrita, entonces su rol al interior de la antropología se limita a ser un recurso audiovisual” (Ruby 2007, 3), a la vez que critica la visión limitada que considera al cine como un mero manual de acción, invitando a superar esas barreras mediante la exploración del potencial del cine en la transmisión de conocimiento antropológico.

La realización del documental etnográfico se llevó a cabo en tres etapas, similares al rodaje de la mayoría de documentales: la preproducción, de marzo a noviembre de 2016, incluyó investigación, desarrollo de la carpeta de producción y búsqueda de archivo en internet; la producción, de diciembre de 2016 a marzo de 2017, en la cual se filmó y proyectó a los protagonistas; y por último la postproducción, de abril a octubre de 2017, donde se editó el documental y se mostró un primer corte a los participantes.

La etapa en que más profundizaré –primordialmente en el capítulo 4– es la realizada durante el trabajo de campo: la producción. Esta se llevó a cabo casi en su totalidad en Atenquique, con la participación de 22 personas: 15 habitantes del poblado y 7 personas de Tuxpan que fueron filmadas en Atenquique, de las cuales, por motivos de la estructura narrativa del documental y duración del mismo, se decidió dejar únicamente 11 protagonistas.

De las 22 personas entrevistadas, 12 son mujeres y 10 son hombres y se clasifican de la siguiente forma (figura 1.7.) de acuerdo a su relación laboral con la fábrica:

---

<sup>16</sup> El debate sobre el rol del cine en la Antropología, indica Ruby (2007), lleva abierto por décadas y continuará por algún tiempo: el propio Ruby (2000) y Mac Dougall (1997) pugnan por un papel más significativo del cine.

Figura 1.7. Tabla de personajes del documental “Pueblo de papel”

<b>Perfil del protagonista</b>	<b>Número</b>
Trabajadores actuales	3
Ex trabajadores	8
Habitantes (no trabajadores)	7
Ex habitantes (no trabajadores)	4
<b>Total</b>	<b>22</b>

Fuente: elaboración Alejandro Ponce de León Pagaza

El trabajo de campo y las primeras charlas sin cámara durante el primer mes fueron realizadas de manera individual; para la filmación se contó con el apoyo de dos compañeros que asistieron a Atenquique en múltiples ocasiones: Salvador Ochoa, camarógrafo, y Urzula Reyes, encargada del audio directo. Debido a la confianza por haber colaborado tiempo atrás con ellos, aunado al apoyo económico conseguido con el Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico (PECDA) de la Secretaría de Cultura en México, se pudo coordinar el trabajo colectivo para que participaran en la producción y postproducción del documental, empapándose del tema y conviviendo de manera constante con los protagonistas.

En la postproducción también se contó con múltiple apoyo<sup>17</sup>: en Quito, la edición fue asistida por Fernando Valencia, colega mexicano egresado de la Maestría en Antropología Visual de Flacso, y la corrección de color por Christian Benavides y Carlos Orozco; en la Ciudad de México fue realizada la postproducción de audio por Carlos Chávez; y en Colima, México la música fue compuesta por Esteban Torres Cárdenas, líder y vocalista del conjunto norteño Progresivo Norte. El proceso estuvo acompañado todo el tiempo de la asesoría de Patricia Bermúdez en Flacso Ecuador, y de Roberto Levy de la Universidad de Colima. A la par, un primer corte fue mostrado a los protagonistas y a colegas y compañeros del posgrado, cuya retroalimentación y participación en la construcción del documental se detallan en el capítulo 4.

<sup>17</sup> A detallarse en el capítulo 4.

Cabe señalar que, como parte de la metodología, se esbozó en un primer momento el archivo como eje central del proyecto. Sin embargo, este tuvo un rol secundario dejando como fuente primaria las memorias de las personas en Atenquique. Así, el trabajo de archivo se vio limitado a una búsqueda en la Cineteca Nacional de la Ciudad de México y el Archivo General de la Nación, así como en archivo fotográfico y de video personal de interlocutores en Atenquique y Tuxpan. Pese a que en el proceso no tuvo un papel principal, la inclusión de este material fue clave para la construcción de la narrativa en el documental *Pueblo de papel*, aportando tomas del México de principios de siglo XX, así como de Atenquique durante su fundación y distintas etapas del poblado.

## Capítulo 2

### Memorias de Atenquique

En esta investigación se buscan abordar las perspectivas teóricas de la mano de los hallazgos encontrados durante el trabajo de campo en Atenquique y el análisis del mismo. El estudio parte de dos dimensiones analíticas, indispensables en la comprensión de las dinámicas al interior de la comunidad: la memoria y la producción social del territorio. En este capítulo se profundiza en la primera de ellas, eje central para conocer las formas en que se han vivido los procesos históricos del pueblo, qué aspectos son recordados y cuáles se mantienen en el olvido, para así profundizar en la relación que se establece entre recuerdo, olvido y abandono. La segunda, referente al territorio, se aborda en el capítulo 3.

El objetivo de plantear el trabajo desde las memorias de la clase trabajadora ha sido expuesto desde la introducción de la investigación. Pese a ello, vale la pena reiterar que el trabajar desde esas subjetividades y significados más “locales” permiten el acceso a los discursos de los *sujetos* que vivieron esos procesos, no para descartar los macrodiscursos sobre los macroprocesos, pero sí para considerar cómo éstos fueron vividos por la clase trabajadora, y sobre todo, considerar las particularidades vividas en Atenquique. A nivel social, este tipo de análisis permite ampliar la visión economicista e histórica que apunta a un *sólo* desarrollo de la modernidad en México, con la implementación de un *sólo* tipo de capitalismo, para así contemplar las especificidades del caso a estudiar. La situación y análisis a nivel micro del pueblo paplero de Atenquique permite a su vez, cuestionar la noción del desarrollo de un mismo tipo de capitalismo, un territorio industrial y la consolidación de un Estado-nación, para pensar en su lugar en cómo ello tuvo relación con lógicas y espacios locales.

#### 1. La memoria en Ciencias Sociales

Si bien la memoria ha sido materia de estudio para la psicología, el psicoanálisis o la neurobiología, lo que aquí interesa es pensar lo social en los procesos de memoria. Maurice Halbwachs es un autor clave de las Ciencias Sociales en los estudios sobre la memoria, referente de la primera mitad del siglo XX que continúa teniendo una enorme vigencia en los debates actuales. En su obra *La memoria colectiva*, el sociólogo francés desmenuza de forma aguda las diferencias entre la memoria individual y la memoria colectiva, apuntando que esta última “evoluciona según sus leyes, y si bien algunos recuerdos individuales penetran también a veces en ella, cambian de rostro en cuanto vuelven a colocarse en un conjunto que ya no es

una conciencia personal” (Halbwachs 2004, 54), distinguiendo así entre memoria autobiográfica y memoria histórica.

La noción de memoria colectiva de Halbwachs no debe entenderse como una entidad propia separada de los individuos, sino “en el sentido de memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder” (Jelin 2012, 55), aclaración que permite ahondar en los procesos de su construcción. Al respecto, el antropólogo Joël Candau aclara que no existen memorias estrictamente individuales, ni tampoco las hay estrictamente colectivas, reconociendo que la memoria individual requiere del eco de los otros, es decir, tiene siempre una dimensión colectiva (Candau 2006, 66-67). Partiendo de esa premisa, indagar en las distintas negociaciones de sentidos y subjetividades del pasado de Atenquique por parte de múltiples actores sociales se convirtió en un cometido fundamental.

Aún más, para complementar la idea de memoria colectiva conviene repasar otro de los escritos fundamentales de Halbwachs (2004): *Los marcos sociales de la memoria*, publicado por primera vez en 1925, y en el cual da cuenta de las influencias que tienen los marcos sociales en las memorias individuales, resaltando tres de ellos: la familia, la religión y la clase social. En este texto reitera que la memoria es una función colectiva, pero complejiza el proceso de recordar introduciendo la noción de marcos sociales en los que se apoya el individuo al recordar, de manera que un recuerdo se vuelve “más fecundo cuando reaparece en el punto de encuentro de un gran número de esos marcos que se entrecruzan y disimulan entre ellos” (2004, 323). Al respecto, la socióloga argentina Elizabeth Jelin reitera que “las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente. Estos marcos son portadores de la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores. Incluyen también la visión del mundo, animada por valores, de una sociedad o grupo” (2012, 54).

En Latinoamérica, Jelin es una autora referente que ofrece diversas pautas para el estudio social de los procesos de memoria, rescatando dos posibilidades para trabajar la categoría: como herramienta teórica-metodológica y como categoría social a la cual hacen referencia los actores sociales. En su amplio estudio *Los trabajos de la memoria* (2012) plantea tres premisas principales: entender las memorias como procesos subjetivos, comprenderlas como un objeto de luchas y reconocer que existen cambios históricos respecto al sentido del pasado.

Interesa también aquí abordar la memoria en el sentido que lo proponen Güell y Lechner (2006), quienes ahondan en esta noción como una manera de distinguir y vincular el pasado con el presente y el futuro; no tanto en relación a una cronología exacta de los hechos (*res factae*), sino en el relato y la interpretación, desde el presente, de dichos hechos (*res fictae*). En resumen, destacamos la trascendencia de trabajar la memoria desde los sujetos y no desde la historia ya escrita; parafraseando a Halbwachs (2004), una memoria a partir de la historia vivida.

## **2. Repensar la memoria social a través de la producción audiovisual**

Ahora bien, ¿qué rol tienen las imágenes y el video en relación con la memoria, lo que olvidamos y lo que recordamos?; ¿las imágenes hablan? Y si es así, ¿qué nos pueden decir?

Al respecto, diversos autores resaltan el papel cada vez mayor de las imágenes en la llamada cultura de la memoria, ya que éstas “construyen sentidos para los acontecimientos, ayudan a recordar, permiten transmitir lo sucedido a las nuevas generaciones. Colaboran para evocar lo vivido y conocer lo no vivido. Son, en definitiva, valiosos instrumentos de la memoria social” (Feld y Stites 2009, 25).

La memoria social –aprendida, heredada y transmitida a través de múltiples mecanismos– se constituye como forma fundamental para la construcción de una identidad colectiva, y en ello también cobran su importancia los testimonios materiales de la memoria como monumentos, carteles, templos e imágenes (González 2004, 5).

Un trabajo teórico-metodológico de referencia sobre el papel del audiovisual en los procesos de memoria es el realizado en Argentina desde hace ya algunos años por parte de la antropóloga Carmen Guarini. En algunos ejercicios metodológicos ha fortalecido la investigación fílmica como una vía para indagar procesos de construcción de memoria y olvido (Guarini 2010, 140), mientras que a nivel teórico plantea el audiovisual con una influencia doble sobre la memoria, como fuente ilimitada de elementos a través de los medios, y como soporte de conservación social, es decir, como proceso y soporte (Guarini 2002, 115). Ambos procesos interesan aquí: la construcción de memoria –e indagación en el olvido y sus posibles causas–, así como el documental etnográfico como proceso de memoria entre los que sienten Atenquique como suyo.

### 3. Memoria y territorio

Al preguntarnos acerca de las distintas narrativas que los habitantes tejen en torno al desarrollo de Atenquique, resulta necesario explorar la relación existente entre las memorias – en plural– y el territorio, sobre todo debido a la importancia de las primeras en la construcción del presente y, sobre todo, del futuro. Como lo indican Güell y Lechner, “la pluralidad de memorias conforman un campo de batalla en que se lucha por el sentido del presente en orden a delimitar los materiales con los que construir el futuro” (2006, 18). De ahí que repensar el pasado de Atenquique y su territorio tenga una mayor relevancia con miras a futuras decisiones.

Para explorar el intrincado vínculo entre memoria y territorio, a continuación expongo brevemente algunos ejemplos de investigaciones que dan cuenta de cómo se ha entendido teórica y empíricamente esa relación.

Con respecto a la inscripción de memorias colectivas en el espacio público, el trabajo de Roberto Fernández y Pablo Hermansen (2009) *Aproximaciones metodológicas para una sociología visual a partir del estudio de prácticas de memoria colectiva en el espacio público de la ciudad de Santiago de Chile* resulta un aporte sumamente productivo a nivel metodológico. Estos autores realizan un análisis de imágenes fotográficas de prácticas de memoria colectiva en espacios públicos de la capital chilena. En ello, consideran a las fotografías como datos visuales para interrogar la realidad social y así sustentar metodológicamente una sociología visual. Usan la imagen no para ilustrar, sino para problematizar el fenómeno que estudian: interpelar discursos, subjetividades y memorias colectivas. Ven en los lugares de memoria y conmemoraciones un fenómeno social, político y estético donde se realizan prácticas sociales para ser vistas, por lo que pugnan por un acercamiento metodológico que dé cuenta de su cualidad visual.

Bárbara Martínez (2014), en su artículo *Cartografías en tránsito: mapas orales y memoria social en El Cajón (Catamarca, Argentina)*, explora la manera en que el espacio expresa hitos de la memoria social entre los habitantes de El Cajón, reflexionando sobre el modo en que la memoria se despliega en el territorio y los modos de apropiación del mismo. Esa ponderación la lleva a cabo a través de intentos etnográficos por elaborar un mapa junto con la gente del sitio, analizando la forma en que la imaginación cartográfica se expresa a través de “mapas orales”, como nombra al conjunto de expresiones y narraciones sobre el paisaje. Para su abordaje, parte por retomar el pensamiento de De Certeau, Mudimbe y Rigby, quienes

advierten que el espacio cobra diversos significados de acuerdo a la apropiación que los sujetos hacen de él.

En México, Verónica Sánchez (2014) hace lo propio al indagar sobre la memoria colectiva en su artículo *Significación del espacio y el tiempo, la memoria apropiada en el territorio: los diez barrios de la ciudad de San Pedro Cholula, Puebla*. Específicamente, se interesa por analizar las relaciones simbólicas entre la memoria colectiva y los territorios sociorreligiosos, concluyendo que entre ambas se establece una relación simbiótica retroalimentada por las prácticas rituales, encontrando a su vez múltiples aristas sobre la identidad del territorio –en ocasiones interpretado como bloque monolítico y en otras de forma fisionado para diferenciar diversas identidades–.

En cuanto a la relación entre la memoria, el espacio y la industrialización, son pocos los trabajos que conjugan esta tríada de complejos procesos. Por ello vale la pena retomar el trabajo de Alejandra Brito y Rodrigo Ganter (2014), quienes discuten la conformación de una subjetividad espacial en una ciudad obrera en Chile. En su artículo *Ciudad obrera: persistencias y variaciones en las significaciones del espacio. El caso de la siderúrgica Huachipato y su influencia en el desarrollo urbano del Gran Concepción* abordan la subjetividad espacial y la manera de habitar el territorio por parte de los habitantes de los espacios residenciales creados en los años cuarenta por la siderúrgica. Los autores concluyen que se encuentran ante un territorio que se constituye como un recurso de actualización constante de memoria social, y a su vez como un valor palpable que promueve afectos, seguridades y vínculos, así como de fricciones y pluralidades. Rescatamos aquí la perspectiva del giro geográfico en el estudio del espacio, para poder explorar las subjetividades y construcciones de significados del territorio por parte de los habitantes de Atenquique.

#### **4. Estrategias para activar la memoria colectiva**

Reiteramos el concepto de “memoria colectiva” planteado por Halbwachs (2004) en el sentido que lo sugiere Jelin (2012), no como memorias aisladas sino compartidas y superpuestas, es decir, no separadas de los individuos mismos. Así, la tarea de activar la memoria social entre las personas se convirtió en procesos complejo de construcción de memoria colectiva, con sus marcadas diferencias entre los sujetos de acuerdo a factores como el género, la edad, la relación con la empresa y el lugar actual de residencia, entre otros. Lo anterior, en lugar de convertirse en una dificultad, generó riqueza al ampliar los universos de análisis. Pero antes

de entrar de lleno al contenido de esas memorias, esbozaré algunas estrategias que me fueron útiles en campo para activarlas.

En primer lugar, debo resaltar el deseo de la gente de platicar acerca de su pueblo: todo mundo tiene su versión –con similitudes entre sí– y anhela que ésta sea escuchada. Como me lo señaló la casera con quien viví, Ana Legarreta, quien salió en su juventud del pueblo: “creo que en el fondo todos sentimos Atenquique como nuestro” (Ana Legarreta, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 7 febrero 2017). Por ello, no me fue complicado establecer diálogos, siempre yendo de a poco con los temas, de manera natural y sin forzar demasiado las temáticas. De tal suerte que, por citar un asunto, charlar acerca de la venta de la compañía al Grupo Durango era un tópico de más rápido acceso entre los ex trabajadores que fueron liquidados, que entre los aún empleados; con estos últimos, y por razones evidentes, esta cuestión no era tratada en las primeras pláticas, y cuando se llegaba a presentar se aclaraba el uso de la información, dejando sobre la mesa la opción del anonimato. Al mismo tiempo, el hecho de que la investigación contara con un video documental fue un factor primordial para despertar un mayor interés en los informantes, quienes al enterarse de ello, en su mayoría, mostraron deseos de aparecer y contar “su versión de la historia”. Después de todo, como lo indica Guarini (2002), el audiovisual funciona también como un soporte de conservación social; en nuestro caso, como una plataforma para dar a conocer algunos aspectos de la historia reciente de Atenquique y sus cambios.

El trabajo de campo implicó mucho más que entrevistas –en video o en audio–, de forma tal que la observación participante estuvo acompañada de situaciones diarias: caminatas, comidas y convivios. De manera espontánea fue brotando el gusto por charlar sobre Atenquique, así como la confianza hacia mi persona. Por consiguiente, la confianza siempre fue uno de los aspectos fundamentales que cuidé y que, ni en la investigación escrita ni en el documental se rompieron: siempre se buscó un proceso horizontal y frontal, explicando los objetivos de la investigación, sin que ello encaminara a posibles respuestas.

Esta ética y horizontalidad, así como el deseo constante de hablar sobre Atenquique, se plasmaron claramente en mi convivencia frecuente con “Los Trotamundos de Atenquique”, pequeño grupo de señores que se reúnen a caminar casi a diario. La mayor parte del tiempo compartí con don Nacho Cárdenas y Héctor Carrillo, cercanos amigos que enseguida me incluyeron en su camaradería. Ambos viven actualmente en Tuxpan y fueron trabajadores de Atenquique aunque sus salidas de la empresa se dieron por distintas circunstancias: Héctor

desde 1992 durante la primera liquidación “voluntaria” y Nacho durante el cierre y despidos de 2001. En 2014 conformaron el grupo de los trotamundos, con la intención de recorrer los alrededores de Tuxpan y Atenquique: cerros, barrancas, ríos y demás caminos boscosos. Desde enero 2017 me sumé a sus caminatas usuales, de 2 a 4 horas, varios días por semana. Ahí, sin poner el tema sobre la mesa, noté que Atenquique era un sitio constante de sus recorridos y, sobre todo, un tema frecuente de conversación, evocando personas, anécdotas, lugares y tiempos pasados. Recordar es pues, una actividad en colectivo, asunto que me lleva a la segunda estrategia para activar la memoria.

Como segundo punto, igualmente central en el proceso de memoria, es precisamente que ésta funciona mejor en colectivo. Durante mi trabajo de campo, los diálogos generados en situaciones grupales fueron generalmente más productivos que los esfuerzos en entrevista uno a uno. No considero que fuese una cuestión de confianza, sino del ejercicio de memoria: el recordar es más eficiente de manera colectiva, evocando memorias y épocas en común. Muestra de ello son algunos de los casos que a continuación esbozo:

Durante una entrevista en video en el patio de su casa, doña Lucina Medina (05 febrero de 2017), mujer de 78 años, 66 de ellos en Atenquique, me resaltó la importancia de poner en común sus experiencias. La charla individual funcionó adecuadamente y exploré algunas temáticas que fui poniendo sobre la mesa, pero al consultarle acerca de qué era lo que más le gustaba del pueblo su respuesta me dejó en claro el peso de recordar en colectivo: “necesitaría ponerme a platicar con alguien que hubiera vivido aquí, para decirle: ¿te acuerdas de esto, y del otro?” (Lucina Medina, 05 febrero 2017). Y efectivamente esta vía resultó más productiva: dos días después volvimos a grabar, reuniéndola con una vieja amiga, Herminia Ruiz (87 años) la madre de Nacho, en una extensa plática en su comedor: “Tantas cosas que han pasado, le digo a este joven [me señala], reímos juntas, lloramos juntas, vivimos unas etapas muy bonitas de nuestro matrimonio, poquito de todo” (Lucina Medina, 07 de febrero 2017). Más allá del contenido –pues no toda la plática entre ellas arrojó la información buscada– rescato la trascendencia del proceso. Un mes después escuché a doña Lucina aclarándole a una conocida en común que hacía poco tiempo se había reunido con doña Herminia, a quien no veía tiempo atrás, “gracias a que un muchacho de Colima (el autor de esta tesis) nos juntó a platicar, está haciendo un documental”.

De esta forma, comparto las reflexiones acerca de los niveles de individualidad y colectividad: la memoria es siempre individual pero también social ya que las experiencias se

encuentran siempre implicadas en lazos sociales (Jelin y Kauman 2006, 9), es decir, las memorias son a la vez individuales y colectivas, ya que el discurso y la experiencia son colectivas (Jelin 2012, 69).

La situación de colectividad anteriormente descrita en el caso de doña Lucina y doña Herminia sucedió en múltiples ocasiones durante el trabajo de campo. Así, fue más fértil charlar en grupos que en entrevistas formales en video. Los Flores –conformada por tres generaciones, llegando hasta los nietos de don Rubén Flores y doña María Dolores Moreno ‘Lola’– son una familia que vive en la colonia de El Mesón –en referencia a la antigua finca– y con quienes, muy afectuosamente, comí cada domingo durante mis meses en campo. Entrevistar con cámara de manera individual o incluso en pareja resultaba siempre menos provechoso que las charlas y grabaciones durante el ritual de los domingos en el patio de la casa de don Rubén y doña Lola, donde se reunía la familia –en ocasiones sólo 6, y en otras más de 20 personas–, con burlas, recuerdos y aseveraciones entre sí. No había hora de inicio ni final de las comidas; se comía de a poco y constantemente, con tortillas hechas a mano.

Don Rubén, llegado a Atenquique hace 42 años y pensionado de la empresa desde hace 5, recuerda con mayor precisión los tiempos en que salía a recorrer las carreteras del país para traer troncos; los elementos de su narración son complementados por su hijo Juan José Flores “El Marra”, de 42 años, quien desde joven comenzó a acompañarlo y a trabajar en la empresa. También la esposa de Rubén, doña Lola, lo interrumpe para aclarar que durante los meses en que se ausentaba su marido no lo extrañaba, ya que tenía muchos hijos por cuidar. La narrativa en colectivo arroja datos más ricos sobre las relaciones sociales y familiares de aquellos años.

Algo similar sucedió cuando, en el porche de su casa en Atenquique, conversé toda una tarde de febrero con cinco mujeres<sup>18</sup>: una charla franca y abierta con tres distintas generaciones discutiendo sus versiones acerca de su pueblo y los modos de afrontar los cambios. Memorias de distintas generaciones empapadas de referencias y anécdotas, de cosas “platicadas” y “escuchadas”, producto de interacciones múltiples y cotidianas; el tipo de relatos orales que van conformando la memoria colectiva de Atenquique. Posteriormente entrevisté a tres de ellas para el documental, pero los de aquella tarde fueron ricos relatos que van entrelazando temporalidades, en una memoria familiar intersubjetiva donde “relatos y recuerdos actualizan

---

<sup>18</sup> María del Socorro Martínez –quien fue maestra en la primaria del pueblo y actualmente radica en Nueva York–; su hermana Josefina Martínez; la hija de Josefina, ‘Yuyis’ Vargas, y las dos hijas de Yuyis.

en significaciones tanto para quienes transmiten como para quienes los reciben. Lo harán con una nueva óptica, desde la cual revisitar las narrativas y ponerlas en perspectiva crítica y creativa que surge de su experiencia” (Kaufman 2006, 47).

### **5. El viejo Atenquique, añoranza de una época**

Una vez reseñadas las estrategias con las cuales se trabajaron las memorias, pasemos al contenido más significativo de las mismas, y uno de los objetivos principales de esta investigación: analizar cómo se resignifican el pasado y el presente del pueblo de Atenquique en los procesos de memoria de sus habitantes y exhabitantes. Para ello, es necesario conocer de cerca la época dorada de Atenquique y revisar los discursos, actividades, actitudes, significados y memorias que se ejercitan desde el presente, pero atendiendo a la advertencia que propone Jelin (2012) acerca de entender las memorias como procesos subjetivos, objetos de lucha y con cambios históricos en relación al sentido del pasado.

Las memorias son procesos subjetivos que dependen en buena parte de las vivencias personales de cada sujeto, por lo que fue distinto conversar hombres que con mujeres, con personas que salieron frente a personas que continúan en el poblado, o de acuerdo a su actividad, personas que laboraron en la fábrica como directivos en comparación con obreros, mujeres que laboraban en la fábrica frente a amas de casa. A la par, dependía si los informantes habían pasado su infancia en Atenquique o habían arribado siendo adultos; si habían trabajado en la empresa durante su etapa paraestatal y demás factores. Pero las experiencias del pasado son a la vez colectivas y rara vez se vivieron de forma individual. Esa heterogeneidad permitió enriquecer y complementar el estudio. Así, pese a las particularidades de sus pasados, las personas que vivieron durante el período en que la empresa era del Estado –principalmente durante la década de los setenta y ochenta– coinciden en un cúmulo de situaciones con respecto a la época, el pueblo y las prestaciones laborales, a través de las cuales también se tejió una identidad al interior del poblado. Como lo indica Jelin, “la memoria tiene entonces un papel altamente significativo, como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades” (2012, 44), con mayor énfasis en grupos oprimidos, discriminados o silenciados.

Abro un paréntesis para precisar que, previo al trabajo de campo, esperaba desentrañar mayores diferencias entre los trabajadores que salieron y los que continúan laborando, hallazgo que no se presentó como tal: ambos perfiles coincidieron en la lectura que dan a los cambios laborales. Pese a coincidir en un diagnóstico laboral sobre la planta papelera, existen

sin embargo matices y una diversidad de voces en cuanto a la llamada “época de oro” de Atenquique, variando de acuerdo a la actividad desempeñada al interior de la fábrica, el género, o la época en que se vivió en el poblado –y por ende, el rol, siendo distinto un trabajador de la planta que una profesora de primaria–.

Más aún, algo que no se esperaba encontrar de forma tan viva y persistente fue el arraigo de los ex habitantes por el pueblo. No contemplaba hallarme con personas que, pese a las décadas fuera, extrañan el poblado de forma palpable: recuerdan con precisión lugares, anécdotas y fechas. Y sobre todo, las rememoran constantemente en su día a día. Lo anterior se debió en buena medida por los azares mencionados páginas atrás: la repentina necesidad de vivir en Tuxpan terminó poniéndome en contacto con un mayor número de ex habitantes que no hubiera conocido viviendo en Atenquique.

Pasando de lleno al pueblo y las relaciones sociales, uno de los principales hallazgos etnográficos que encontré fue la añoranza por la familiaridad y convivencia que existió al interior del pueblo. En múltiples ocasiones escuché referirse a los habitantes como una gran familia, en la que se tejían fuertes relaciones entre familias que se establecían por muchos años, con descendencia a siguientes generaciones: “los que tuvimos oportunidad de radicar en Atenquique, éramos una familia. Todos convivíamos. Éramos una cuestión donde todos teníamos una empatía. Eran familias que se establecían por muchos años. Y venía la descendencia, la siguiente generación” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 de marzo de 2017).

Esa misma singularidad de ser ‘una gran familia’ se veía reflejada en un sinnúmero de relaciones sociales que generaban cierta armonía y propiciaban ambiente tranquilo: los infantes aceptaban ser regañados por los padres de sus amigos; casi todas las familias y personas tenían apodo, asunto que no era visto como una falta de respeto entre los adultos. El pueblo era muy seguro: la gente mantenía las puertas de sus casas abiertas; los niños dejaban las bicicletas y juguetes en cualquier sitio sin riesgo alguno. La única ocasión en que se supo de un robo fue un peculiar acontecimiento que escuché un par de ocasiones: el hurto de calzones de mujeres de los tendedores de ropa, indiscreto crimen cuyo culpable nunca fue identificado.

Se tejían significativas redes de solidaridad: cuando alguien se enfermaba o atravesaba una situación económica difícil, era común que la comunidad se organizara y colaborara. Sumado

a todo ello, cientos de jóvenes comenzaron en Atenquique sus noviazgos y posteriores familias, habitando en muchas ocasiones en la misma vivienda en que habitaban desde pequeños.

Atenquique, durante su etapa paraestatal, se mantuvo bien cuidado y armonioso: “era un pueblo bonito. Un pueblo limpio, una cosa bonita. La gente, pues imagínate cómo vivía, no querían ni pisar el suelo, mucho billete, ganaban bien, había dos sindicatos. La gente bien vestidita, bien comidita y todo”, me comenta alegre Don Pedro Gutiérrez (07 febrero 2017), quien continúa viviendo en el poblado.

El esplendor del pueblo llega a transmitirse hacia el exterior por las personas que ahí radicaron. Doña Socorro Martínez, de 71 años, actualmente radica en Nueva York pero se encontraba de visita en Atenquique durante mi trabajo de campo. Fue profesora de primaria en el pueblo décadas atrás y suele presumir esas condiciones a sus amistades en Estados Unidos:

Siempre he comentado de lo que fue Atenquique para mí, a mis amistades que tengo (en NY) y dicen que tienen la curiosidad por un día conocer, porque les he hablado tanto de Atenquique. Fue un paraíso donde teníamos todo: una vida muy placentera, de vacaciones cada año, escuelas de deportes para nuestros hijos, albercas, casinos donde podíamos hacer nuestras fiestas. Los parques hermosos les estaban dando mantenimiento, lugares para ir a comer, se hacían bailes; frontón, mucho deporte se practicaba aquí (María del Socorro Martínez, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 23 de febrero de 2017).

La empresa tuvo un rol central en la convivencia social en el poblado ya que las instalaciones descritas por la maestra Socorro fueron implementadas y conservadas por la compañía incluyendo, décadas atrás, sala cinematográfica, casinos, sala de lectura, piscinas, gimnasio, canchas de frontón, fútbol y basquetbol.

En el aspecto laboral, las personas que trabajaron antes que la compañía fuera vendida coinciden en que anteriormente se contaban con mejores prestaciones, situación que se reflejaba, casi siempre, en un mayor compromiso del trabajador hacia la empresa. Y no es para menos, ya que las prestaciones laborales eran muy benéficas –sobre todo comparándolas con las del resto de la región– y los obreros eran conscientes de ese aspecto.

Entre las múltiples prestaciones estipuladas en un contrato colectivo –iniciado en 1956 y renovado cada dos años, en acalorados acuerdos entre el sindicato y la empresa–, y

puntualizadas en la obra de Medina (1988) se encuentran: casa-habitación para los obreros, incluida el agua y la luz; el derecho a vacaciones anuales, aguinaldo, compensaciones por separación voluntaria y por antigüedad superiores a las establecidas por la ley; despensa mensual y fondo de bienestar familiar –el primero establecido en el país, en 1949–; seguro social médico y previsión social, que para 1986 incluía ayuda para gastos de defunción, indemnizaciones por incapacidad o muerte adicionales a las que cubre el seguro social; cursos de especialización y ropa de trabajo; subsidio deportivo; dotación de útiles escolares, libros y becas a hijos de trabajadores de planta; servicio de transporte desde Ciudad Guzmán y Tuxpan, así como reparto de utilidades, que para 1985 permitió otorgar el equivalente a dos meses de salario a todos los trabajadores. En la actualidad, las prestaciones y el reparto de utilidades se ha limitado: “Ahorita trabajamos la mitad [de personal], no nos pagan ni la mitad de lo que ganábamos y a cada rato rompen récord de producción, y te dan de premio una camisa y unos 30 pesos” (Juan José Flores, trabajador de la planta, entrevista con el autor, 12 de febrero de 2017).

Siguiendo a Medina (1988), quien laboró en la fábrica hasta el momento de su venta, la relación obrero-patronal estuvo marcada por un espíritu de equidad, con una postura vigilante de la empresa hacia las necesidades de sus trabajadores y sus familias; las prestaciones se ampliaban a becas, útiles escolares y regalos navideños para los hijos de trabajadores.

Una costumbre que escuché de parte de la mayoría de las personas en Atenquique fue la que se vivía cada 6 de enero, durante la celebración del Día de los santos Reyes, tradición con mayor importancia en la Ciudad de México. Ese día, todos los hijos de los trabajadores que tuvieran menos de 12 años recibían un juguete por parte de la empresa y eran, como muchas personas me lo mencionaron, “juguetes buenos”. En aspectos que económicamente pudieran no representar mucho –en comparación con el pago de la vivienda, horas extras o períodos vacacionales– fue justo donde advertí las fuertes relaciones de carácter simbólico entre la empresa y los trabajadores. Inclusive, a la pregunta expresa sobre los cambios a raíz de la venta, los juguetes constantemente fueron el primer beneficio en ser mencionado: “empezaron a quitar todas las prestaciones que habían. Aquí daban los juguetes el seis de enero. Ya cuando tomaron los de Durango aquí, ya no hubo ese reparto, entonces toda la gente bajamos [señala a la fábrica] esperando que fuera igual y ya no hubo Reyes Magos” (Josefina Martínez, habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 23 de febrero de 2017).

Los útiles escolares es otra prestación que muchas personas recuerdan. En Ciudad Guzmán pude entrevistar a Luis Enrique Sánchez, quien vivió casi una década de su infancia en el poblado, entre 1966 y 1975. Comentó con alegría las buenas condiciones y ambiente que se vivía en esa época, cuando él estudió la primaria y secundaria: “te daban todos: libretas, lápices, reglas, juego de geometría. Todo con el logotipo de la empresa: Compañía Industrial de Atenquique S.A. de C.V. [...] Y eso nos daban dos veces al año” (Luis Enrique Sánchez, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 3 de enero de 2017).

Se cimentó una alianza obreros-compañía en donde ambas partes –mediadas por el entonces sólido sindicato– veían por la mejor productividad, sin dejar de lado el aspecto humano y familiar. Y el compromiso, en materia simbólica, era robusto entre ambas partes. Por un lado, la cúpula directiva consideraba al trabajador de distinta manera a como sucede en la actualidad, como lo indica un homenaje público donde se premió a los trabajadores con 25 años de servicio. Medina (1988) rescata el discurso de un antiguo trabajador pronunciado durante la Fiesta del Trabajo realizada el 14 de septiembre de 1974, que aquí citamos en extenso por el valor que cobra hoy en día:

En esta ocasión, los homenajeados escucharon la exposición de toda una doctrina sociolaboral que el señor director del Complejo Industrial de Atenquique, el Licenciado Mario Ortega Sánchez, sintetizó en la parte medular de su discurso al proclamar que ‘el fin principal de la empresa no es ni ganar dinero ni hacer papel (...) La empresa no es un fin en sí misma, es solamente un medio para lograr fines, para satisfacer las necesidades del hombre. Por eso podemos afirmar, sin que esto entrañe un simple juego de palabras, que la empresa debe estar al servicio del hombre, y no el hombre al servicio de la empresa’, tesis esta la más valiente, la de más profundo contenido humano (en Medina 1988, 186).

Ese mismo discurso, enunciado originalmente por el entonces director de CIDASA, Mario Ortega, fue repetido tres décadas después casi con idénticas palabras por un ex trabajador, don Rosendo Manríquez, en una de las charlas que tuve con él mientras me prestaba sus videos en formato VHS. Ahí, reconoció con un tono absorto que esa fue una época donde la empresa ponía por encima al humano y que Don Mario, el entonces director, siempre veía por los trabajadores, situación que ya no observa con la nueva administración.

El compromiso de la empresa también fue correspondido por los trabajadores. La maestra Socorro narró con lujo de detalle la valentía con la cual su padre había auxiliado a apagar un incendio en la fábrica, de manera voluntaria y fuera de su turno, evidenciando su lealtad hacia

la fuente de trabajo: “decía mi papá, ‘bendita fábrica, bendito pueblo, que gracias a él puede educar a mis hijos, pude sostenerlos’” (María del Socorro Martínez, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 23 de febrero de 2017).

La clase obrera consideraba que la fábrica representaba su seguridad y cristalizaba sus perspectivas familiares, por lo que era vista como su patrimonio. Al interior de la fábrica había un buen ambiente de trabajo, era bien compensado económicamente y las prestaciones del contrato colectivo de trabajo eran superiores a las prestaciones de ley; se contaban con todas las condiciones para trabajar “con seguridad, con productividad para que la empresa se siguiera manteniendo con los famosos números negros [con ganancias netas], porque sabíamos que era el patrimonio no nada más de nuestros padres, sino de nosotros y de nuestros hijos como tercera generación” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017).

Dichas prestaciones por encima de la ley y los atractivos salarios se reflejaban en múltiples fenómenos sociales: distribución del trabajo, migración regional, diferenciación social, conformación de familia o elección de una pareja. Muestra de lo anterior era lo bien visto que se consideraba en la región a los empleados de la compañía papelera, sobre todo al momento de elegir una pareja: “antes era un orgullo. Hasta las mujeres sabían: ibas tú a alguno de los pueblos vecinos –a Ciudad Guzmán, Zapotiltic, Tamazula, Tecalitlán– y nomás sabían que trabajabas en Atenquique, eras un buen pretendiente” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017). “Pues de hecho decían, si trabaja en Atenquique pues yo me caso con él. Así se oían comentarios en Tamazula, en Tecalitlán, en Ciudad Guzmán, en Tuxpan. Aunque estuviera [físicamente] como estuviera” (Josefina Martínez, habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 23 de febrero de 2017). En estos vínculos es posible desentrañar un aspecto mucho más objetivo: el flujo económico.

La diferenciación social también es un fenómeno observado desde décadas atrás en la región del sur de Jalisco, como lo señala el estudio de Luisa Gabayet (1988) con datos de 1976, donde la separación se reforzaba con los altos niveles de vida de los obreros reflejados en símbolos externos de consumo, como mejores viviendas, autos o electrodomésticos, haciendo aún más palpable la superioridad del nivel de vida económico de los obreros de Atenquique con respecto a sus vecinos de Tuxpan. Mantener un empleo industrial era, en aquella época, el principal determinante de diferenciación social entre vecinos que procedían del mismo contexto socioeconómico.

Mientras los salarios y condiciones contractuales resultaron atractivos, la continuidad laboral entre generaciones era algo deseado –y asegurado debido a las negociaciones sindicales–, por lo que cada trabajador tenía derecho a colocar a sus hijos en la empresa. Sin embargo, muchos preferían invertir en la educación de sus hijos, enviándolos a estudiar a la Ciudad de México, Morelia, Colima y, especialmente, a Guadalajara, la capital jalisciense, al grado que “la cantidad de dinero que se gasta en educación es mayor a la gastada en bienes de consumo. (...) La educación representa para estas familias la mejor forma de lograr la movilidad social y la mejor posibilidad de inversión” (Gabayet 1988, 67). Pero las condiciones laborales y por ende, las estrategias sociales, han cambiado radicalmente en las últimas tres décadas, a raíz de la venta de la paraestatal al Grupo Durango.

## **6. La actualidad de Atenquique, sombra de su época dorada**

La dinámica social del poblado industrial se ha transformado en las últimas tres décadas con el cambio de administración. Pese a las condiciones particulares ya descritas sobre Atenquique, es preciso insistir en contextualizar este proceso –social, territorial y económico–, enmarcándolo en cambios sustanciales a nivel nacional y global. Como se mencionó en el capítulo 1, a partir de la década de los setenta, la economía sufrió un cambio radical a nivel mundial, pasando de un capitalismo industrial a uno posindustrial, marcado por el libre comercio, desregulación del sistema financiero y precarización laboral.

A su vez, conviene retomar la advertencia que lanza David Harvey (2004) para evitar una retórica de “globalización” que justifica toda expansión del sistema capitalista y limita toda forma de acción política, para considerar a su vez los aspectos específicos de cada caso. En México, como se mencionó anteriormente, las políticas neoliberales del sexenio madridista (1982-1988) y salinista (1988-1994) implicaron una redefinición del Estado y la venta de alrededor de mil empresas paraestatales, entre las que destaca el Grupo Atenquique.

El 14 de julio de 1987 el Grupo Industrial Durango tomó posesión del Grupo Industrial Atenquique. En las últimas décadas, este grupo empresarial del norte de México se ha convertido en el grupo papelero más grande de México y una de las 25 compañías más importantes a nivel nacional.

Antes de la venta, en 1986, CIDASA tenía 1386 trabajadores: 1166 sindicalizados y 220 de confianza. Para 2017, la planta –ahora Bio-Pappel– cuenta con 563 empleados en total, 236 de ellos obreros en la planta. La población también ha disminuido, pasando de 1645 habitantes

en 1990 a 790 para 2010 (datos del censo del INEGI). La infraestructura del poblado ha venido a menos, con el derrumbamiento de colonias obreras, la falta de mantenimiento en las viviendas y el desuso de instalaciones culturales y deportivas como las canchas de tenis y frontón, las piscinas, la biblioteca y el cine.

Los sueldos y prestaciones laborales han venido a menos, sobre todo a partir de la ruptura del contrato colectivo y la liquidación masiva tras el cierre y la huelga en 2001, como lo relata Don Nacho Cárdenas, quien fue despedido en ese año y no pudo ser recontratado:

En agosto fue cuando la empresa se declara en quiebra: ‘liquidó a los trabajadores y que les vaya bien’ [indica imitando la actitud de la empresa]. Y ya después, ya la recontratación del personal, pues ya fue un nuevo contrato, unas nuevas condiciones laborales. Un salario no acorde a como estábamos ganando. La empresa dice: ‘¿quieres venir?’, yo ganaba por decir un salario de \$400 pesos diarios, ‘no, vas a ganar 100 pesos, si quieres aquí te quedas y si no, no’. Todo ese tiempo que duramos en huelga, la mayoría que no teníamos un oficio, saber algo, pues nos motivó a emplearte, a poner una tiendita, tenías que sobrevivir. Las personas que regresaron con menos salario, menos condiciones, no hubo de otra más que eso. Y con el reinicio de la producción, el poblado empezó a decrecer, el trabajador no se arraigó como estábamos arraigados durante todo ese ciclo desde 1950 hasta el 2000, todo eso quedó atrás, perdido en la historia del poblado (Ignacio Cárdenas, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 21 de enero de 2017).

En una ocasión durante una comida de los domingos en casa de los Flores, doña Lola Moreno, sus hijos y nueras comenzaron a platicar y comparar las dos grandes etapas de la fábrica, y las repercusiones de las mismas en el poblado. Tras explicar que era de gobierno y tenían buenas prestaciones, doña Lola expresó el cambio y la actualidad de la siguiente forma: “la vendieron y se vino abajo todo. A llegar a que les paguen 800 pesos<sup>19</sup> [...] el salario mínimo, ¿pues qué hacen? Pobre gente, que me digan los que tienen familia. Y en aquel tiempo, ¡uh no!” (María Dolores Moreno, habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 12 de febrero de 2017).

A raíz de los cambios al interior de la compañía, las estrategias sociales en la actualidad han cambiado y, como me lo relataron muchos obreros, ya no desean que sus hijos hereden el puesto laboral: “no quiero que mi hijo entre a la fábrica. Y si entra, que sea de ingeniero” (Adrián Delgado, trabajador de la planta, entrevista con el autor, 4 de enero de 2017).

Inclusive en la región, los jóvenes de Tuxpan y municipios aledaños prefieren trabajar en el

---

<sup>19</sup> Salario semanal, equivalente a \$45 USD

corte de fruta antes que laborar en la papelera, al grado que ahora es la compañía quien ofrece los puestos: “¿Cuándo, por ejemplo, se había visto que la empresa anduviera anunciando, perifoneando que ocupa gente para que vaya a trabajar a esa gran empresa? Porque ya no es muy atractivo” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017), en referencia a las condiciones económicas y la falta de seguridad social que oferta Bio-Pappel.

Anteriormente, por el contrario, el empleo en CIDASA era muy deseado, como me lo relata don Américo Manríquez, un ex trabajador ya pensionado: “hubo un tiempo de bonanza, [vivía] muchísima gente. Y las casas eran muy solicitadas, era también como el trabajo; no era muy fácil ingresar aquí a la empresa (...) Los sueldos eran muy buenos, las prestaciones de la empresa, buenísimas” (Américo Manríquez, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 10 de marzo de 2017).

Y es que las condiciones laborales han cambiado a raíz de la privatización, situación que ha sido leída como una mutilación a las prestaciones conseguidas, como me lo narró don Armando:

¿Qué nos trae como cambio? [La venta] Bueno, una política muy diferente. Uno salarios, unas prestaciones muy diferentes. Una vida social muy diferente. Una vida cultural, deportiva, en todos los aspectos de nuestra vida mucho muy diferente. (...) Aquella armonía, aquella camiseta, aquel amor que tú le tenías a tu empresa se va perdiendo. ¿Por qué? Porque nos van cercenando, nos van quitando, nos van mutilando lo que eran las prestaciones. ¿Y qué es lo que hacen? Pues echar abajo mucha parte de lo que eran las conquistas sindicales (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017).

Tras los recortes de personal, los trabajadores despedidos tuvieron que buscar diversas estrategias económicas y sociales, emigrando principalmente a la ciudad de Tuxpan y con pequeños negocios como vía principal para su sustento. El reajuste de personal es visto por don Armando Carrillo como el proceso más doloroso con el cambio de administración: “¿muchos a dónde se van? Al desempleo [...] Algunos logran crear un oficio: soldadores, mecánicos, albañiles, carpinteros. Pero otros que estaban en producción, pues no, era muy difícil encontrar otra empresa que se dedicara a la fabricación de papel” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017).

“Mucha gente, la mayoría que no teníamos un oficio, saber algo, nos motivó a emplearte, a poner una tiendita, tenías que sobrevivir. Ya las personas que regresaron fue con menos salario, con otras condiciones, pues se quedaron, no hubo de otra más que eso”, comenta Nacho Cárdenas (ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 21 de enero de 2017). Él puso una pequeña tienda de abarrotes y entró a trabajar en el área de vigilancia de una clínica del Seguro Social de Ciudad Guzmán. Héctor Carrillo, por su parte, arrancó su negocio de una constructora. Adriana Manríquez atiende su papelería en Tuxpan, mientras que su hermana Libertad administra una tienda de abarrotes junto con su esposo. Mi casera, Ana Legarreta, atiende junto a su hermana Bertha una mercería. Pese a sus deseos, ninguno de ellos pudo quedarse a vivir en Atenquique, aunque continuamente van de visita.

Por su parte, los trabajadores recontratados continúan laborando en la empresa, con quejas comunes de los salarios. Si se mantienen en la compañía, reconocen con cierto pesar, es debido al ambiente pueblerino de Atenquique: “No tenemos un sueldo muy alto aquí pero estamos aquí queriendo subsistir, vivir en Atenquique por la tranquilidad con la que se vive, y con la que vivieron nuestros hijos o viven nuestros hijos, que es lo más importante” (Américo Manríquez, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 10 de marzo de 2017). Algunos trabajadores jubilados han conseguido negociar con la empresa su continuidad en las viviendas de Atenquique, mediante una renta mensual baja: inició años atrás en \$20 pesos (poco más de 1 dólar), pero ya en la actualidad la han subido a \$400 pesos (equivalente a 20 dólares), me explica doña Lola Moreno.

La familia Flores en El Mesón es una de las contadas excepciones que pudieron continuar en el poblado. La mayoría de ex trabajadores, sea por jubilación o por liquidación, han tenido que salir. La migración se dio principalmente hacia las ciudades cercanas del sur de Jalisco, no siempre de forma deseada: “Tuvimos que emigrar, la mayoría emigramos a Tuxpan, a Guzmán, a Guadalajara, a Colima o al extranjero. Pero el desenlace se vino rodando desde cuando el gobierno vendió la empresa al sector privado” (Ignacio Cárdenas, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 21 de enero de 2017). Tampoco se contaba siempre con las condiciones económicas para dicho cambio: “algunos lograron comprar una casita, un terreno, una vivienda en Tuxpan, Guzmán, Guadalajara. Pero algunos otros que no, salieron y con lo que te llevas puesto, con lo que te alcances a llevar y Dios que te bendiga” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 marzo de 2017).

## 7. Las memorias, objeto de lucha

Frente al panorama planteado, la añoranza por Atenquique me fue generando cada vez más dudas acerca de qué era lo que verdaderamente se extrañaba: ¿el pueblo o las condiciones socioeconómicas en que se vivió? Si bien parecieran ir de la mano, la realidad es paradójica para los obreros que, tras décadas en el poblado, continúan trabajando. Es decir, no sólo las personas que emigraron extrañan *el viejo Atenquique*, sino que de igual forma lo sienten muchos de los actuales habitantes. Los ex habitantes son conscientes que a la par de los años y el ambiente que vivieron en Atenquique, también se extrañan las condiciones y prestaciones laborales.

La memoria es colectiva y colectivo es el recuerdo de esos años dorados en el poblado. Son precisamente esos recuerdos los que generan lazos entre las personas. En la actualidad y en diversos sitios, se generan múltiples tipos de reuniones entre atenuquiquenses. En Estados Unidos existen clubes de migrantes de Atenquique, equipos de fútbol con ese nombre y convivencias entre ex habitantes. O en el mismo pueblo, don Américo Manríquez, pensionado de la fábrica y actualmente encargado de una pequeña palettería heredada de sus padres, se reúne todavía con sus amigos de la infancia para ver fotografías y videos, y así recordar “lo bonito que fue Atenquique”. U otro caso, reitero, es que la caminata predilecta de Los Trotamundos es justamente aquella que va de Tuxpan a Atenquique, pasando por el mirador El Texcalame. El territorio y las condiciones socioeconómicas sirven para evocar un pasado en común que une; los afectos se conforman con base en esa memoria colectiva repleta de anécdotas, lugares en común y añoranzas. Estos lugares son visitados en la actualidad constantemente, complejizando el desplazamiento migratorio a raíz de los despidos décadas atrás, para convertirlos en una rememoración constante y presente en la rutina de muchos atenuquiquenses. El caso de Nacho, Héctor y otros Trotamundos, esa rememoración se vuelve una práctica rutinaria del presente, en caminatas casi diarias a visitar un poblado que formó parte de su pasado.

Los modos de reunirse a recordar y los sitios desde los que se recuerda van cambiando. El Texcalame evoca en la actualidad sentimientos encontrados a Los Trotamundos, que ven el mirador descuidado y abandonado, con los baños en desuso, las mesas descuidadas y los techos derrumbados. Desde luego que el sentido del pasado va cambiando al observar los lugares en esas condiciones, y así lo indicaron en un desayuno que hicimos tras una larga caminata:

*Héctor:* Y ahora, trajiste mucho [sosteniendo la bolsa de pan]. ¿Vamos a acampar aquí? Como cuando nos veníamos para acá, ¿te acuerdas? Nos quedábamos hasta en la noche y había luz aquí.

*Nacho:* Ya ahorita ya nomás las puras tejas quebradas quedan. Ya no hay luz, ya no hay nada. (...) Era bien tranquilo: si había un cumpleaños, veníamos y aquí hacíamos la fiesta; aquí traía uno la leña, el carbón o algo y aquí se preparaba todo. Si había música, dejaban entrar, pasaba uno fácil, subíamos con vehículo, eso daba margen a toda la gente a poder subir las cosas que ocupaba uno (Héctor Carrillo e Ignacio Cárdenas, ex trabajadores de la planta, recorrido con cámara con el autor, 7 de febrero de 2017).

“Dejaban entrar”, manifiesta con pena don Nacho. Y es que en la actualidad hay un portón que impide el paso en auto, y apenas hay una diminuta puerta que limita el acceso al sitio –misma que se presenta en la primera escena de los Trotamundos en “Pueblo de papel”, minuto 5–. Las familias atenuquenses ya no suelen visitar el mirador, que se encuentra casi en completo abandono. Una cuestión similar sucede con la alberca de El Poblado, que actualmente es de uso exclusivo para los dueños. Al inicio de la caminata ese día, Nacho y Héctor se detuvieron frente al cancel que establece el límite; contemplaron la piscina que disfrutaron décadas atrás y recordaron las vacaciones, los trampolines y las competencias de clavados. Ahí fue donde hicieron sus primeros pininos en la natación y los clavados.

Desde Ciudad Guzmán, Enrique Sánchez también continúa recordando con alegría su infancia y adolescencia en el pueblo, al tiempo que reconoce la reducción del poblado:

Y también la cantidad de personas que trabajaban antes a la cantidad que trabajan ahorita pues es muy diferente. Y el pueblo se va haciendo más chico, más chico [...] Hace como unos seis años anduve por ahí y vi que hileras de casas tumbadas, lugares que empezaron a desechar. Un tiempo cerraron y ahora ya no dejan entrar: era el hotel, lo que era la casa y la alberca, todo lo circularon e hicieron como una sola mansión enorme, que era una casa con una vista muy bonita, jardines muy bien cuidados. Juntaron la alberca, el hotel, todo e hicieron la casa para cuando ellos [los dueños] llegaron ahí (Enrique Sánchez, habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 3 de enero 2017).

Sitios como la alberca de la parte alta del pueblo –su exclusividad y cambios con el tiempo– son a su vez el mejor símbolo de la diferenciación social en Atenquique. Anteriormente, platica don Héctor Carrillo, el acceso era exclusivo para los empleados de confianza y sus hijos, los

hijos de obreros no tenían esa prestación; en los años ochenta y por un corto período fue de acceso para todos; en la actualidad no hay acceso para nadie ya que es exclusiva de los dueños.

Cabe abrir un paréntesis significativo en aras de esclarecer mejor esas diferenciaciones sociales, presentes también durante la época de oro del poblado. El conflicto de la memoria incluye también la variedad de voces que, durante el trabajo etnográfico, matizaron esa idea idílica del pasado exponiendo las claras diferenciaciones sociales establecidas por y desde la fábrica papelera. Desde un inicio, como se ha mencionado, fueron construidas tres tipos de colonias de acuerdo a los puestos laborales, cuya distribución a su vez se veía reflejada verticalmente en el poblado —en lo más alto, los altos funcionarios e ingenieros; en la parte media los obreros de la planta, y al fondo de la barranca, pasando el río, pequeñas casas para los taladores de árboles—. Estas demarcaciones territoriales se vieron reflejadas durante décadas en la convivencia diaria en el poblado, generando ciertos roces o diferenciaciones —el ‘marcar’ la frontera entre niños y jóvenes, a riesgo de arrojar piedras a los ‘de fuera’, era un claro ejemplo que personas de las tres colonias me mencionaron en más de una ocasión—. La visión de Atenquique, sus prestaciones sociales y nivel de vida, varía por ende en la posición laboral de las personas en la fábrica. Pese a esos matices, el diagnóstico es aún más tajante cuando se contrasta el pasado de bonanza con las precarias condiciones actuales.

En suma, se añora un sitio igualmente que una época. La gente lo sabe y lo expresa en sus palabras cargadas de nostalgia, contradicciones y significados que ellos mismos construyen sobre lo sucedido. Así, para algunas personas es imposible no recordar su pueblo, mientras que otras prefieren dar vuelta a la página, por lo doloroso del proceso. La nostalgia y tristeza que provocan se afronta, en muchos casos, de manera individual. En una visita a una papelería a finales del mes de febrero de 2017, conocí en Tuxpan a doña Rosy Medina, quien salió de Atenquique 30 años atrás. Ella, pese a vivir a unos cuantos kilómetros, no visita el pueblo en lo absoluto ya que “le da pesar ver cómo está”.

Por su parte, Doña Lucina detalló algunos de los cambios sufridos como el alicaído mantenimiento del pueblo, pero a la par reconoció que se ha acostumbrado a los mismos: “los tiempos cambian y uno también se va habituando, antes era así y ahora es así. Y ahora es así [alza la voz]. Sería uno muy ignorante en querer que todo fuera igual. Es añoranza, sí es añoranza” (Lucina Medina, habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 5 de febrero de 2017). Si bien existe un dejo de melancolía en su discurso, también afronta la realidad actual

y, sobre todo, se siente afortunada de continuar viviendo en el pueblo, pese a la jubilación de su marido, don José Ávalos.

Las personas han ido cambiando los significados en torno a aquella época y aquel espacio. Ana Legarreta, mi casera, reconoce en una de las largas charlas que teníamos sobre su pueblo, que muchos desean volver, pero ella cree que es más por la época (08 marzo 2017).

Posteriormente, ese mismo día tras visitar el pueblo y la que fue su casa durante su niñez, reconoce que “a como lo veo, el pueblo se está acabando y es una realidad. Se va a ir a menos cada vez más” (Ana Legarreta, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 8 de marzo de 2017).

Sumado a lo anterior, se debe reiterar que las memorias son objeto de luchas y en las cuales se presentan cambios con respecto al pasado, por lo que preguntarse en el presente acerca de las vivencias y significados tejidos en el territorio atenuquense, no es lo mismo que lo recordado durante la principal liquidación de hace 16 años, o durante la venta hace 30.

Muestra de ello es la manera en que Ana vio la liquidación de los trabajadores, ya que “en ese entonces [2001] sí pensaba que eran muchas las prestaciones y [la planta] cerraba por eso, pero ya con el tiempo me di cuenta que no, y que la empresa siempre funcionó con buenos números” (Ana Legarreta, 18 de enero de 2017). Y es que las memorias, nos recuerda Jelin (2012), debemos historizarlas, ya que los sentidos del pasado se transforman con los cambios políticos o la incorporación de actores sociales: “la significación de los acontecimientos del pasado no se establece de una vez para siempre, para mantenerse constante e inmutable. Tampoco existe una linealidad clara y directa entre la relevancia de un acontecimiento y el paso del tiempo cronológico” (Jelin 2012, 99).

El sentido que se le da a lo vivido también va variando conforme pasa el tiempo, siendo ahora cuando, tras el despido masivo, la clase obrera se tornó aún más conscientes de las prestaciones que gozaron y el ambiente pueblerino en que vivieron. Así me lo confirmaron en muchas ocasiones los trabajadores, tanto en discurso como en la práctica, en cuanto a la valoración positiva y la añoranza que esos años producen.

El cierre de la fábrica en 2001 que terminó en la liquidación de cientos de trabajadores –y su partida del pueblo en los meses venideros– sigue siendo un duro momento de recordar. La memoria ha sido un objeto de lucha, y la narración de esos despidos es un relato apremiante que muchos trabajadores reiteran y persisten en platicar –en muchas ocasiones no sólo entre

colegas, sino generacionalmente, con los hijos— para que no se olvide esa época, pese a las recomendaciones de la directiva actual de que olviden. A más de 15 años del despido, Armando Carrillo vive aquel momento a flor de piel. Él nació en Atenquique, salió durante su juventud a estudiar a Guadalajara y posteriormente volvió para trabajar en la empresa papelera durante 15 años. Tuvo que dejar el pueblo tras la liquidación y, aún hoy en día, recuerda y siente muy presente la situación:

En el 2001 se acaba el contrato y todas las prestaciones, y ahora sí, no es porque uno quiera, sino porque, es reajustado el personal. Salió mucha gente. Yo creo que a la fecha no lo alcanzamos a asimilar porque lo vivimos, a pesar de que llevamos ya como 16 años, es un tiempo —no digo que fue el ayer— pero sí es un tiempo muy corto en el cual mucha gente todavía recuerda, pues con tristeza, el hecho de que se haya hecho este reajuste de personal porque aquí todos quisiéramos a lo mejor todos los días que Dios nos prestara. Sí fue triste y lamentable, y aquí están las consecuencias de lo que estamos viendo y viviendo [señala a la colonia de casas derribadas] (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 6 de febrero de 2017).

Francisco ‘Paco’ Cárdenas, el hermano de Nacho, continúa viviendo en Atenquique. La vivienda es pequeña, más la altura y el techo a dos aguas la hacen ver más grande. Hay dos cuartos, y en ella habitan actualmente Paco, su esposa y sus dos hijos. En esas mismas habitaciones, décadas atrás doña Herminia y su esposo Ignacio “El Pachuco” criaron a Nacho, a Paco y a sus ocho hermanos. Paco reconoce que la situación familiar ha cambiado, pero también se ha transformado al interior de la fábrica y en el pueblo. Laboró durante los últimos años de la empresa paraestatal y hoy reconoce, con cierto pesar, que ya no es lo mismo: “nos dicen [los directivos] que ya olvidemos [la etapa paraestatal], que no nos acordemos, pero ¿cómo no comparar?” (Francisco Cárdenas, trabajador de la planta, entrevista con el autor, 19 de enero de 2017).

La narración de la venta y los posteriores despidos han ido cobrando distinto sentido con el pasar del tiempo, observando el proceso en perspectiva: “La iniciativa privada entra. Y pues ves el cambio completamente tremendo que hubo. A lo mejor el primer año no notaste mucho, el segundo año un poco más, hasta que se vino el cambio completamente fuerte, mucha gente la liquidaron”, explica Enrique Sánchez (ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 3 de enero de 2017), al tiempo que remarca su posición frente a la privatización: “Para mí la venta de la empresa fue un robo completamente porque tenía muchas propiedades, mucha concesión en años para cortar madera [...] Para mí fue muy barato cómo la vendió el Estado,

no sé qué influiría” (Enrique Sánchez, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 3 de enero de 2017).

Las memorias se tejen en un heterogéneo campo de batalla; la memoria se convierte en un objeto de lucha en el cual existen muchas versiones: por un lado, la administración actual que insiste en que se olviden las décadas pasadas, y por el otro los trabajadores que laboraron durante la etapa anterior e inevitablemente cotejan las dos épocas. Esa pluralidad de memorias, como sugieren Güell y Lechner (2006), implica una lucha por el sentido del presente y la construcción de un futuro. Un ingeniero –que me solicitó el anonimato– trabaja en Bio Pappel desde los años ochenta, cuando todavía era paraestatal: remarca los profundos cambios desde entonces y me indica que todo el Grupo Durango se maneja así, de manera impersonal, y que son ellos, los directivos, quienes insisten en que se olviden las condiciones anteriores.

El pueblo siempre ha dependido de los ciclos de la fábrica. Como tal, desde que se vendió, la infraestructura ha venido a menos, situación que es notoria en decenas de viviendas en completo abandono. Ese abandono es visto de diversas formas: la memoria es subjetiva y como tal evoca ciertas circunstancias a algunos y otras tantas a otros, dependiendo siempre de las vivencias propias, como es el caso de Adriana Manríquez. Ella nació en Atenquique y trabajó en la fábrica durante varias décadas, en el área administrativa. Actualmente vive en Tuxpan, donde atiende su papelería de lunes a sábados. Desde que se fue del poblado, realiza frecuentes visitas a la que solía ser su casa, en ocasiones acompañada de sus hermanas y hermanos, en un hábito que ella interpreta de manera peculiar. En un recorrido con cámara por el que fuese su hogar durante la niñez y adolescencia, Adriana se detiene a contemplar la fachada de la vivienda desde afuera: vidrios rotos, puertas oxidadas, paredes despintadas y escombros por doquier. Pero ella no lo ve así:

Es un recuerdo muy bonito. Si notan ahora la casa ya está muy gastada, muy deteriorada, sin embargo el recuerdo, yo la veo y sí siento nostalgia, pero me recuerda, como se ve en las películas, se vuelve a vivir ese momento. Ya no la veo así deteriorada, la veo como estaba en aquel tiempo: con sus cortinas, con mi mamá en la cocina, mi papá allá [señala a la sala] tocando porque era músico, mis hermanos, todos. Para los que se fueron, que vean este documental, pues recuérdelo como se fueron ¿sí? Porque sí es triste ver esto [señala la casa] pero se recuerda en ese momento y se vive. Y se siente ese calor [se toca el corazón] que hubo aquí (Adriana Manríquez, ex trabajadora de la planta, entrevista con el autor, 5 de marzo de 2017).

Esa manera de recordar implica a su vez olvido y, sobre todo, negación a una realidad actual: el abandono del pueblo. La nostalgia, en este caso, tiene el efecto concreto que invisibiliza el presente. El hermano de Adriana, Américo, continúa viviendo en el pueblo tras su jubilación, atendiendo la pequeña palettería del pueblo, justo al lado de la escuela primaria Enrique Anisz. A él le agrada vivir ahí por la tranquilidad, pero ve con tristeza la que fuera su casa de la infancia y juventud: “A veces vienen mis hermanos y vamos a acordarnos de nuestros tiempos. Pero como ya se ha de haber enterado, está ya inservible, totalmente destruida. Y se añora, y se llora y se entristece uno” (Américo Manríquez, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 10 de marzo de 2017).

Don Armando Carrillo contrasta con lo experimentado por Adriana: más en la forma que en el fondo<sup>20</sup>, es decir, coincide en el panorama actual pero difiere en el sentimiento que le despierta el observar las condiciones actuales de la infraestructura. Para él, el visitar el pueblo y las instalaciones deportivas le genera tristeza. Durante el recorrido, a petición suya paramos en la piscina de La Unión Forestal. Camina alrededor de la alberca, que se encuentra sin agua, en completo desuso y llena de hojas de árboles. Sube las escaleras que hacían de trampolín y ahí platica minuciosamente la ocasión en que, siendo niño, casi se ahoga por culpa de un joven mayor. La anécdota, pero sobre todo el lugar, le detona emociones encontradas:

Ahorita que estoy recordando esto [su infancia], ¡chihuahua! Lo extraño. Y me vuelve a dar tristeza, porque un lugar tan maravilloso para mi infancia, para mi vida en lo personal, ahora estoy viendo que está como todo el poblado: en un abandono total (...). Sin embargo, esa etapa la asimilo, le doy su lugar [su niñez]. Lo que no puedo darle lugar, donde no puedo asimilar, donde me duele todavía es ver este tipo de situación: que las construcciones se estén cayendo. Eso sí me duele, y eso, yo creo que toda la etapa de mi vida, que espero sea por muchos años, no lo voy a poder olvidar (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 6 de febrero de 2017).

El asimilar el pasado y la decisión de recordar, olvidar o silenciar son complejos procesos individuales. Cada trabajador, de acuerdo a su experiencia, vivió la liquidación de 2001 de distinta, por citar ejemplos que conocí, si tenían o no algún otro oficio, si contaban con vivienda propia fuera de Atenquique, o si veían venir la venta de la empresa o no. Tal fue el caso de don José Luis Núñez, un obrero de la planta que desde antes de salir de la empresa en

---

<sup>20</sup> Metodológicamente tratamos de asemejar estrategias como los recorridos con cámara para indagar en significados y memoria sobre el territorio, como se detallará en el capítulo 4, pero ello sin esperar necesariamente que los resultados fueran homogéneos: las experiencias y maneras de recordar son diversas.

2001, ya había montado un pequeño mini-súper en Tuxpan; en la recontractación de ese mismo año le ofrecieron volver a la fábrica con un menor sueldo, oferta que rechazó pues le iba mejor con su tienda, misma que mantiene hasta la actualidad junto con su esposa Libertad.

Pero el proceso se vivió también de manera colectiva, en acciones específicas como la huelga de cuatro meses en 2001, reseñada en el primer capítulo. Como se ha indicado, las memorias y las experiencias son a la vez individuales y colectivas. A nivel individual, en lo que recuerda el sujeto y la influencia que tiene en él la marca traumática, se pone en juego lo que puede o no puede recordar, silenciar o reelaborar; así, esas “cuentas con el pasado” se entremezclan con demandas morales y éticas, no siempre fáciles de resolver debido a los posteriores escenarios políticos (Jelin 2012, 45).

La memoria, invariablemente, es subjetiva y como tal entran en juego las emociones, recuerdos y modos de dar sentido a las experiencias y al territorio, a los espacios en que se vivió; “incluir la dimensión de la subjetividad nos lleva a plantear los deseos, ilusiones, sentimientos y fantasmas que pueblan los recuerdos del pasado de quienes rememoran y la imaginación de futuros posibles” (Jelin y Kaufman 2006, 9). Para Don Armando fue la piscina, para Adriana la que fue su casa, para la maestra Socorro son los parques, para Los Trotamundos el río y las barrancas en las que jugaron. Cada uno va tejiendo significados distintos en diferentes sitios, pero con el elemento en común de ligar la memoria al territorio, en complejos entramados llevados a cabo siempre desde el presente, con una memoria que regresa al pasado de muy diversas formas en constante cambio.

## Capítulo 3

### La producción social del territorio

El presente capítulo está dividido en tres partes: en la primera parte por esbozar el panorama de la geografía crítica y el giro espacial en las Ciencias Sociales; en la segunda, desarrollo la categoría de territorio, en la cual retomo definiciones fundamentales como territorio, territorialidad, topofilia, desarraigo y construcción social del territorio para, posteriormente, en la última parte revisar la pertinencia de estos conceptos en el caso de estudio y analizar algunas estrategias de las personas para ‘volver’ a Atenquique.

#### 1. El giro espacial y la geografía crítica

Para introducir la categoría teórica de territorio y su relación con el concepto de espacio parto por presentar un breve panorama de lo que algunos autores han llamado el “giro geográfico” o “giro espacial” en las Ciencias Sociales. El profesor belga Daniel Hiernaux (2011), al reflexionar sobre la geografía humana, indica que este giro ha llevado a que otras ciencias sociales recuperen y valoricen el “espacio”, ignorado por más de un siglo. Por su parte, el geógrafo estadounidense Edward Soja (2008) puntualiza que este giro espacial interdisciplinario de las últimas décadas ha llevado a tomar conciencia acerca de la simultaneidad e interrelación de las dimensiones sociales, históricas y espaciales.

Diversas disciplinas académicas en distintas latitudes se ha preocupado en las últimas dos décadas por el tema espacial y territorial, siendo paralelo a una intensificación e interconexión de fenómenos a escala mundial en aspectos ambientales, culturales y socioeconómicos (Montañez 2001, 12). En relación con la antropología, son múltiples los acercamientos que esta ha tenido, sobre todo con la geografía humana<sup>21</sup>. Capel (1989) indica que los contactos entre la antropología y la geografía fueron estrechos desde finales del siglo XIX hasta la década de 1930, etapa en que la geografía incluía problemáticas sociales relacionadas con los modos de vida. Desde entonces, las colaboraciones han estado marcadas por los estudios de paisaje, a partir de los cuales la geografía se interesó por el estudio de las culturas.

Uno de los pensadores del siglo XX, esencial para comprender el espacio, es el geógrafo, sociólogo y filósofo Henry Lefebvre. A pesar que este pensador francés es ampliamente retomado en el siglo XXI –principalmente por su concepto derecho a la ciudad–, se debe

---

<sup>21</sup> Para mayor profundidad, véase la obra de Horacio Capel (1989) en donde aborda la relación histórica y cambiante de la geografía humana con otras disciplinas como la antropología, la sociología y la economía.

resaltar su posicionamiento marxista, así como su crítica al rol del Estado y el capital en la producción del espacio. Estudió críticamente el marxismo y lo planteó como punto de partida para sus amplias reflexiones. En la Francia de los sesenta, impartió clases en la Universidad Nanterre y apoyó las movilizaciones estudiantiles que culminaron en el Mayo del 68.

En su libro *La producción del espacio*, publicado por primera vez en 1974, Lefebvre (2013) hace un extenso estudio en el que precisa que el espacio no debe entenderse como algo vacío o pasivo, sino como un producto que puede ser intercambiado o consumido, y que a su vez interviene en los procesos de producción mediante la organización del trabajo, el transporte, redes de distribución, etc. Así, sugiere dejar de considerar el espacio como un concepto geométrico, mental o físico, y comprender el espacio social como un producto social contenedor de relaciones sociales, para lo cual invita a indagar en conocer cuáles son esas relaciones, cómo y por qué razones. En esta observación, indaga en los modos en que se produce el espacio –de manera distinta a cómo se produce, por ejemplo, el azúcar o la tela–, planteando que éste es resultado de superestructuras sociales como el Estado y sus instituciones.

En el caso que nos ocupa, el espacio en Atenquique está directamente ligado al modo de producción. Un aspecto del pensamiento de Lefebvre (1973; 2013) que resulta rico en esa discusión es precisamente su explicación sobre la influencia de los capitales y el capitalismo en el espacio: más allá de dar por sentado lo obvio de esta influencia en aspectos como la división del trabajo y la construcción de inmuebles, complejiza la relación al indicar que el espacio social interviene en el modo de producción como causa, efecto y razón. No obstante, la relación entre el modo de producción y el espacio no es directa e inmediata, sino que presenta desfases en los que intervienen ideologías e ilusiones. En síntesis, si el espacio social interviene en el modo de producción, también cambia de acuerdo al mismo; es decir, cambia en las distintas sociedades y por tanto, existe una historicidad del espacio.

En un análisis similar, el sociólogo español Manuel Castells (1976) descarta dar por hecho una correspondencia entre un determinado tipo de producción (actividad industrial), un sistema de valores (el “modernismo”) y una forma de asentamiento espacial (la ciudad), y en su lugar invita a explorar esta reciprocidad como una hipótesis de investigación a comprobar.

Reconociendo la influencia de pensadores como Lefebvre, desde los setenta a la fecha se han generado numerosos aportes para una geografía crítica que cuestiona las formas de pensar el

espacio. Un destacado exponente es el geógrafo británico David Harvey, quien pugna por una geografía crítica que cuestione las formas actuales de poder político-económico, caracterizadas por el hiperdesarrollo, la desigualdad social y la degradación ambiental (2007). En una charla reciente<sup>22</sup>, Harvey (2017) indicó la importancia de que la geografía crítica continúe tejiendo relaciones multidisciplinares con la Sociología o la Antropología, y añadió que le resulta más fácil traer a Marx a la geografía, que llevar la geografía a Marx.

Con este último punto, Harvey (2017) indica la urgencia de entender la Teoría del valor de Marx desde el punto de vista de la geografía, y con ello cuestionar la existencia de un único tipo de valor en el mundo. En su lugar, propone ver el valor como algo más dinámico, en constante cambio y con diferencias de acuerdo a distintas regiones –no sólo entre naciones, sino también a escala regional–. Años atrás, el mismo autor ya remarcaba que la dimensión espacial de la teoría marxista sobre la acumulación se había mantenido olvidada, “pero un cuidadoso estudio de su obra revela que Marx reconocía que la acumulación de capital se produce en un contexto geográfico y que a su vez produce tipos específicos de estructuras geográficas” (Harvey 2007, 255).

En una de sus recientes publicaciones, Harvey (2014) analiza las contradicciones del capitalismo, entre ellas los desarrollos geográficos desiguales y la producción de espacio. La tesis central de esa contradicción consiste en que el paisaje geográfico del capitalismo es inestable, cambia de acuerdo a ciertas reglas del capital:

La construcción de un paisaje geográfico favorable a la acumulación de capital en determinada época se convierte en una traba para la acumulación en la siguiente. El capital tiene, por lo tanto, que devaluar gran parte del capital fijo en el paisaje geográfico existente, a fin de construir un paisaje totalmente nuevo con un aspecto diferente. Esto induce crisis localizadas intensas y destructivas. El ejemplo reciente más obvio de tal devaluación en Estados Unidos es Detroit; pero muchos de los viejos centros industriales en los países capitalistas avanzados y más allá (como en el norte de China o Mumbai) han tenido que reconstruirse para escapar de la erosión de su base económica en virtud de la competencia exterior [...]

El principio que rige al respecto es: el capital crea un paisaje geográfico que satisface sus necesidades en un lugar y momento determinados, sólo para tener que destruirlo en un momento posterior a fin de facilitar su nueva expansión y transformación cualitativa. [...]

---

<sup>22</sup> Charla en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 20 de julio de 2017

Algunos sectores o grupos se benefician de la creatividad, mientras que otros sufren el embate de la destrucción. Pero esto siempre encierra una disparidad de clase (Harvey 2014, 158).

De esta manera, Harvey aporta herramientas analíticas en el estudio del territorio en relación con el capital, y cómo este último define y redefine paisajes geográficos en función de sus propias necesidades específicas en determinado tiempo y lugar. La desindustrialización de Detroit o el norte de China, si bien responde a contextos particulares distintos a los del poblado industrial jalisciense, es regida por el mismo principio de relocalización de capital, a la par de crisis localizadas. La venta de una fábrica y el posterior deterioro de regiones industriales responden a procesos y etapas similares en diversas partes del globo, por lo que conviene considerar el caso de estudio en un contexto amplio; como lo sugiere Harvey, “el pensamiento está dominado por explicaciones particulares y no sistémicas de las crisis. Argentina, Grecia o Detroit deberían reformarse a su modo, se dice, pero el capital huye prácticamente indemne y siempre sale beneficiado” (2014, 162).

Y si bien los rasgos espaciales de la forma actual del capitalismo han sido documentados en cuanto a sus efectos en el espacio geográfico, el tema demanda mayor discusión y examen: el proyecto del capitalismo global tiene un fuerte contenido espacial en la medida en que busca ensanchar los mercados a nivel mundial (Montañez 2009). Este marco analítico de la geografía crítica permite poner en discusión los efectos del capitalismo y la acumulación del capital en el espacio, específicamente en el caso de estudio de un poblado industrial, contextualizarlo en las dinámicas sociopolíticas a nivel mundial pero remarcando su especificidad, particularidades y efectos a nivel regional.

## **2. Topofilia, territorialidad y arraigo**

Pasando a otros términos conceptuales, parto por retomar definiciones concretas como espacio, territorio, arraigo y topofilia. El empleo del término espacio en las Ciencias Sociales suele producir malentendidos ya que, como indican Ellison y Martínez (2009), el espacio por sí solo no tiene significado, sino en concordancia con las producciones y reproducciones sociales: las personas experimentan los cambios en su entorno como lugares y no como coordenadas abstractas en el espacio. Por ello, en las últimas décadas es el concepto de territorio el que ha dominado para referirse a las relaciones que una sociedad mantiene con su espacio, ya sean estas tanto del orden simbólico como del material; un “espacio geográfico

socialmente construido y culturalmente modelado, apropiado por el grupo social en términos instrumentales y simbólicos” (Rodríguez 2009, 181).

Otra definición que aporta una arista más al estudio del territorio es la planteada por Montañez (2009), que retoma la raíz etimológica del latín *térria* y *torium* (tierra que pertenece a alguien), para incluir así el vínculo de dominio, poder o apropiación de espacio por parte de un individuo o colectivo, sean estos vínculos de propiedad o lazos subjetivos de identidad y afecto. Empero, aclara el mismo autor, el dominio rara vez es absoluto, coexistiendo en ocasiones diversos sujetos con distintos grados de dominio territorial. Es por ello que surge la distinción entre territorio y territorialidad, entendiendo por esta última el grado de dominio que posee cierto sujeto en determinado territorio, aunado al conjunto de prácticas materiales y simbólicas que conllevan a la apropiación de un territorio bajo el dominio de cierto agente social o individual (Montañez 2009).

En ese conjunto de prácticas –tanto simbólicas como materiales–se indaga en esta investigación, para advertir el grado de dominio territorial que ejercen los distintos sujetos que se han involucrado a lo largo del tiempo en Atenquique: la compañía papelera, la clase trabajadora, las familias, las personas que han emigrado. La noción de territorialidad permite ampliar la discusión en el caso de un poblado industrial en el cual las viviendas siempre han pertenecido a la empresa, pero los hogares han sido conformados por sujetos con sus propios significados y arraigo hacia el territorio.

En las últimas tres décadas de reflexión sobre el espacio también se ha dado un salto conceptual que apunta a “un lento deslizamiento desde la concepción del espacio como un producto social, hacia concepciones como la del espacio vivido, experimentado, y más recientemente, construido socialmente” (Lindón 2011, 117). La construcción social del territorio es un fenómeno estudiado por la geografía humana en una compleja articulación con otras ciencias sociales, el cual sirve para dar cuenta de las subjetividades presentes en las prácticas y significados tejidos en torno al lugar.

Cabe abrir un paréntesis para aclarar la variante epistemológica que este término implica, ya que parte de estudiar el territorio desde la corriente conocida en teoría social como constructivismo: se concibe así el lugar como una construcción social inacabada y siempre en curso (Lindón 2007). Como lo indica la geógrafa y socióloga mexicana Alicia Lindón, en las ciencias sociales como psicología social o sociología son consolidadas y relativamente

antiguas las tradiciones constructivistas que dan centralidad al sujeto, pero han sido poco exploradas en el estudio de la espacialidad y el territorio. En ese sentido, en esta investigación me pregunto acerca de las prácticas y significaciones de los sujetos, considerando su vida cotidiana, por lo que el acercamiento metodológico de Lindón es provechoso.

Cito en extenso la aproximación del trabajo de Lindón, nombrada como “construcción social del territorio”, en la cual incluye los modos de vida y la subjetividad, que a su vez contienen las prácticas cotidianas y el sentido que los sujetos dan a las mismas:

La construcción social del territorio (...) puede ser considerada una forma de aproximación a la realidad, que le otorga centralidad a los habitantes del lugar con todas las limitaciones que la estructura social les impone, pero también reconociendo en ellos todo lo no previsible de que es capaz el ser humano, la capacidad de innovar, o de hacer lo no esperado de acuerdo a la posición social ocupada.

La idea de que el territorio es construido socialmente no se refiere al sentido material de la palabra construir, sino a la construcción de una microsociedad y un territorio por parte de los habitantes locales. Cabe aclarar que hablamos de una microsociedad como un conjunto de relaciones sociales, ideas, imágenes y conocimiento colectivo; mientras que por territorio entendemos una organización y distribución de personas y actividades en el espacio y también una red de significados e imágenes a ellas asociadas (Lindón 2002, 31).

En la presente investigación se acepta la invitación que hace Lindón a explorar dicha construcción a través del desentrañamiento del mundo de significados que se construyen sobre un espacio: de las concepciones del mundo e imágenes que se tienen a la llegada de un lugar y las transformaciones que dichas ideas van teniendo. En particular, se busca explorar la construcción social del espacio en relación con la memoria, desde la visualidad. Justamente, entre los desafíos que Lindón (2011) revela para la geografía humana se encuentra el exhorto a asumir el espacio como un producto socialmente construido que no debe olvidar la materialidad espacial, pero tampoco dejar de estudiar lo no material, lo experiencial. En este punto, hace un llamado a los conocimientos de otras disciplinas como la Sociología o la Antropología, más sensibles a lo simbólico.

Empero, lo que interesa retomar aquí de esta perspectiva es de índole metodológico, para poder así dar cuenta de las subjetividades tejidas por los habitantes de Atenquique. No se asume en estas páginas un panorama constructivista, sino de la geografía crítica que incorpora el marxismo en el estudio de la geopolítica y el territorio. Interesa sí, como sugiere Lindón

(2002), en concordancia con el trabajo realizado desde la Antropología del Trabajo y la Antropología Visual, otorgarle centralidad a la clase trabajadora, pero sin perder de vista las estructuras sociales en que se produce el espacio, considerando en la revisión documental las formas de poder político-económico y los distintos entes que conforman la estructura social. En ese sentido, es la geografía crítica la que brinda las herramientas conceptuales necesarias para el estudio de la relación entre capital y territorio, mientras que el acercamiento metodológico a niveles micro propuesto por Lindón permite poner atención a la manera en que ese territorio es vivido por parte de los habitantes.

En el estudio de lo experiencial con relación al espacio, y nuevamente con una fuerte carga metodológica, resulta sugerente la propuesta del geógrafo chino-estadounidense Yi-Fu Tuan (2007) quien invita a no pasar por alto aspectos cualitativos de la experiencia humana en sus entornos físicos, indagando en la intensidad emocional y los sentimientos respecto al lugar mediante su concepto de topofilia. A lo largo de su obra (del mismo nombre que el término que acuña), el geógrafo busca analizar el lazo afectivo entre las personas y el lugar. Con la noción de topofilia busca estudiar las manifestaciones específicas del amor humano por el lugar, vínculos afectivos que difieren en intensidad, sutileza y modo de expresión.

Dicho término permite revisar las manifestaciones que surgen de manera voluntaria por parte de habitantes y ex habitantes del poblado industrial: vínculos, sentimientos y acciones que, como plantea Yi-Fu Tuan (2007), difieren entre sí, presentándose procesos de arraigo tales como visitas constantes o por el contrario, distanciamiento absoluto hacia el que fuese su antiguo hogar.

En ese mismo sentido, el concepto de arraigo –y su contraparte, el desarraigo– permiten dar cuenta del fenómeno material y simbólico sufrido por los ex trabajadores de la compañía papelera que emigraron de Atenquique hacia otros sitios. El concepto de desarraigo, indica Loidor (2016), se vincula a los procesos de migración interna o externa, voluntaria o forzada, transitoria o definitiva; se presenta en situaciones en las que un sujeto o grupo se mueven de manera forzada o voluntaria de su origen a otro lugar. En América Latina adapta una dimensión histórica específica en debido a las históricas migraciones forzadas. En ese sentido, el autor recalca lo delgada que resulta la línea divisoria entre migración forzada y voluntaria, cuestionando de esa manera cómo una migración a primera vista voluntaria puede ser originada por razones forzadas. En Atenquique, las personas liquidadas “voluntariamente” en la década de los 90 y las despedidas durante la segunda gran liquidación en 2001 comparten

ese desarraigo marcado por una migración de razones forzosas, por razones laborales en el caso de estudio.

El repaso conceptual presentado en las páginas anteriores permite inscribir el caso de estudio local en contextos mundiales, así como analizar los resultados de la investigación en relación con discusiones teóricas multidisciplinarias. Sin embargo, suscribo la observación de Ellison y Martínez (2009), quienes indican que más que conceptos estáticos y estrictos “tales como paisaje, territorio o espacios ecológicos, en antropología se hace necesario anclar los análisis en trabajos etnográficos que den cuenta de los cambios actuales en la relación que una sociedad determinada mantiene con su medio” (2009, 25). El caso particular de un poblado industrial marcado por una liquidación, migración y desarraigo requiere, desde luego, un trabajo etnográfico para analizar esos cambios.

### **3. Maneras de volver: el arraigo**

Atenquique y la cabecera municipal, Tuxpan –sitio a donde emigró la mayor parte de la gente despedida en 2001– están separados por nueve kilómetros de una sinuosa carretera de dos carriles, por la cual ingresan los camiones que transportan la madera y el cartón para su procesamiento en la planta. Es tal lo serpenteante del camino que aquellos camiones de doble remolque deben bajar sólo un remolque a la vez, dejando el otro en la gasolinera que se encuentra entre Atenquique y Tuxpan. Son sólo 9 kilómetros, 15 minutos en auto, los que separan a muchos atenquiquenses de su lugar de origen (como segunda o tercera generación). Sin embargo, las diferencias entre las condiciones, ritmo de vida y situación –tanto material como simbólica– entre ambos sitios es abismal, mucho mayor que unos cuantos kilómetros.

Atenquique es parte de la administración municipal de Tuxpan, Jalisco. En total, el municipio de Tuxpan contaba en 2010 con 34 mil 182 habitantes: 80.5 por ciento de estos, 27 mil 523 personas, en la ciudad capital con el mismo nombre: Tuxpan. Sólo el 2.3 por ciento, 790 personas, habitaban en Atenquique. La ciudad de Tuxpan, más de 30 veces mayor en términos demográficos que el poblado, posee una dinámica social marcada por las fiestas religiosas; una arquitectura y clima muy distintos a los de Atenquique: las calles de Tuxpan (Figuras 3.1. y 3.2.) son pavimentadas, hay pocos árboles y la orografía es plana; la ciudad despierta muy temprano y se llena de automóviles y bicicletas, mientras que por las tardes y noches la genta sale a pasear a la plaza y jardines principales, además de las ya mencionadas fiestas religiosas –más de 365 al año– que paralizan las calles noche a noche.



Figuras 3.1. y 3.2. Fotografías de la ciudad de Tuxpan, Jalisco. Fotografías Alejandro Ponce de León Pagaza (2017)

Por su parte, las calles de Atenquique son empedradas, repletas de pinos y árboles frutales, y un relieve definido por su localización al fondo de la barranca, con acentuadas subidas y bajadas; la dinámica social es mucho más tranquila, y las calles suelen verse vacías la mayor parte del día, salvo el jardín principal y las canchas que concentran las actividades culturales y deportivas.

Así pues, los nueve kilómetros se vuelven una distancia ya no sólo material, sino también simbólica. Los exhabitantes de Atenquique que habitan actualmente en Tuxpan sienten un profundo arraigo por el poblado industrial, y buena parte reconoce su deseo de volver. No es únicamente visitar ni el dónde se encuentran las personas, ya que ese “efecto de “vivir aquí o allí” es más que la simple cuestión de dónde estamos, pues incluye cómo vivimos, dónde trabajamos, con quiénes nos relacionamos, cómo transcurre nuestro tiempo, cómo nos sentimos con relación a otros, qué recursos tenemos” (Montañez 2009, 28). La dinámica social de una ciudad de más de 34 mil habitantes es evidentemente muy distinta a la de un pequeño poblado con menos de mil personas.



Figuras 3.3. y 3.4. Fotografías de las calles de Atenquique. Fotografías Alejandro Ponce de León Pagaza (2017)

Desde las primeras llegadas al pueblo en los años cuarenta, la gente siempre supo que las viviendas pertenecían a la fábrica y que, como tal, el pueblo era de paso. Don Américo Manríquez, ex trabajador de la fábrica, me señaló esa marcada diferencia entre ese y otros pueblos: este es un pueblo industrial de paso y la gente lo sabe. Esa misma tarde charlamos afuera de su paletería un largo rato acerca del arraigo generado y ahí me citó un dicho que en alguna ocasión lanzó un sacerdote en referencia al poblado: “nadie nace y nadie muere en Atenquique”. Y si te fijas –añade–, no hay panteón en Atenquique; el pueblo es de paso, y aunque la gente lo sabe, llegan desde muy jóvenes y se jubilan hasta los sesenta, pues es toda su vida ahí.

El término ‘pueblo de paso’ funciona más en el dicho que en el hecho. Es complejo pasar de ese entendimiento a ponerlo en práctica y habitar el poblado por cuatro, cinco o seis décadas; diferencia enorme marcada al construir significados en torno al territorio: “Y es de paso [la estancia en Atenquique] pero a veces, aunque es de paso ahí se quedó toda la vida de las personas, gran parte de su historia, no sólo de una generación” (Ana Legarreta, ex habitante de Atenquique, recorrido con cámara con el autor, 8 de marzo de 2017). Revisemos más a fondo la manera en que se afronta el hecho de ser un “pueblo de paso”, desde el aspecto material y simbólico.

Un análisis de corte lefebvriano permite identificar, mediante la revisión bibliográfica y las metodologías de recorridos con cámara, cómo el espacio se ha producido en buena medida como resultado de las superestructuras sociales, tales como el Estado y las empresas. Su creación respondió a una necesidad desarrollista del Estado mexicano a mediados del siglo XX, y su declive responde a un deslinde por parte del mismo, y a una adquisición por parte del sector empresarial correspondiente al neoliberalismo de finales de siglo. Se puede así reflexionar acerca de la influencia del capitalismo en el espacio: el espacio social cambia de acuerdo al modo de producción, pero a su vez interviene en el modo de producción. Enfatizamos: el espacio interviene en el modo de producción como causa, efecto y razón.

Atenquique se fundó estratégicamente sobre un territorio específico –debido a la abundancia de agua y coníferas, así como su conexión con vías férreas–, es decir, el espacio fungió como causa y razón del modo de producción. Pero éste último, el modo de producción, condicionó a su vez el desarrollo del espacio. Un poblado creado en respuesta a una época y un modelo estatista, a un tipo de desarrollo prototípico del México de los años cuarenta que ponderó determinadas condiciones laborales (y a su vez socioeconómicas) en el pueblo, mismas que

predominaron durante cuatro décadas. El poblado funcionó de la mano de una empresa estatal encargada de prácticamente todo: el cuidado material de las casas y espacios públicos, la coordinación de buena parte de la dinámica sociocultural e inclusive la organización de actividades y eventos deportivos.

El pueblo ha dependido permanentemente de los ciclos industriales de la compañía papelera. Así, fue precisamente el modo de producción el que cambió la situación del poblado, el territorio y las relaciones sociales y laborales dentro del mismo: la implementación de políticas neoliberales implicó la venta de empresas paraestatales, situación que cambió radicalmente las condiciones al interior del poblado industrial, como se ha plasmado a lo largo de esta investigación. La precarización laboral, el despido masivo y la emigración han marcado las últimas tres décadas de Atenquique, tanto su gente como su infraestructura.

En ese sentido, la última etapa de la empresa Bio Pappel se necesita insertar dentro de los cambios recientes del capitalismo a nivel mundial, marcado por políticas de corte neoliberal. La acumulación por desposesión, indica Harvey (2017), ha estado a cargo de los grandes entes económicos a nivel global –con el respaldo de Estados Unidos e instituciones financieras como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM)–, y la historia del neoliberalismo se ha caracterizado por esas prácticas. La geopolítica, añade el geógrafo británico, resulta así fascinante para pensar la teoría de Marx: la acumulación de capital entre distintas relaciones de poder a escala nacional y regional. Esa postura crítica, indica, manifiesta por qué las clases trabajadoras en países supuestamente desarrollados han sufrido tanto en los últimos 30 años de neoliberalismo. Y explica por qué la gente en Estados Unidos se cansó del modelo al grado de votar –estúpidamente, aclara Harvey– por Donald Trump, electo presidente estadounidense en 2016. Pero a la par esa misma geografía crítica permite dar cuenta en estas páginas de cómo ese modelo ha afectado un pequeño poblado industrial en el Occidente mexicano, y las implicaciones que su implementación ha tenido en la clase trabajadora.

Esa postura crítica que cuestiona la acumulación de capital de manera dispar también explica la relocalización de capital, cuando los capitalistas buscan otros lugares debido a coyunturas tecnológicas y productivas o por la agudización de las luchas de los trabajadores –el declive del sindicalismo mexicano a raíz de la implementación de políticas neoliberales es claro ejemplo de ello–. Esta expansión geográfica del capital tiene como aspecto más sombrío un fenómeno de larga tradición histórica: la desindustrialización (Harvey 2014, 150).

Esa expansión geográfica y revalorización del territorio se ve plasmada en los diversos procesos que ha atravesado la población de Atenquique que, como se ha recalcado, está supeditada a las etapas de la empresa. Si bien no ha caído en el completo abandono, pues la compañía Bio Pappel del Grupo Industrial Durango sigue funcionando y evolucionando en sus procesos de fabricación de papel, sí ha atravesado fenómenos marcados por la disminución de personal: precarización y migración.

Esa estrecha relación entre el desarrollo de la fábrica con respecto al del pueblo, reiteramos, se vio plasmada desde sus inicios desde la misma distribución espacial, pensada desde finales de los años treinta por el empresario checoslovaco Enrique Anisz: una arquitectura similar a los *company towns* estadounidenses y una estratificación social plasmada de manera vertical. En lo más elevado del poblado, las casas más grandes para los directivos e ingenieros; en la parte media, las viviendas de los obreros y empleados de oficina; y al fondo de la barranca, en la zona de El Mesón, las viviendas más pequeñas para los cortadores de madera y sus familias.

En una caminata hacia el mirador de El Texcalame, iniciada desde la parte media del poblado, Héctor Carrillo, uno de Los Trotamundos, me explicó esa diferenciación: “Antes sí había mucho pleito: si veníamos nosotros para acá [parte alta], los de aquí nos bajaban a pedradas, y eso lo fomentó mucho la empresa, esas divisiones”, me comentó apesadumbrado don Héctor. Esas divisiones sociales fueron la principal problemática que escuché con respecto al pasado del poblado, situación que pese a la distribución urbana fue disminuyendo con el paso del tiempo: “Hubo una generación donde había mucho rechazo hacia nosotros, pero se fue esa generación, cambiaron las cosas y hubo más convivencia” (Héctor Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 7 de febrero 2017).

Así, la estratificación social no se vio reflejada en su totalidad en las prácticas sociales. Las amistades y las relaciones amorosas han superado generalmente esa barrera vertical, según platican los interlocutores, aunque reconociendo tanto hombres como mujeres que “los ingenieros eran mejor partido”. Si bien era común en décadas anteriores ver más y mejores automóviles en la parte alta del poblado, en la actualidad no sucede así. Además, las actividades educativas, deportivas y culturales han estado generalmente equitativas en los tres niveles identificables, salvo la exclusividad actual de la piscina, símbolo de las políticas implementadas por parte del Grupo Durango.

Cabe considerar que, a la par del rol central de la compañía y pese a la administración y distribución de espacios y viviendas, existe también un papel igualmente elemental en la dinámica del poblado: las prácticas sociales de sus habitantes. Después de todo, la distribución urbana implantada rige una parte más no la totalidad de la dinámica social: “la intencionalidad de quien diseña o quien construye se confronta con las prácticas sociales y se convierte en un estira y afloja entre la imposición de un modelo cultural y la resistencia o su asimilación” (Pérez 2014, 124). Entra nuevamente la noción de territorialidad para dar cuenta de las disputas con respecto al grado de dominio sobre el territorio por parte de distintos agentes sociales –la empresa por un lado, y los trabajadores-habitantes por el otro–, disputas que se dan tanto a nivel material como simbólico.

Por ello, el aspecto simbólico al considerarse un “poblado de paso” debe examinarse de acuerdo a las prácticas y significados que la clase trabajadora ha tejido sobre el territorio. La territorialidad y topofilia (la afectividad por el territorio) se dio poco a poco y en distintos grados: una apropiación del territorio conformada por múltiples prácticas cotidianas, desde recordar las vivencias infantiles al recorrer las barrancas, hasta la conformación de una familia. “Pues es que para muchas familias, aunque sabíamos que no nos íbamos a quedar aquí, aquí dejaron tu vida sus padres, tus hermanos, en muchas ocasiones también tus hermanos, tus hermanas [...] y hasta tus hijos” (Ana Legarreta, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 8 de marzo de 2017).

El término de topofilia, acuñado por Yi-Fu Tuan (2007) permite aquí marcar las pautas y diferencias entre las diferentes manifestaciones emocionales de los sujetos en relación con el poblado industrial. Una frase que marca mucho el vínculo afectivo de los ex pobladores por Atenquique me la expresó Ana Legarreta, mi casera, una tarde en la que charlábamos sobre el sentir de las personas que tuvieron que salir, definiendo al lugar como “el pueblo que muchos amamos y no podemos volver ahí” (Ana Legarreta, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 17 de enero de 2017). Una mezcla de sentimientos encontrados: por un lado, la fuerte intensidad del lazo afectivo hacia el lugar, y en contraparte, la imposibilidad de retornar a habitar el sitio en el cual se dejó la mayor parte de la vida.

Los vínculos afectivos hacia el lugar, como lo explica Yi-Fu Tuan (2007), varían mucho en intensidad. La afectividad hacia el pueblo se ve plasmada en las caminatas recurrentes de “Los Trotamundos”, don Héctor Carrillo y don Nacho Cárdenas, quienes se reúnen a las afueras de Tuxpan desde muy temprana hora para caminar, siendo Atenquique un destino

regular. Para don Nacho es, de hecho, su sitio predilecto. Su hermano Paco aún trabaja en la fábrica y continúa viviendo en Atenquique, y Nacho nunca me ocultó su deseo de intercambiar de casa con su hermano. Durante tres meses, me sumé a sus caminatas casi de manera diaria, pero fue en un recorrido con cámara por los alrededores de Atenquique donde pregunté por sus razones y motivaciones para recorrer esos caminos:

Parte del querer uno estar y caminar y convivir aquí en el pueblo, es venir y recordar lo que vivimos nosotros como jóvenes, de niños: el andar por las barrancas, el venir a jugar con los muchachos, en la parte de las fábricas y el río. Lo bonito y la tranquilidad del poblado, que existía y existe ahorita, porque no encuentra uno mucho tráfico, movimiento de camiones. La tranquilidad es lo que me atrae. Aparte de querer yo mucho al poblado porque pues yo aquí nací también, y las vivencias que tuve con los amigos, con los compañeros, con la gente grande que vivió aquí, es lo que a mí me atrae. El estar aquí. Aparte de que parte de mi vida la trabajé en la fábrica. Y pos de aquí viví, comí y disfruté las cosas buenas cuando la empresa tenía el gobierno el aporte de la economía aquí (Ignacio Cárdenas, ex trabajador de la planta, recorrido con cámara con el autor, 7 de febrero de 2017).

Don Nacho recuerda con mucho agrado sus años en Atenquique, al tiempo que reconoce la complejidad de volver, sin renunciar por ello a la posibilidad de intercambiar de casa con su hermano. En esa misma caminata (figura 3.5.), Héctor, confesó un sentimiento similar:

Es el pueblo donde nací. Entonces, cuando llegué a salir de aquí sentí una nostalgia, quería regresar, quería volver a vivir aquí. [...] Entonces, todo el tiempo, anduviera donde yo anduviera, siempre venía un fin de semana a seguir recordando los tiempos que yo viví aquí. Para mí es lo más hermoso que hay, aquí (Héctor Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 7 de febrero de 2017).



Figura 3.5. Fotograma de recorrido con cámara Con el pueblo y la fábrica de fondo, Héctor (izquierda) y Nacho (derecha) explican sus caminatas

Es, como lo señala Ana Legarreta, un pueblo que muchos aman pero que no pueden volver. Un sentimiento encontrado en donde, más allá del territorio y su dominio hegemónico por parte de la compañía papelera, entra en juego la territorialidad (Montañez 2009), es decir, las prácticas que determinan el grado de dominio territorial. De esta forma, las prácticas cotidianas con que viven (y vivieron) los habitantes de Atenquique reconfiguran el territorio y las casas. Si bien éstas últimas siempre han pertenecido a la fábrica, cobran sentido en la medida en que en estas se desarrollan relaciones sociales –familiares, públicas y privadas–, así como apropiaciones de índole simbólica y material.

Las apropiaciones se presentan de forma simbólica en expresiones como “mi casa”, “sigue siendo mi casa”, frases que escuché en repetidas ocasiones durante los recorridos con cámara. En uno de ellos, don Armando Carrillo se detuvo frente a la que fue su casa, nombrándola como el lugar donde “dejó su ombligo”. Las personas que han salido del pueblo suelen volver ocasionalmente a visitarlo, me explicaron diversos testimonios, y se suelen detener en “su casa”, es decir, la pertenencia, al menos a nivel simbólico, continúa. Una tarde, una señora me reseñó con lujo de detalle cómo un antiguo trabajador que se había mudado a la capital del país visitó su casa: le pidió permiso para entrar y estuvo toda la mañana tomándole fotos, se recargó en la misma ventana donde se ponía su padre y, al ver el mismo lavado, se quebró en lágrimas. La gente que ha salido, me comenta Adriana Manríquez, suele solicitar en grupos de Facebook que por favor les tomen fotografías a sus casas para saber cómo están. Pese al tiempo y la distancia, siguen siendo "sus casas".

Don Enrique Sánchez, quien salió del pueblo desde la década de los setenta y hoy en día reside en Ciudad Guzmán, me explicó que, pese a que muchas casas han sido derribadas, la de él continúa existiendo: “Hace como más de tres años que fui ahí. Toqué donde la persona que vivía ahí y ya le dije: ‘oye, fijate que quisiera ver la casa, yo viví aquí y mira, ese mango yo lo planté’” (Enrique Sánchez, ex habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 3 de enero de 2017), comentó entusiasmado sobre lo grande que estaba el árbol que había plantado.

La territorialidad y el arraigo se plasman de forma evidente en una tradición que se celebra año tras año: “la Fiesta del Ausente”. Cada noviembre, desde hace ya varias décadas, los ex habitantes de Atenquique se reúnen en esa fiesta (figuras 3.6. y 3.7.): música, baile y comida aglutinan a personas que tuvieron que dejar el pueblo, pero que un día al año vuelven para recordar. Por cuestiones logísticas, al encontrarme estudiando en Ecuador, no pude asistir a la

fiesta, pero tuve acceso a videos<sup>23</sup> y pregunté a mis interlocutores acerca de la celebración. Más de mil personas, me cuentan, asistieron en la última ocasión. Es una oportunidad de retomar viejas amistades, ponerse al día. La música pasa a segundo plano y la gente se la pasa de mesa en mesa, abrazándose, actualizándose, pero sobre todo, recordando viejas épocas.



Figuras 3.6. y 3.7. Fotogramas del documental *Pueblo de papel*, Fiesta del Ausente 201 Armando Carrillo (rojo) con amigos. En baile durante la fiesta, Adriana Manríquez (azul).

La territorialidad, por su parte, también se manifiesta de formas materiales tales como la ampliación de cuartos, la modificación de una barda o un jardín, la improvisación de espacios extras en la casa como cocheras o patios traseros. En un recorrido con cámara (figura 3.8.) por el que fue su hogar durante su infancia, Adriana Manríquez me señaló las distintas modificaciones que su padre le hizo a la morada, con el objetivo de que la familia estuviera más cómoda: “ahí puso el cuartito mi papá allá arriba [me señala con la mano] (...) y allá arriba ponía a mis hermanos a sembrar. Esas piedritas que se ven allá arriba ordenaditas, él las hizo, hacía los muritos de piedra” (Adriana Manríquez, ex trabajadora de la planta, recorrido con cámara con el autor, 5 de marzo de 2017).

---

<sup>23</sup> La magnitud del evento y la envergadura de su significancia también se exploran en el documental *Pueblo de papel*.



Figura 3.8. Fotograma de recorrido con cámara. Adriana Manríquez, extrabajadora de la planta, en un recorrido por su antiguo hogar en marzo 2017

Las comidas de cada domingo con la familia Flores se realizaban en un patio trasero de la casa, techado y construido con madera y láminas. Existía un cuartito, un par de mesas de madera, una pileta para lavar trastes y un fogón para hacer tortillas (figura 3.9.). Éste y otros espacios fueron construidos por la propia familia, en aras de vivir más cómodos. Llevan más de cinco décadas viviendo en Atenquique y las apropiaciones se dan, como es de esperarse, en el plano simbólico y en el material.



Figura 3.9. Fotograma de video. Comida en la casa de los Flores.

De esta forma, la territorialidad en Atenquique se pone en disputa, más aún en la actualidad. Anteriormente, en la etapa estatal, la empresa tenía un rol más hegemónico ya que se encargaba de todo el cuidado y mantenimiento de las casas: arreglar cualquier descompostura, el cambio de techo o la pintada de la fachada corría a cargo de CIDASA. En la actualidad, en cambio, la empresa apoya poco al mantenimiento de las viviendas y suele ser el trabajador quien se encarga de los arreglos necesarios. De esta y otras maneras es que la territorialidad entra en juego, difuminando el dominio hegemónico de la compañía sobre el territorio, y

dando pie a una construcción social del territorio “que le otorga centralidad a los habitantes del lugar con todas las limitaciones que la estructura social les impone, pero también reconociendo en ellos todo lo no previsible de que es capaz el ser humano, la capacidad de innovar” (Lindón 2002, 31).

Sin embargo, el tipo de análisis sugerido por Lindón, en este caso de estudio<sup>24</sup>, tiene ciertos alcances y ciertas limitaciones. En cuanto a los alcances, la centralidad en los habitantes permite dar cuenta de la capacidad de innovar, adaptarse o resistir frente a los cambios hegemónicos marcados por la compañía papelera: las apropiaciones simbólicas como el nombrar “mi casa”, las visitas constantes al pueblo, la implementación de construcciones y arreglos a las viviendas, entre otras. Lindón (2007) retoma a Dardel para explicar que permite explorar el espacio visto a la luz del sujeto como habitante. Pero el constructivismo geográfico, considero aquí, tiene también limitaciones al dejar en un plano secundario las condiciones materiales y las pautas marcadas por las superestructuras en el territorio. En el caso de un poblado industrial, estas tensiones se observan claramente.

En síntesis, una observación desde el punto de vista del sujeto como habitante permite analizar las relaciones sociales, las prácticas cotidianas y el sentido que se les da a las mismas, en aras de comprender los significados simbólicos tejidos sobre el territorio y, sobre todo, la manera en que la clase trabajadora ha vivido, adaptado o resistido a las cambiantes condiciones del poblado. Si bien en términos metodológicos es lo que aquí interesa (partir desde los sujetos como fuentes primarias), el análisis puede ser más completo incluyendo una lectura marxista que identifique la relación entre el capital y el espacio.

De aquí que, desde el estudio del territorio, es posible trazar conclusiones sobre la influencia del capital en su revalorización, en la manera en que el capital cambia los paisajes geográficos, relocaliza el capital y, por ende, a las empresas. Después del estudio territorial en Atenquique, identificando momentos de quiebre en el declive material a raíz de la privatización en 1987 y la liquidación en 2001, se palpa la relación entre el capital y el paisaje geográfico en este caso de estudio. A su vez, el trabajo etnográfico que permite la Antropología Visual y la Geografía humana dieron pie a observar en perspectiva y desde el punto de vista de los protagonistas esas transformaciones del lugar.

---

<sup>24</sup> En el caso de los estudios realizados por Lindón (2002) en la periferia metropolitana de la Ciudad de México, arrojan otra clase de resultados con mucha mayor agencia por parte de los habitantes.

Si bien son paraguas teóricos distintos, las dos vertientes admiten, junto con la Geografía crítica, una conclusión del caso: la clase trabajadora es la menos culpable del declive del poblado industrial. Como indica David Harvey al referirse a fenómenos similares:

Resulta, sin embargo, demasiado fácil culpar a las víctimas de lo que sucede cuando el capital levanta el campamento y se larga. La explicación dominante es que fueron los sindicatos codiciosos, los políticos derrochadores, los malos gestores y demás ralea los que lo ahuyentaron; pero fue el capital, y no la gente, el que abandonó y desindustrializó Detroit, Pittsburgh, Sheffield, Manchester, Mumbai y otras tantas ciudades (2014, 162).

Fue el mismo capital –con la particularidad histórica del advenimiento del neoliberalismo– el que abandonó y desindustrializó Atenquique, con lo que resulta irrisible culpar al sindicalismo o a lo “ancho” del contrato colectivo, como pretendió hacer el grupo empresarial al rescindir el contrato colectivo en 2001.

## Capítulo 4

### “Pueblo de papel”, notas sobre el documental etnográfico

En el presente capítulo se desarrolla con mayor profundidad la etapa de producción y postproducción del documental *Pueblo de papel*, iniciando con una discusión acerca del video como instrumento de investigación social (1), las implicaciones de la cámara en el campo (2), el proceso del documental y la participación de sus protagonistas (3), y por último, un esquema general del guión y algunas consideraciones sobre la construcción de la estructura narrativa (4).

Como se perfiló en el enfoque metodológico, una parte central de la investigación fue la producción de un documental etnográfico para dar cuenta de la relación entre la memoria y el territorio en Atenquique. El documental, reiteramos, contó con la participación de 22 personas, de las cuales únicamente 11 aparecen en la versión final del video, por razones de duración, estructura y narrativa: algunos discursos se repetían y resultaba muy complejo empalmar 22 personajes en una misma historia. La realización se llevó a cabo en tres etapas: la preproducción (marzo-noviembre 2016); la producción (diciembre 2016-marzo 2017) y la posproducción (abril-octubre 2017), en las cuales colaboraron 2 personas en producción y 5 más en posproducción. En la producción participaron dos compañeros comunicadores que asistieron a Atenquique en múltiples ocasiones: Salvador Ochoa, camarógrafo, y Urzula Reyes, encargada del audio directo, quienes acompañaron buena parte del proceso etnográfico. En la postproducción participaron Fernando Valencia en edición, Carlos Chávez en posproducción de audio, Esteban Torres en la composición musical, además de Christian Benavides y Carlos Orozco en la corrección de color.

En cuanto al equipo fotográfico, si bien pudiera parecer un aspecto netamente técnico o inclusive secundario, vale la pena especificar con qué se filmó debido a las implicaciones que conllevó su uso. La película fue grabada en su totalidad con una cámara Canon 70D, haciendo uso de lentes fijos 24mm, 50mm y 60mm, principalmente, y en mucho menor medida un 17mm y un 18-50mm. Se utilizó un trípode la mayor parte del tiempo. El audio fue registrado con una grabadora Tascam Dr-40, complementada generalmente con un micrófono boom; en ocasiones se contó con un micrófono lavalier –o corbatero– inalámbrico, y un par de entrevistas fueron grabadas directamente en la grabadora. Grabar el video y el audio en dispositivos por separado implicó la participación de dos compañeros al momento de filmar –

aunque la participación de Salvador y Urzula no respondió a dicho aspecto técnico, sino a la confianza—. El hecho de utilizar micrófono boom la mayor parte del tiempo también implicó una intimidación inicial natural entre las personas grabadas, misma que fue disminuyendo paulatinamente, sin llegar nunca a pasar desapercibido. La edición de video se llevó a cabo en el software Final Cut 7 y el audio fue trabajado en el software Final Cut X y Da Vinci.

El documental también tiene diversas referencias y puntos de partidas, películas con temáticas similares con las cuales se buscó dialogar a nivel metodológico. Claro ejemplo de ello fue la construcción narrativa y de producción por parte de Juan Carlos Rulfo en su documental “Del Olvido al No me acuerdo” (1999), producción que parte de preguntas sobre Juan Rulfo, el padre del director, para encontrarse con una región que parece haberse quedado plasmada en un pasado. El trabajo metodológico realizado por el Laboratorio de Investigación Social del Instituto Mora en “Mi Multi es mi Multi” (1999) también fue un importante referente en este trabajo. En dicha producción, se exploran las memorias de los habitantes del Multifamiliar Miguel Alemán en la Ciudad de México, a 50 años de su construcción y con habitantes y vecinos que se han apropiado de él, apodándolo “el Multi”. Por último, un ejercicio similar fue realizado por el documentalista brasileño Eduardo Coutinho en “Edificio Master” (2002), donde se introdujo por 7 días para entrevistar a los habitantes del edificio que da pie al nombre de la película, mismo que está situado en Copacabana. Con 12 pisos y 23 departamentos, Coutinho realiza una exhaustiva y a su vez veloz búsqueda por las historias y memorias más íntimas, ligadas siempre al espacio. Si bien no fueron los únicos<sup>25</sup>, esos 3 filmes fueron las referencias metodológicas más importantes en la realización de esta investigación.

### **1. El documental etnográfico: más que un instrumento de investigación social**

Al arrancar la investigación tomando como eje central el documental etnográfico, surgieron las preguntas: ¿para qué la construcción –y comunicación– del conocimiento antropológico a través del audiovisual?, ¿qué diferencias hay entre la escritura etnográfica y el cine? Una figura importante en la Antropología Visual, Sarah Pink (2006), lanza algunas pistas sobre la valía del film antropológico y su diferencia para comunicar el conocimiento antropológico con respecto a la escritura. Después de un repaso por varias posturas respecto a dichas diferencias, plantea que esas distinciones dicotómicas son problemáticas porque la naturaleza

---

<sup>25</sup> Entre las referencias cinematográficas también se encuentra el documental “La muerte de Jaime Roldós” (2013) de Manolo Sarmiento; “Cuchillo de palo” (2010) de Renate Costa; “Santiago” (2007) de Joao Moreira, y en ficción el cortometraje “De tripas corazón” (1996) de Antonio Urrutia.

de una y otra expresión –escrita y cinematográfica– ha sido distinta por siglos. No es ahí a donde debe dirigirse la discusión, sino a la forma en que los antropólogos utilizamos estos medios para comunicar el conocimiento etnográfico: la antropología escrita ha permitido representar las experiencias de los informantes en donde sus voces se vuelven citas que complementan y sustentan el relato antropológico, mientras que en el film etnográfico es esencial el enfoque de los individuos, dando a la voz del sujeto un papel central en el relato (Pink 2006, 68).

De un modo afín, Elisenda Ardèvol (2006, 200) expone que la problemática principal de esas definiciones respecto al cine radican en que se trata de delinearlo por sus capacidades o cualidades propias, en lugar de abordar las utilidades, usos y significados que se le da en la investigación social: como generador de datos y relaciones. Ardèvol (2008) también sugiere mantener una pluralidad de concepciones y géneros para definir el cine etnográfico en aras de poder reflexionar sobre éste como objeto de estudio y como método de investigación en Antropología, proponiendo una definición experimental del cine etnográfico como “una práctica relacionada con la construcción de un ‘objeto de conocimiento’, en términos de Knorr-Cetina, entendiendo la producción audiovisual como una ‘práctica de representación’ por la cual construimos conocimiento sobre la diversidad cultural” (Ardèvol 2008, 33).

Asimismo, comparto la invitación que lanza Jorge Grau (2012) para explorar las aplicaciones de la Antropología Audiovisual pensando no sólo a través de la producción, sino del análisis de las relaciones entre el contexto, los medios y técnicas de producción, y las estrategias de representación. Pensar los documentos audiovisuales para el estudio de códigos culturales e ideologías, auxilia a la comprensión de “por qué surgen determinadas representaciones en ciertos momentos, y de qué modo y por qué razones cambian, si es que lo hacen, a lo largo del tiempo” (Grau 2012, 173), elemento transversal en un estudio diacrónico sobre el espacio.

En cuanto al uso del documental como transmisor de la memoria, la antropóloga británica Roxana Waterson (2007) indaga en el potencial del filme para preservar la memoria como un rastro, como parte de una lucha contra el olvido de injusticias pasadas. En su artículo *Trajectories of Memory: Documentary Film and the Transmission of Testimony*, discute la recepción de una serie de películas sobre memoria, no para pensarlas desde un sentido nostálgico, sino como vehículos de la memoria que llevan al espectador a reflexionar sobre el significado de eventos pasados. Al respecto, la antropóloga argentina Carmen Guarini (2012)

ve en la investigación fílmica una doble vía en relación con la memoria: como fuente ilimitada de conocimiento (proceso) y como soporte de conservación social (soporte).

Como proceso y como soporte de la memoria es que interesó el uso del cine documental en este trabajo, reconociéndole no sólo su calidad como instrumento de investigación y vehículo de la memoria, sino también considerándolo como generador de datos (Ardèvol 2006), y a su vez como vía para transmitir el conocimiento antropológico<sup>26</sup> (Pink 2006). En ese sentido, es conveniente sobrepasar la división dicotómica entre la transmisión del conocimiento escrito y audiovisual (expresiones con distinta naturaleza), y en su lugar apuntar hacia la forma en que los antropólogos utilizamos los medios audiovisuales para comunicar el conocimiento etnográfico, dando generalmente en estos un papel central la voz de los individuos (Pink 2006), aunado a la fuerte carga de contenido representacional.

El conocimiento generado no es neutral ni tampoco lo es el proceso de representación etnográfica (Grau 2002, 129). Implica una selección y un tipo de interacción específica. Y es que el video como instrumento de investigación social no documenta una realidad exterior, sino que “constituye en sí mismo una ‘construcción’, es decir una versión de las muchas otras posibles ‘lecturas’ de los acontecimientos que tienen lugar a nuestro alrededor en la vida cotidiana” (Baer y Schnettler 2009, 161). En el caso de *Pueblo de papel*, esa versión también se vio cargada de la investigación previa sobre el caso (en investigaciones, prensa, archivo de video) reforzando una postura crítica frente a las políticas neoliberales implementadas en México, misma que encontró eco entre la clase trabajadora de la planta papelera.

La información a transmitir en el documental *Pueblo de papel* es distinta a la presentada por escrito en el presente documento. El documental no repite conocimiento, sino que genera otro; no se vuelve un reflejo de la investigación escrita, sino que va a la par de la misma. Ambos productos se complementan, siendo el lenguaje de transmisión distinto entre uno y otro. Por ello, al momento de seleccionar, construir la estructura narrativa y editar, se partió de la posibilidad de generar otro tipo de conocimiento; una versión sobre las posibles lecturas de Atenquique, y no necesariamente dejar los mismos tópicos del escrito o tener que plasmar todo acerca del proceso de producción. Lo que en entrevistas funcionó de manera fructífera en términos cualitativos, no siempre resultó así para los fines del documental, y viceversa. Se puede llegar de distintas formas a conocimientos y conclusiones similares, aprovechando el

---

<sup>26</sup> Cabe insistir que el resultado escrito de esta investigación va acompañado del documental etnográfico *Pueblo de papel* (2017, 26 minutos).

lenguaje cinematográfico. Para ilustrar ese punto, cabe pensar las diferencias entre escribir acerca de la tranquilidad del pueblo frente a la transmisión del mismo mediante tomas del poblado en completa quietud; entre escribir acerca de las maneras en que se vive el arraigo u observar en video a una persona que contempla en silencio la casa en que vivió toda su infancia.

Así, la investigación escrita está dividida en cuatro capítulos que responden a una introducción, memorias, territorio y producción audiovisual; mientras que el documental *Pueblo de papel* se presenta con un orden y lenguaje distinto: presentación de personajes, relación con el territorio, explicación de la venta de la fábrica y el arraigo al pueblo. Así, ambos productos manejan como trasfondo el tema del arraigo al poblado industrial; en ambos se explica la etapa paraestatal de la compañía, su venta y la manera en que ésta ha sido afrontada; y en ambos se destacan las prácticas y estrategias con que se vive el arraigo. Sin embargo, cada uno lo presenta y transmite de forma distinta, llegando a un conocimiento, si no igual (porque nunca es igual), sí muy semejante.

## **2. La cámara en campo: las primeras negociaciones**

El uso de dispositivos audiovisuales en las Ciencias Sociales ha sido ampliamente analizado en las últimas décadas (Ardèvol 2006, 2008; Grau 2002; Pink 2006) y su utilización en el trabajo de campo, como lo señala la bibliografía al respecto, implica determinadas decisiones y riesgos, así como posturas éticas y políticas. Retomo aquí la discusión planteada por Ardèvol (2006) acerca de los distintos niveles de transformación que implica la introducción de la cámara en el campo. La cámara supone más que un mero suplemento del trabajo de campo convencional; implica una integración de una compleja técnica que modifica significativamente el trabajo de campo: las relaciones y condiciones de trabajo, y los resultados. El video puede llegar a suponer un elemento de transformación de la práctica antropológica, en el plano metodológico pero también en el teórico, viéndose implicado en las distintas fases de investigación: diseño de investigación, trabajo de campo, tratamiento de datos y exposición de resultados (Ardèvol 2006, 202).

Comparto los cuestionamientos de Ardèvol (2006) acerca de la forma en que la cámara interviene en la relación con los demás, en el trabajo etnográfico y en la construcción de datos, llevando a preguntarse sobre la manera en que se ha incorporado la cámara en el campo, las expectativas, experiencias y resultados de ese proceso. En el caso de *Pueblo de papel*, la decisión de utilizar la cámara como detonante de relaciones y condiciones de trabajo

implicó una serie de situaciones que desde un inicio marcaron la pauta para el resto del trabajo de campo.

Así, al momento de presentarme con habitantes y ex habitantes de Atenquique y explicar mi interés de investigación, enseguida surgía el tema del documental. “¿Qué era lo que estudiaba, dónde lo estudiaba, cuál iba a ser el resultado de la investigación?” eran muchas de las interrogantes iniciales –más que válidas y lógicas– que las personas tenían con respecto a mí y a mi proyecto. “Soy de Colima, pero actualmente estudio en Ecuador. Una maestría en Antropología Visual, que mezcla investigación social con cine documental”, comentaba usualmente para tratar de ser breve. “Y estoy haciendo mi tesis escrita sobre el pueblo, y a la par de un video documental”.

Al llegar a mencionar el documental, la mayoría de las personas ponían toda su atención en el mismo, ya fuese de manera positiva (con deseos de participar), negativa (reacios a aparecer en cuadro) o inquietante (con expectativas y dudas al respecto). Enseguida capté que esa estrategia de presentación no era tan útil: la gente brindaba demasiada atención a una posible presencia de la cámara, y a la par me colocaba en una situación comprometedoras con respecto a la aparición de personas como potenciales protagonistas del documental. Pasadas las primeras semanas en Tuxpan y Atenquique, y aún sin haber siquiera utilizado la cámara, decidí cambiar un poco la estrategia y dejar el asunto del documental para segundas charlas, no siempre acompañado de mi presentación semi-formal. Ello, aunado a la técnica de muestreo de bola de nieve, en donde los interlocutores me fueron guiando hacia otros posibles participantes.

El *rapport* inicial cobró así otra dimensión, basado más en charlas informales, convivencias diarias y puesta de temáticas en común; en ocasiones, hablaba acerca de aspectos más personales, como mi estancia en Ecuador o los múltiples motivos que me llevaron a interesarme en el poblado. El tono de las conversaciones con cada interlocutor fue marcando la pauta y los límites con respecto a qué sí se platicaba y qué no: la privatización de la compañía papelera a finales de los años ochenta, la liquidación de 2001 o la salida del pueblo fueron temáticas que no emergieron inmediatamente, y cuya mención no siempre resultó cómoda.

En ese escenario, la cámara se vio supeditada a las necesidades del trabajo de campo, llevando a posponer su uso. Sobre el tema, el antropólogo Alfredo Santillán<sup>27</sup> (2016) en una lección sobre el uso de metodologías audiovisuales en campo, no dudó en evidenciar su preocupación por primar el uso de la cámara sobre el contenido durante una entrevista: le preocupó que los investigadores estuvieran más al pendiente del dispositivo y su correcto uso, antes de centrarse en los interlocutores. En la misma línea, Grau advierte que “la importancia de la técnica, que indudablemente la tiene, queda siempre supeditada al diseño teórico y metodológico de la investigación” (2002, 228).

Tomando los dos puntos anteriores, se decidió dejar la cámara para un segundo momento, además de incluir a más personas en el proceso de producción del documental, con el fin de concentrarme de lleno en las conversaciones. Considero que es deseable –y posible– llegar a un tipo de equilibrio entre ambas necesidades, investigativas y cinematográficas. No pienso que, en el caso del cine documental, se requieran de demasiadas personas en el proceso, lo cual no implica que el audiovisual esté mal hecho o contenga errores graves a nivel técnico. Basta con las personas necesarias para poder concentrarse en el momento. Un claro ejemplo es el trabajo del documentalista mexicano Everardo González<sup>28</sup> (2015), quien señala que él mismo realiza la fotografía en sus películas, y la única colaboración que requiere es un encargado de audio que sea silencioso.

Así pues, la cámara quedó para un segundo momento, pasado el primer mes de trabajo de campo y con la detección de posibles interlocutores claves para el documental. Debido a lo delicado de algunas conversaciones, en diversas ocasiones tuve que reiterar la posibilidad del anonimato, o en el caso del uso de la cámara, también ofrecer la oportunidad de decidir al final de la grabación si alguna parte no debía ser utilizada en el documental. Al final, el anonimato fue la estrategia principal elegida por algunos trabajadores, mientras que la opción de evitar el uso de fragmentos en el documental sólo fue sugerida en dos ocasiones, ambas por motivos personales (la mención de una expareja, en un caso, y la alusión directa a un nombre en una anécdota chusca, en el otro).

A la par de las estrategias de anonimato, aclaré a los protagonistas otro aspecto significativo: el documental se planteaba de aproximadamente 30 minutos de duración y estaría conformado

---

<sup>27</sup> Santillán, Alfredo (clase, FLACSO Ecuador, abril de 2016).

<sup>28</sup> Cineasta mexicano director de “Los Ladrones Viejos” (2007), “Cuates de Australia” (2011), “El Paso” (2016) y “La Libertad del Diablo” (2017), entre otros.

por varios personajes, por lo que inevitablemente haría una futura selección y recorte de las distintas grabaciones, situación que siempre fue aceptada y asimilada. Poco a poco, los interlocutores involucrados evidenciaron un mayor interés por el producto audiovisual final: quiénes más salían, qué otros temas se tocaban, qué incluía y qué no (la inundación, por ejemplo, fue un tema que decidí no incorporar y que en reiteradas ocasiones debí aclararlo).

Los asuntos del documental eran múltiples, ya que interesaban diversos aspectos de su vida, no sólo su trabajo o su relación con el pueblo. Las grabaciones incluyeron actividades cotidianas, pero también charlas en las cuales exploraba diversas temáticas de acuerdo a mi conocimiento previo de cada persona, lo que me permitió aludir directamente a anécdotas que me habían contado previamente, puesta en común de personajes entre el documental (es decir, mencionar su relación con tal o cual persona), y asuntos específicos con cada persona como época en que habitaron Atenquique, relaciones sociales, apodos.

Si bien para la investigación escrita se abordaron ejes similares como territorio, arraigo o transformaciones a partir de la privatización, al momento de utilizar la cámara fue un tanto disímil: no a todos los personajes se les plantearon los mismos temas. Ello por dos principales motivos: uno, el posible riesgo que representaba para la planta actual de trabajadores de la empresa Bio Pappel el dar un testimonio acerca de los cambios laborales; y en segundo lugar, debido al contenido que cada personaje podía aportar al documental de acuerdo a aspectos como sus experiencias, situación actual, edad, etcétera.

De esta manera, las negociaciones iniciales buscaron, por un lado, no conducir excesivamente el interés del documental ni que únicamente se hablara de la privatización de la fábrica (el tema no siempre lo colocaba yo sobre la mesa, y cuando lo hacía era hasta en una tercera o cuarta plática). Por otra parte, esos primeros acuerdos respecto al documental permitieron un proceso de investigación y grabación más horizontal, en el que las personas eran conscientes que estaban siendo filmadas, el fin del mismo, y la posterior selección (y por ende, manipulación) de dicho material. Para ello también recurrí a las recomendaciones lanzadas por el documentalista mexicano Everardo González (2017)<sup>29</sup>, quien al hablar de la entrevista en el documental exhorta a involucrar al protagonista y nunca grabar a escondidas; por el

---

<sup>29</sup> Durante una charla virtual el 13 de febrero de 2017, parte del “Diplomado de realización de cine documental” de la Universidad Virtual del Documental, en la Facultad de Letras y Comunicación, Universidad de Colima.

contrario, reconocer el derecho del otro a saber que está siendo filmado, que entienda por qué está frente a la cámara.

Todo lo anterior requiere un trabajo previo y durante el rodaje. La confianza y la ética, vale reiterar, marcaron el trabajo de campo y la producción del documental. La confianza durante los procesos del cine documental es explorada por Grau (2002), quien precisa que la relación entre el cineasta y los sujetos filmados es cambiante, se redefine continuamente basándose en acuerdos iniciales, activándose de esta forma lo que el antropólogo llama un sistema de <<confianza negociada>>.

La ética en el documental es un aspecto muy complejo que tiene distintas aristas y varía según el caso: como lo indica Bill Nichols (2013), preguntas como ¿qué hacer con la gente? o ¿qué responsabilidad tienen los cineastas de sus actos en las vidas de las personas filmadas?, requieren diversas respuestas de acuerdo a cada situación. En general, los cuestionamientos son mucho más complejos que en el caso del cine de ficción. Es el concepto de representación, esboza el teórico de cine estadounidense, el que lleva a preguntarnos por qué los problemas éticos son centrales en el cine documental: ¿qué hacemos con las personas cuando hacemos un documental, cómo las tratamos, qué les debemos?, son algunas de las interrogantes que plantea Nichols. A través de un mapeo de distintos casos, reitera que las respuestas a esas preguntas varían de acuerdo a cada coyuntura, a la par de precisar que la ética no necesariamente implica tomar una posición a favor de los valores y creencias de los filmados, sino actuar de forma que no se les falte al respeto.

Aludiendo a la especificidad de cada caso que remarca Nichols, en nuestro caso la ética implicó ciertos puntos establecidos desde un inicio: no colocar la cámara frente al entrevistado en un primer momento y sin acercamientos previos; nunca grabar a escondidas, así como apagar la cámara si así lo sugirieran; ser claro con las razones e intenciones de filmar; ofrecer la posibilidad de no mostrar algún fragmento específico de lo filmado; involucrar a los sujetos filmados con respecto a la importancia de determinados ejes en el documental, además de comprometerme a mostrar el producto final y entregar una copia del mismo. En el siguiente apartado se ahonda al respecto, ya que considero esencial evidenciar la manera en que el documental fue producido.

### 3. El proceso del documental y la participación de sus protagonistas

Retomando a Ardèvol (2006), el cine documental etnográfico puede realizarse *a partir* de una investigación ya finalizada en donde los resultados de la misma son el punto de partida para construir el documental, o puede ser que la cámara sea un elemento esencial *durante* el proceso de exploración etnográfica, convirtiéndose la grabación en un eje central de la elaboración de datos. De esta forma, distingue el cine etnográfico *expositivo*, como el primer caso, en donde la investigación previa permite que un par de días de grabación bien planificados basten para componer una película; y por el otro lado, el cine de *exploración*, en donde la filmación es parte del proceso de investigación y el uso de la cámara es prospectivo.

De ser una división estricta en cuanto al tipo de cine etnográfico, *Pueblo de papel* correspondería más al segundo caso, un cine de exploración. Si bien la división propuesta por Ardèvol facilita distinguir el rol que cumple la cámara en el campo, considero que una distinción dicotómica de este tipo resulta un tanto estricta e inclusive reduccionista, pues puede un tipo de cine convertirse en el otro o existir términos medios en el proceso, como fue mi caso. Es decir, la cámara no estuvo presente desde el inicio del trabajo de campo –como lo plantea Ardèvol para el cine de exploración–, sino hasta un segundo momento en el que se fue ganando la confianza de los interlocutores. Pero lo anterior no implicó que la cámara se convirtiera en una mera herramienta de registro para una filmación posterior al trabajo de campo, sino que ésta fue clave en el proceso de construcción de relaciones sociales y obtención de datos.

Aunado a ello, lo que pudo ser parte de la etapa exploratoria no siempre funcionó para la edición final del documental, y viceversa, lo que se plantea como herramienta exploratoria puede convertirse posteriormente en un elemento sustancial del filme. Para ilustrar mejor el punto puedo citar nuevamente el caso de los recorridos con cámara: al inicio del trabajo de campo los consideré como una estrategia metodológica para obtener datos cualitativos sobre el arraigo territorial, mas no estaban considerados como parte del documental. En la medida en que se fueron desarrollando, en una fase exploratoria, noté la magnitud que cobraron y el aporte que significarían para la película documental, por lo que decidí incluirlos.

Por otra parte y como se mencionó en páginas anteriores, en esta película se buscó trabajar a partir de la horizontalidad, la ética y la confianza. Para lograrlo, se hizo uso de diversas estrategias con el fin de volver el proceso más participativo y, a su vez, que la incorporación de la cámara no resultara tan agresiva. Para ello se estableció desde un inicio que no se

llegaría a colocar la cámara frente a los personajes desde el primer momento. Siguiendo las recomendaciones de Everardo González (2017), se conversó previamente para que cada protagonista supiera de dónde surgía el interés de platicar y por qué su historia resultaba importante. El mismo cineasta mexicano también exhorta a que se le permita al otro hablar sobre lo que quiere. Coincido en este último punto, aunque debo añadir que, en nuestro caso, también se fueron guiando algunos temas a manera de entrevista semi-estructurada: más que planteando preguntas elaboradas que dan pie a respuestas en monosílabos o inclusive guían las posibles respuestas (por ejemplo, evitando: “el cambio de la venta de la empresa afectó enormemente a los trabajadores, ¿cierto?”), se sugerían cuestiones conforme avanzaba la plática y de acuerdo a los códigos y referencia de cada sujeto (“¿cómo fue para usted la época de la venta? Platíqueme más de eso”).

A su vez, y debido a que había establecido una relación previa con cada protagonista, se flexibilizaron la cantidad de temas al momento de grabar con cámara, situación que, debo reconocer, por momentos generó confusión en los mismos protagonistas. Los asuntos sobrepasaron al poblado y la fábrica como eje central, para ahondar en aspectos de su historia de vida, su vida cotidiana, sus experiencias, los significados construidos en torno a su hogar y el territorio, o inclusive anécdotas que previamente habían contado. Pese a la confusión, la variedad de ejes temáticos no generó incomodidad y fueron los mismos protagonistas los que marcaron la pauta de temas a tratar: anécdotas de la infancia, chistes y burlas al interior de la fábrica, bromas entre la misma familia, relato de una boda, apodos, serenatas, accidentes. Cada personaje aportó así su propia visión.

Este último asunto vino a flote, o tomé mayor consciencia del mismo, a raíz de escuchar en un foro de cine a la documentalista mexicana María José Cuevas (2017) hablar sobre su documental *Bellas de noche*, en donde aborda la historia de cinco vedettes que alcanzaron el éxito en el México de los sesenta y setenta. En la charla posterior a la proyección de la película, la directora explicó que la postproducción fue para ella como editar varios cortometrajes, uno por cada personaje, y en donde permitió que cada uno aporte con su narrativa, su propia evolución; su ritmo, su visión. Así, considero que cada uno de los 11 personajes involucrados en *Pueblo de papel* aporta algo distinto al producto final, con una forma propia de hablar, de ver el pueblo, de contar sus experiencias. Su relación afectiva hacia el lugar, como se demostró en el capítulo 3, también varió en intensidad y formas de expresión de acuerdo a cada interlocutor, relaciones que se ven plasmadas en el documental.

De esta forma entran en juego la subjetividad, el posicionamiento respecto a las etapas de la compañía papelera, las experiencias e historia de vida propias. Una pareja, Yuyis y el “Churros”: un video de bodas y una anécdota del casamiento; una madre e hijo que emigraron de Atenquique, Herminia y Nacho: una visita a su antiguo hogar; un señor cuyo ganado es el centro de su día a día, don Rubén: temas y grabaciones alrededor de sus vacas; un par de señores que caminan alrededor del pueblo para recordar, Nacho y Héctor: chistes y albures de sus épocas como obreros de la planta; Américo, un señor que atiende una solitaria palettería: la tranquilidad del pueblo.

Ahora bien, el contar experiencias personales por parte de los protagonistas usualmente no quedó en lo meramente anecdótico, sino que arrojó un conocimiento etnográfico sobre las relaciones sociales tejidas entre la comunidad y con respecto al territorio. El recordar los apodos con que se conocían entre las familias permitió comprender la confianza y amistad establecida entre sí, así como el tipo de relación entre adultos y niños: “Casi nadie se conocía por nombre. Era más fácil localizar a alguien por el sobrenombre que por el nombre (...) De esa manera uno convivía a gusto con los demás, entonces ¿cuál era el problema?” (Ignacio Cárdenas, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 7 de febrero de 2017). El retomar las burlas al interior de la fábrica permite dar cuenta del tipo de relaciones forjadas en el trabajo: “Dentro de la planta, con los trabajadores aunque no vivieran en Atenquique, éramos otra familia, éramos una familia sindical. De alguna manera nos mantenía unidos. Dentro de la fábrica el ambiente era bonito, trabajabas con mucho agrado” (Armando Carrillo, ex trabajador de la planta, entrevista con el autor, 9 de marzo de 2017).

De manera similar, el charlar sobre serenatas y bodas, permitió explorar las relaciones establecidas al interior del pueblo y la conformación de familias. El hecho que los trabajadores de Atenquique fueran vistos con buenos ojos en los pueblos vecinos permitió discutir acerca de las condiciones económicas de la etapa paraestatal, y las implicaciones materiales y simbólicas de las mismas. Y ni hablar de las visitas a antiguos hogares, las cuales arrojaron información provechosa para el documental etnográfico, a la par de información acerca del tipo de arraigo generado.

El video, insistimos en la reflexión de Ardèvol (2006), implica una transformación de toda la práctica antropológica ya que se involucra en las diversas fases de investigación, desde el diseño hasta la exposición de resultados. Aún más, en el caso de *Pueblo de papel*, la realización modificó desde un inicio todas las fases de la investigación: el diseño (la

planeación consideró el uso de la cámara desde la preproducción); el trabajo de campo (marcado en buena medida por la producción audiovisual); la producción y análisis de datos (en ambos aspectos plasmados en video); y por último la presentación de resultados, cuyo texto va de la mano del producto audiovisual.

Ahora bien, conviene aclarar el grado de participación de los protagonistas y, en el mismo sentido, el tipo de documental que fue realizado. Para ello viene a bien el ampliamente estudiado modelo de clasificación creado por Bill Nichols (2013), en el que precisa seis modos de representación documentales: expositivo, poético, observacional, participativo, reflexivo y expresivo. Vale señalar que estos modos no son estáticos ni se constituyen tanto una genealogía del cine documental, sino como una fuente de recursos flexibles. En ocasiones se suele recurrir a varios tipos de modos en una misma película; considero que el principal modo al que se recurrió fue el reflexivo, además de participativo. El modelo reflexivo puede llegar a profundizar en las metodologías como el trabajo de campo o la entrevista, mientras que el participativo se caracteriza por una interacción directa entre el cineasta y los sujetos filmados: lo que sucede frente a la cámara no es una observación intrusiva sino el testimonio de la naturaleza de la interacción entre el documentalista y el sujeto (Nichols 2013, 207).

Paralelamente, *Pueblo de papel* es un documental etnográfico que se involucra en todas las etapas de la investigación: es eje central y da cuenta del trabajo etnográfico. En referencia al cine etnográfico, Grau (2002) plantea que el audiovisual es el producto final de la relación dialógica en la que el investigador y el representado interactúan. De ahí que lo principal en nuestro caso fue la participación, la interacción generada a partir de la cámara, así como la reflexión de la metodología empleada. Como atinadamente puntualiza Nichols (2013), el documental participativo parte de la premisa opuesta al observacional: no es lo que vemos si hubiéramos estado ahí, sino lo que podemos ver sólo cuando una cámara o documentalista está ahí.

Quisiera aquí insistir que el documental *Pueblo de papel* tiene un carácter participativo en donde la articulación primordial se dio a raíz de mi involucramiento y la interacción generada con los protagonistas. Las principales herramientas metodológicas empleadas –los recorridos con cámara y la historia oral– plantearon situaciones específicas que no hubieran tenido lugar sin la presencia de la cámara y el equipo de producción. Plasmar una realidad ‘observacional’, en el que la cámara simula no estar presente y contempla el modo en que los actores viven sus vidas no fue una premisa en la realización. En la búsqueda de evitar un documental de “bustos

parlantes” sí se trató de filmar actividades cotidianas, pero sin que se pretendiera ocultar la presencia de la cámara.

He de aclarar que la mayoría de las personas estuvieron interesadas en contar su versión acerca del pasado de Atenquique. Continuamente mostraron su motivación e interés, planteando la urgencia de registrar “la historia del pueblo”, a la par que se lamentaban de que no se hubiera podido entrevistar a personas mayores, recientemente fallecidas.

Llegado a este punto, cabe también una última reflexión sobre las limitaciones de la metodología empleada y del uso que se le dio a la cámara durante el proceso etnográfico, especificando los alcances, barreras y grado de participación de los interlocutores en la investigación y la película. El trasfondo del documental refleja a su vez el grado de relación, confianza y participación lograda en los cuatro meses de producción: la detonación de una interacción entre los protagonistas y quien aquí escribe, aunque en el documental – intencionalmente– pocas veces se escuche directamente mi intervención.

Si bien el proceso procuró ser claro y horizontal, la participación de los 11 protagonistas se limitó a: 1) conocimiento previo del tema e intención del documental; 2) participar activamente en el diálogo y el establecimiento de temas; 3) charlas posteriores a la grabación para establecer posibles tópicos importantes u otros a evitar en el documental (como descartar la mención de una expareja o el nombre de un conocido); 4) revisión del material grabado. En la etapa de edición, se procuró que la mayoría de protagonistas<sup>30</sup> vieran un primer corte del documental para conocer su opinión del mismo y plantear posibles cambios.

Entre las limitantes precisamente se encuentra el grado de involucramiento de los protagonistas, limitado a una participación “frente” a la cámara, es decir, como sujeto protagonista del filme, mas no propiamente como parte de la realización. En ese sentido, la cámara permitió determinada interacción pero también fungió en cierta medida como instrumento de poder, ya que fue el equipo de producción –Salvador, Urzula y yo– quienes primordialmente tomamos las principales decisiones durante la producción.

Un último corolario sobre las limitaciones respecto al uso de la cámara: el conocimiento de que se está siendo filmado. Lo que aquí me interesa resaltar es el carácter sobradamente consciente de estar frente a una cámara. Es decir, los interlocutores eran plenamente

---

<sup>30</sup> Todos fueron buscados vía internet, desde Quito a México para observar ese primer corte en julio de 2017.

conscientes de los momentos en los que estaban siendo grabados, con reacciones como *performance* exagerados o su opuesto, intimidación frente al dispositivo. El pleno conocimiento de ser grabado es una de las virtudes y ejes éticos del trabajo realizado, pero resultó paralelamente un arma de doble filo ya que las personas limitaron algunos de sus discursos al ser filmadas. Existió una compleja reflexión por parte de los sujetos sobre qué se dice y qué no frente a la cámara. Algunas personas conversaron amplia y tendidamente *off the record* sobre, por citar un caso, las condiciones laborales actuales en Bio Pappel –la administración actual a cargo del Grupo Durango–, pero al momento de proponer grabar dicho discurso muchos de ellos prefirieron el anonimato. La manera informal y cotidiana de platicar anécdotas y bromear es otro ejemplo de situaciones que se vieron atenuadas ante la presencia de la cámara.

#### **4. Construir una narrativa: el montaje en la generación de conocimiento**

Como se ha resaltado en este trabajo, al momento de construir una narrativa se partió de la expectativa de generar un conocimiento distinto al escrito. Si bien la cámara funcionó primordialmente a modo exploratorio, gradualmente se fue estructurando un bosquejo del eje argumentativo, los posibles hilos conductores y los modos de representación, elementos que dieron la pauta a la segunda etapa de la producción. Una vez seleccionados los protagonistas y algunas de sus historias y relaciones entre sí, las grabaciones se fueron dando de una manera más concreta y planeada, con objetivos y temas cada vez más claros y concisos.

Mirándolo de esa forma, fue viable fijar posturas al momento de grabar, las cuales repercutirían en el montaje final como, por citar un caso, la grabación de algunas entrevistas únicamente con grabadora de audio y sin video, o su opuesto, el acompañamiento en actividades diarias con registro únicamente en video y sin grabadora de audio. Desde un inicio se optó por registrar por separado actividades y discursos, en aras de evitar tanto el cine observacional como el uso excesivo de entrevistas a cuadros como ‘bustos parlantes’, y en su lugar buscando formas creativas de presentar la voz en off de los mismos protagonistas. Esos retos y decisiones se fueron presentando en diversas ocasiones durante los meses de grabación, tomando siempre consciencia de las implicaciones que conllevarían durante el trabajo de campo, así como en un futuro en la sala de edición. En resumen, la narrativa no se construyó en su totalidad durante la posproducción, sino que se comenzó a pensar y estructurar desde la etapa de preproducción y producción.

Dicho eso, una vez grabado, el material se analizó de diversas formas y en distintos momentos. Algunos caminos se fueron tomando sobre la marcha al revisar el material, casi de manera diaria, junto con el equipo de producción, Urzula Reyes y Salvador Ochoa. Las ocasiones en que acompañaron la grabación, se hospedaron en el cuarto que rentaba en Tuxpan y noche a noche conversábamos de cómo veíamos el documental, qué nuevos temas iban surgiendo y cuáles se iban quedando rezagados. Además, veíamos fragmentos de lo grabado durante la jornada para evaluar y considerar futuros cambios. Así, se decidió que algunos tópicos más delicados (como el arraigo o la privatización) los registraría en charlas individuales –sin el equipo de producción–, registradas únicamente con grabadora de audio y cuya inclusión en la versión final implicaría la grabación y búsqueda de imágenes. También lanzábamos consejos sobre la manera de plantear algunos temas, la posición de la cámara o la elección de encuadres.

De tal forma, la estructura fue definiéndose de a poco y con constantes transformaciones. Mi idea inicial para la estructura del documental fue: explicar al espectador la creación del pueblo con video de archivo de los años cuarenta; esbozar las políticas neoliberales en México mediante la inclusión de discursos presidenciales durante la década de los ochenta y noventa, para, en un tercer momento, presentar el testimonio de trabajadores de Atenquique al respecto. La concepción inicial, como podrá dar cuenta el lector que visualice el documental *Pueblo de papel*, sufrió un giro de 180°, quedando poco o nada de ese punto de partida contemplado en la preproducción.

Las historias de la clase trabajadora cobraron mayor peso; el inicio del documental se volvió más ‘personal’, más humano e inclusive anecdótico, con nulas o pocas referencias a la fábrica y su venta. La privatización y posteriores cambios quedaron esbozados en la segunda mitad del documental, y de una manera mucho más breve –no por ello menos importante– de lo que contemplaba al arranque del proyecto. El video de archivo tuvo un peso menor, y las imágenes de expresidentes de México fueron suplantadas por tomas de una boda en Atenquique sucedida 17 años atrás, que evidentemente poco tenían que ver en cuanto a contenido.

Ese y otros tantos giros más se fueron dando durante la producción y postproducción a raíz de distintas charlas y sugerencias por parte del equipo de producción, pero también de los protagonistas. A todos ellos se les preguntaba por dónde creían que iba la película, se mostraban fragmentos de lo grabado, se comentaba de cómo iban las grabaciones, el proceso

de guión y edición. Aunado a ello, un primer corte fue enviado a los protagonistas para su visualización y comentarios, etapa clave del proceso en donde la retroalimentación forjó el segundo corte, la versión final de *Pueblo de papel*. Este proceso fue valioso; permitió conocer qué pensaban los protagonistas sobre su participación y la estructura general del documental. Implicó a su vez un proceso de negociación; se tomaron en cuenta todas sus observaciones, llegando a convenir ciertos cambios. Por ejemplo, una persona solicitó no aparecer caminando de espaldas, situación que se respetó y por ende, se cambió. El resto de comentarios fueron en general positivos, y llevaron también a reflexiones propias de su parte. En una conversación vía redes sociales el 13 de agosto de 2017 con el autor, una de las personas comentó: “Tengo eso que llaman ‘un nudo en la garganta’ [...] he pensado mucho en mi pueblo, reflexionando en que pertenezco a una generación que no tiene posibilidad de volver al pueblo en que nació”.

De forma gradual, los interlocutores mostraron interés por saber cómo iba el documental, cuáles cosas se iban a incluir y cuáles no, qué postura se tomaría respecto a la venta de la empresa paraestatal, entre otros temas. El contacto con los protagonistas y otros interlocutores claves en Tuxpan y Atenquique continúa tras terminar el trabajo de campo, manteniendo comunicación constante pese a la distancia, vía celular, redes sociales y correo electrónico. La visita al poblado y la entrega en físico del documental, sobra decir, es una prioridad apenas viaje a México.

En ese sentido, el documental es en buena parte para los protagonistas, y no responde únicamente a las exigencias de la academia. El producto audiovisual va dirigido en primer lugar a las personas involucradas, tanto a los protagonistas como a los participantes del proceso.

En cuanto al equipo de producción, estuvo conformado por seis personas, además de dos asesores. En la etapa de grabación se involucró Urzula Reyes en grabación de audio y Salvador Ochoa en cámara; en la postproducción participó Fernando Valencia en edición, Esteban Cárdenas en la composición musical, Carlos Chávez en el diseño de audio y Christian Benavides y Carlos Orozco en la corrección de color. Las asesorías estuvieron a cargo de la tutora de esta investigación, Patricia Bermúdez, profesora-investigadora de Flacso Ecuador, y Roberto Levy, documentalista y profesor en la Universidad de Colima.

Con ese amplio equipo, todas personas de mi total confianza, el guión sufrió constantes modificaciones. Salvador y Urzula se mantuvieron al tanto de los avances en la construcción del guión, haciendo sugerencias puntuales. Esteban propuso cambios a mi idea inicial de incluir instrumentos como el contrabajo y el acordeón, para culminar con una propuesta musical sobria basada exclusivamente en guitarra. Fernando, con un constante trabajo en mancuerna en la sala de edición en Quito, compartió opiniones y propuestas para mejorar el ritmo. Patricia y Roberto visualizaron un primer corte del producto audiovisual, a partir del cual propusieron oportunos cambios que se plasmaron en la versión final.

A todos ellos, basta decir, les estoy profundamente agradecido. No sólo en el plano afectivo, sino que en el proceso de investigación y de realización del documental realizaron valiosos aportes que demuestran la valía de trabajar en equipo, y en el caso del documental antropológico, con un énfasis aún mayor en que sea un equipo de confianza. En particular, la etapa del trabajo de campo debió contar con colegas que estuvieran en la misma sintonía, cuya participación no implicara riesgos al momento de grabar y que, paralelamente, tuvieran la confianza de plantearme sugerencias y errores durante la grabación. “No interrumpas, espérate a que termine la gente de hablar”, “no les preguntes sobre Atenquique en general, sino sobre qué es Atenquique para ellos”, fueron algunos de los consejos que me sugirió Salvador.

Una vez realizada una primera edición, el primer corte fue puesto en común en cuatro espacios: los protagonistas del documental, el equipo de producción, asesores externos y estudiantes del posgrado. A todos ellos se les pidió una opinión del corte, una retroalimentación y sugerencias para posibles cambios. Los protagonistas, por encontrarme yo en Quito y debido a la distancia, recibieron el material por correo electrónico y redes sociales. Lo mismo sucedió con Urzula y Salvador, y con la asesoría del profesor Roberto Levy. Con mi asesora en Flacso, Patricia Bermúdez, tuve oportunidad de reunirme a conversar tendidamente sobre la estructura narrativa del filme. Por último, el trabajo fue expuesto en grupo con compañeros de la Maestría en Antropología Visual durante el taller de tesis en julio de 2017, con valiosas aportaciones en aspectos de forma y fondo.

Pasando de lleno a la estructura de la película, esta juega con diversos momentos, en un ir y venir que mezcla discursos de diversos personajes. La intención fue que el espectador comprenda, de a poco, el hilo conductor del documental: el amor de los protagonistas por el pueblo. En la primera mitad se entremezclan anécdotas graciosas, apodos y chistes de doble

sentido de forma ligera, sin contar –a primera vista– con una temática en común. Para la segunda mitad es el tema el que une los discursos de los protagonistas: lo bonito que fue el pueblo, la privatización de la fábrica, el abandono de las casas y, por último, la fiesta anual en que todos vuelven a Atenquique por un día. En el guión se identifican cinco momentos, detallados en la siguiente tabla:

Figura 4.1. Estructura del documental *Pueblo de papel*

1. INTRODUCCIÓN AL PUEBLO	Breve introducción al pueblo, la fábrica y el ritmo de vida lento.
2. PERSONAJES	Introducción de los protagonistas mediante anécdotas en común, burlas y apodos entre sí. De manera intencional, no se hace alusión a sus nombres ni profesión. Se presentan entremezclados.
3. AÑORANZA	La temática en común une a los protagonistas: añoranza por el pasado del pueblo. Se explayan acerca de las condiciones socioeconómicas de décadas anteriores.
4. LIQUIDACIÓN 2001	Se resuelve al espectador la razón por la que los protagonistas hablan en pasado mediante una breve explicación de la venta en 1987 y liquidación en 2001. El video de archivo es esencial para presentar este último proceso.
5. ABANDONO	A modo de cierre, se concluye explorando la situación actual del pueblo y las casas, así como reflexiones finales sobre el proceso migratorio.

Fuente: elaboración Alejandro Ponce de León Pagaza

Las cinco partes del documental buscaron construir gradualmente un conocimiento sobre el pueblo y los protagonistas; que el espectador descubriera de a poco el hilo conductor de la película, la importancia y aporte de cada uno de los personajes. Desglosemos ahora la figura 4.1. con el fin de comprender mejor el aporte de cada uno de los cinco momentos:

1) La introducción del pueblo busca situar al espectador, al tiempo de darle entender la tranquilidad del pueblo, y la centralidad de la fábrica dentro del mismo. Para ello, se observa la barranca de Atenquique, custodiada por los volcanes. El humo de una fábrica destaca entre

el tejado de las casas. Las casas y calles aparecen de a poco, lucen vacías. Hay una camioneta vieja estacionada. Se contempla a la fábrica desde lejos. Mediante planos panorámicos, música lenta y el sonido de la fábrica papelera, se va mostrando de a poco la cotidianidad del poblado industrial. Entre las casas se observan animales: un perro descansa en el porche de una casa. Un señor espera sentado afuera de su tienda (Américo Manríquez). Un gato cierra los ojos y una mujer camina por la banqueta. El pueblo es tranquilo.

2) La segunda parte se torna ligera y un tanto desordenada. Se presentan, sin un claro hilo conductor, a cada uno de los protagonistas mediante acciones y pláticas curiosas, resaltando apodos y burlas. Un señor (Pedro Gutiérrez) barre afuera de su casa. Sentado a cuadro, platica cómo se vivía en Atenquique. Otro señor, Rubén Flores, aparece a cuadro en diversas ocasiones tratando de recordar en dónde se encuentran los diez hijos que tiene. Doña Lola Moreno, su esposa, los recuerda a la perfección. Un par de señores, Héctor y Nacho, “Los Trotamundos”, caminan por los alrededores de Atenquique. Platican, a modo de albur, una novatada que les hacían en la fábrica. En un video de 1990 se ve el pueblo con árboles verdes, en tomas panorámicas: un automóvil baja por una calle y llega a un sitio, es una iglesia. Al interior, tiene lugar una boda: los novios, Gloria (Yuyis) y Jesús (Churros), están hincados escuchando al padre. Churros, en voz en off, comienza a narrar la boda. Ahí platica que el sacerdote los casó por sus apodos.

3) La tercera parte une por primera vez las voces para conformar un discurso en común, con distintos puntos de vista al respecto. Arranca con fotografías antiguas del pueblo, mientras varias voces narran cómo en décadas pasadas las mujeres solían buscar los trabajadores de Atenquique debido a sus altos salarios y buenas prestaciones. Posteriormente, los mismos protagonistas explican, por primera vez, que la empresa era paraestatal y había sindicatos. Cuentan las condiciones en que se vivió y las particularidades que implicaba vivir en el poblado.

4) De forma concisa, los protagonistas explican la venta de la empresa en los ochentas y la posterior liquidación de trabajadores en el 2001. Se narra la venta de la empresa y cómo fue vivido el proceso. También la liquidación y la manera en que los protagonistas tuvieron que dejar sus viviendas de toda la vida. De esta forma, el arraigo emerge un tanto implícito como punto central. La narración es acompañada por imágenes de archivo de las negociaciones durante la huelga de 2001.

5) Después de ver a los trabajadores exigiendo sus puestos laborales en 2001, la escena cambia a la situación actual del poblado: se visitan las que solían ser sus casas, ahora en completo abandono. La música lenta vuelve de fondo, mientras se narra el pesar que les da ver su casa hoy en día.

El documental consiguió convertirse, como lo sugiere Waterson (2007), en un vehículo de la memoria, en un soporte de conservación social de la misma (Guarini 2012). Las memorias en Atenquique fueron la materia central de esta investigación –escrita y audiovisual–, y su recuperación y discusión en el documental cometido primordial no sólo hacia la academia, sino principalmente hacia los interlocutores.

## Conclusiones

El objetivo inicial del cual partió este trabajo fue entender la producción social del territorio en el poblado industrial de Atenuquique. El estudio cualitativo realizado a partir de la memoria y el cine documental permitieron responder a la principal pregunta de investigación, sobre cómo se ha presentado producción social del territorio en Atenuquique a partir de la privatización de la fábrica de papel, desentrañando por una parte la compleja relación entre capital y territorio, y por otro, las diversas significaciones y prácticas tendidas sobre el territorio, de las cuales destaco el desarraigo (Loudior 2016) y la territorialidad (Montañez 2009).

En primer lugar, el arraigo se presentó de múltiples formas, como fue el caso de las caminatas constantes por parte de “Los Trotamundos” Nacho y Héctor; las visitas a su antiguo hogar por parte de Adriana y sus hermanas; la Fiesta del Ausente que año con año reúne a miles de personas que años atrás vivieron en Atenuquique. En segundo lugar, la territorialidad pone en juego las disputas por el dominio territorial; si bien las viviendas pertenecen a la compañía papelerera, los trabajadores y sus familias realizan apropiaciones simbólicas y materiales de distinta índole, como el llamar “mi casa” a su antiguo hogar o la modificación de las casas.

Sin embargo, la dinámica del pueblo, como en los *company towns* estadounidenses, estuvo y continúa estando marcada por las decisiones al interior de la empresa papelerera: la liquidación de personal o la reducción de salario han cambiado de manera significativa la realidad de Atenuquique. Desde una geografía crítica, las apropiaciones materiales y simbólicas no parecen rebasar las pautas marcadas por las políticas de la compañía. Los significados y prácticas de la clase trabajadora conviven, convergen y se enfrentan –como la huelga de cuatro meses en 2001– con la hegemonía que tiene la planta sobre el poblado.

En el caso de Atenuquique, se puede concluir que, en una disputa por la territorialidad, la empresa es la que lleva el mando. Estudiar los efectos del neoliberalismo –inclusive en la clase trabajadora sindicalizada– debe rebasar las paredes de las fábricas para reflexionar sobre la manera en que condiciona el espacio. En el caso de estudio, a la precarización laboral dentro de la compañía debe sumarse el desempleo, la migración y el desarraigo en todo el poblado.

Hecha esa observación, no es tarea sencilla resumir en unas pocas líneas los hallazgos principales de esta investigación, sobre todo reconociendo que, además del objetivo principal, se respondió a otras cuestiones teóricas y metodológicas. A continuación, a manera de cierre, trazo tres conclusiones principales. En la primera de ellas se retoman y sintetizan algunas de las consideraciones principales sobre la incorporación de la cámara en el campo, con aras a generar aportes teóricos-metodológicos en Antropología Visual. En segundo lugar, se esbozan posibles cruces disciplinarios: el aporte del cine documental a la geografía crítica, en especial para el estudio del territorio. Por último, se retoman discusiones sociopolíticas más generales; el estudio de caso en Atenquique planteó análisis más amplios para estudiar fenómenos como el arraigo, la migración y la flexibilización laboral, enmarcados en la implementación de políticas neoliberales en México.

### **1. El documental como motor de procesos. Reflexiones de la cámara en campo**

Uno de los aportes principales de esta investigación consiste en la reflexión generada en torno al uso de la cámara en la investigación social, y sobre las posibilidades y limitaciones del cine documental etnográfico. Estas consideraciones, cabe aclarar, no pretenden ser universales, definitivas o irrefutables, sino que apuntan a condensar la experiencia generada en la realización de esta investigación y del documental *Pueblo de papel*, filmado en un período de cuatro meses en el pueblo de Atenquique. En síntesis, se pueden trazar algunos puntos sobre la implementación de la cámara en este trabajo:

1) La cámara cumplió un doble rol: como elemento central durante el proceso de exploración etnográfica, pero a la par teniendo en mente la exposición de resultados a través de una película documental. Ardèvol (2006) plantea una división entre el cine etnográfico expositivo y el de exploración, distinguiéndose uno de otro de acuerdo al papel que tiene la cámara y la etapa de la investigación en que es utilizada. Empero, de acuerdo a la experiencia generada en *Pueblo de papel*, esta división no debe ser dicotómica y, por el contrario, sugiero abrirla a matices y mezclas entre ambos modelos. La cámara, en nuestro caso, fungió como elemento de exploración para generar información, pero también como un elemento que permitió recoger y retomar testimonios a partir de una investigación previa con cada sujeto.

2) Como desarrolla Nichols (2013), el concepto de representación conlleva a la centralidad de los problemas éticos en el cine documental. En nuestro caso, la confianza con los protagonistas se construyó de a poco y fue evolucionando con el paso del tiempo, aclarando posturas, objetivos, dialogando ideas y negociando procesos. Un sistema de 'confianza

negociada', como sugiere Grau (2002), el cual dio la pauta de todo el trabajo de campo, la edición del documental, así como la muestra, exhibición y circulación del mismo. Se buscó en todo momento que los 11 protagonistas de *Pueblo de papel* participaran con su opinión sobre el primer corte, tomando sus opiniones como un eje rector para la versión final.

En cuanto a la ética, vale la pena reiterar y resumir los puntos que marcaron la grabación y edición del producto audiovisual: acercamientos previos sin cámara con cada protagonista; puntualización de las intenciones de filmar y la importancia de su testimonio; aclaración sobre un futuro recorte y selección del material grabado, y por último, dejar sobre la mesa la posibilidad de quitar algún fragmento de lo grabado.

3) La investigación social puede hacer múltiples usos de los dispositivos audiovisuales, tomando siempre en consideración que su implementación no se es neutral ni meramente instrumental. Durante la grabación, implica la selección de un encuadre, el recorte de 'una realidad', el establecimiento de relaciones dialógicas con las personas filmadas. La observación misma, indica Grau (2002, 120), nunca es descarnada, y por el contrario implica a menudo la incorporación de sentimientos y emociones que influyen en el resultado. Más aún, en la etapa de la edición, si el encargado es primordialmente el cineasta-investigador, es más evidente: se pasa por la construcción de un guión, la elección de un modo narrativo, la selección de cierto material y el descarte de otro más. En nuestro caso, la cámara y mi participación no pretendieron ser neutras: el documental planteó evidenciar mi relación con los interlocutores, rigiendo primordialmente el modo de documental reflexivo y participativo.

## **2. Memoria y territorio desde el audiovisual**

A modo de cierre quisiera esbozar en estas últimas páginas una idea que fue emergiendo conforme avanzó el análisis en esta investigación: el cine documental para pensar el territorio. En los capítulos 3 y 4 desarrollé el tema del territorio y el cine documental, considero que lo hice por separado de manera deliberada, para mostrar los aportes teóricos y resultados obtenidos en cada uno de los ejes temáticos. Aquí, sin embargo, intentaré entremezclar la valía del documental con los estudios de territorio, y así bosquejar algunas ideas útiles para futuros estudios.

Los recorridos con video se plantearon inicialmente como una estrategia en el estudio del territorio, para explorar las subjetividades y significados tejidos sobre el poblado por parte de habitantes y exhabitantes. Se consideró como una vía práctica y creativa para indagar en los

lugares de la memoria, pero teniendo como horizonte una cámara exploratoria que detonara procesos y ayudara en la obtención de datos. Así fue: resultó ser una rica estrategia para comprender los significados establecidos en el territorio, retomar recuerdos de sitios específicos como antiguas casas, la fábrica o las barrancas en que se pasó la infancia. El hecho de utilizar una cámara permitió un registro de esa memoria; como lo indica Guarini (2012), la investigación fílmica se presenta como proceso, es decir, como fuente ilimitada de conocimiento, pero a la par como un soporte de conservación.

De esta forma, si bien la cámara fue el eje central de ese proceso y construcción de conocimiento, el material grabado también fungió como soporte de conservación, es decir, como resultado palpable de los procesos de memoria y como vía para transmitir el conocimiento antropológico. En ese sentido, los recorridos con cámara que en un primer momento se contemplaron exclusivamente por su cualidad para la investigación social escrita, terminaron por arrojar importante información de índole audiovisual, por lo que diversos recorridos fueron incluidos en el documental *Pueblo de papel*. La incorporación de la cámara en el campo de modo exploratorio, la flexibilidad en la construcción del guión, y la capacidad de que fuera el mismo campo el que dictara buena parte del rumbo del filme, permitieron que esos recorridos se convirtieran en un recurso central de la película.

El cine etnográfico, en este caso, sirvió para entender el territorio —el arraigo, la territorialidad, los sentimientos y afectividad hacia el sitio— de una manera cualitativa que difícilmente se hubiera alcanzado con otras metodologías, al menos no de la misma forma. Más allá de la transmisión del conocimiento antropológico mediante el audiovisual, éste permitió en el trabajo de campo el establecimiento de determinado tipo de relaciones sociales, de participación, involucramiento y performance por parte de los protagonistas. La presencia de la cámara detonó una emotividad específica y una manera de recordar el pasado rica en detalles de toda índole: el señalar un aspecto de la casa, caminar por escombros, recordar a partir de la visita a viejos sitios. El recuerdo y la añoranza, el modo en que se vive el desarraigo, la sensación de volver al pueblo, el grado de apropiación del territorio, fueron ejes temáticos planteados con y a partir de la presencia de la cámara.

Precisamente, entre los desafíos de la geografía humana delineados por Lindón (2011) se encuentra el estudio del aspecto experiencial y no material del espacio, invitando a generar nuevas relaciones conceptuales y metodológicas con disciplinas como la Antropología. Pues bien, la incorporación del cine en el trabajo de campo genera otro tipo de relaciones que

permiten ahondar en los aspectos simbólicos de las apropiaciones territoriales. Esta investigación no hubiera sido lo mismo de haber recurrido únicamente a historias de vida y grabación de entrevistas en audio.

La geografía humana y la geografía crítica se han visto envueltas en provechosos cruces teóricos y metodológicos con otras disciplinas. El cuestionamiento de las cartografías cartesianas mediante el mapeo radical es una muestra de ello, que permiten cuestionar la manera en cómo funcionan los mapas y reintroducir en estos las narrativas de quien vive el territorio. En esa misma línea, considero que la incorporación del audiovisual genera, por una parte, un interés mayúsculo entre los participantes, y por el otro, la posibilidad de explorar el territorio audiovisualmente: caminar por las calles, barrancas y casas de Atenquique, deteniéndonos en aspectos significativos para cada persona, arrojó valiosos datos cualitativos sobre la manera en que se entiende y vive el territorio.

Considero que el audiovisual permite estudiar los aspectos cualitativos de la experiencia humana en sus entornos físicos. Esta invitación fue planteada por Yi-Fu Tuan (2007) para comprender la topofilia: los vínculos afectivos, la intensidad y sentimientos por el lugar. Ésta puede ser palmariamente explorada mediante los recorridos con video. Este tipo de estudio, sugiere el geógrafo chino-estadounidense, debe plantearse el análisis de los vínculos afectivos, distintos entre sí en intensidad, sutileza y modo de expresión. Estos últimos tres aspectos, considero que pueden emerger, dependiendo de la temática y conflicto territorial, mediante y a través del uso de la cámara.

### **3. A 30 años de la privatización: neoliberalismo y conciencia de clase**

Como se detalló en la problemática de esta investigación (apartado 1.1.), el poblado de Atenquique se fundó alrededor de la compañía papelera CIDASA en los años cuarenta. Para 1987 pasó de ser una empresa estatal a manos privadas, siendo vendida al Grupo Durango. Desde entonces, se han implementado cambios al interior de la fábrica que tienen profundos alcances en la dinámica social del pueblo. En 2001, después de meses de huelga, la empresa despidió a 950 trabajadores y rompió el contrato colectivo de trabajo establecido 55 años atrás. Algunos trabajadores fueron recontratados con un contrato individual que, desde entonces, estipula menos beneficios laborales.

Este pueblo industrial fue un reflejo del desarrollo posrevolucionario en México, consolidando la conformación de una clase obrera sindicalizada. Las distintas

transformaciones del desarrollo industrial del siglo XX en México se vieron plasmadas en Atenquique. Desde su fundación en los cuarenta hasta su venta en los ochenta, el pueblo funcionó de la mano de la empresa estatal alcanzando un notable nivel de vida, condiciones socioeconómicas superiores al resto de la región, así como una tranquilidad y seguridad al interior de la comunidad. Pero fue precisamente el cambio del tipo de modelo el que provocó su declive y encogimiento. Así, en la década de los ochentas y noventas, las políticas nacionales adoptaron políticas de corte neoliberal que terminaron en la venta de alrededor de mil empresas estatales.

En el caso de Atenquique, la venta de la empresa implicó una considerable reducción de trabajadores: en 1986, previo a la privatización, la planta contaba con 1386 trabajadores. Para 2017, 31 años después, la cifra se redujo a 563 empleados, en condiciones laborales muy por debajo de las conseguidas en la época de un sindicalismo fuerte. Este estudio, a la par de preguntarse sobre el territorio y el arraigo, se cuestionó sobre las transformaciones en esas condiciones laborales. El resultado, parte de un diagnóstico global, es una marcada precarización laboral: antes era un orgullo trabajar en Atenquique, ahora es una vergüenza.

A través de las metodologías cualitativas planteadas, es posible plasmar las maneras en que se vivió la venta de la compañía, la liquidación de 2001, y sobre todo, el sentido que se les da en la actualidad a estos procesos relativamente recientes. El recordar es una actividad que se realiza en el presente. Pero esos sentidos respecto al pasado han ido cambiando, mostrando así la conciencia conformada entre la clase trabajadora. La memoria colectiva coincide y ha construido un discurso acerca de lo sucedido en donde se añoran las condiciones socioeconómicas pasadas, se precisa y nombra el grupo empresarial que ha cambiado la situación al interior (y exterior) de la fábrica papelera, y se reconoce que su situación se inserta en un contexto nacional y mundial más amplio de políticas neoliberales.

En 2001, el líder sindical Guillermo Legarreta plasmaba frente al gobernador de Jalisco y ante los medios de comunicación su repudio hacia las actitudes del empresario, Miguel Rincón Arredondo, y de todos los empresarios del país que estaban atentando contra los trabajadores. Hoy en día, 16 años después, parece que las cosas no han cambiado mucho en ese sentido, y tanto los trabajadores como los extrabajadores comparten ese repudio expresado durante la huelga de 2001. Doña Lola Moreno, en una comida de los domingos, se refirió a los actuales dueños de la empresa con las siguientes palabras:

Pero ellos [el Grupo Durango] saben cómo le hacen y cómo acaban con las cosas. Ellos quieren el dinero. Nomás es un grupito, un núcleo de sinvergüenzas que se juntan para acaparar todo y a los pobres ¡ah! si tienen que coman y si no que no coman. [...] Son hasta idiotas, porque ¿de qué les va a servir? Cuando una persona de esas se va a acabar en su vida tanto dinero que le está quitando a los trabajadores, ¡porque se lo está quitando a los trabajadores, les está quitando su derecho y ellos se están quedando con todo eso! (María Dolores Moreno, habitante de Atenquique, entrevista con el autor, 12 de febrero de 2017).

Frente al panorama descrito en el caso de Atenquique, se comparte el diagnóstico arrojado por investigaciones recientes en antropología y otras disciplinas sociales que analizan las transformaciones del capitalismo mundial desde el último cuarto del siglo pasado y que dan cuenta de los cambios en el mundo del trabajo, con el aumento del desempleo y la precarización laboral. Sin embargo, y he aquí otro aspecto transversal de este caso de estudio, una postura crítica con respecto a los *company town* en Latinoamérica permite comprenderlos como parte de un modelo de Estado paternalista, pero a su vez posibilita revisar la manera en que las políticas neoliberales de las últimas tres décadas han afectado, inclusive, a la clase trabajadora ‘más privilegiada’. Resulta demasiado fácil y engañoso, como lo plantea Harvey (2014), culpar a los trabajadores de ‘ahuyentar’ al capital; pero fue el capital, y no la gente, el que abandonó Atenquique, en un proceso semejante al de Pittsburgh, Detroit o Manchester.

Estas crisis del capital deben contextualizarse y entenderse como parte de macro procesos: “las profundas crisis en Indonesia o Argentina son juzgadas por el resto del mundo como casos de «mala suerte», ante los que sólo cabe encogerse de hombros. El pensamiento está dominado por explicaciones particulares y no sistémicas de las crisis” (Harvey 2014, 162), pero nada se dice sobre la huida y relocalización del capital. Este caso de estudio permite poner en cuestionamiento, como lo sugiere el propio Harvey (2004), la explicación totalizadora de una globalización avasallante y pensar en cambio en sus particularidades. Pensar la globalización como un proceso con atributos propios en cada sitio permite a su vez considerar las lógicas locales y resistencias: en este caso, un pueblo marcado por políticas nacionales, pero que cuenta con fenómenos propios como el desarraigo, la construcción social del territorio y las redes de significados ahí tejidas.

El análisis de estas dinámicas socioeconómicas globales debe anclarse en estudios específicos, locales y, sobre todo, con una marcada carga socioespacial. Partir de una visión como la sugerida por la geografía crítica permite considerar las superestructuras de la

expansión del capitalismo, cuyos efectos deben estudiarse a niveles micro. La relación es compleja, pero un análisis no debe nulificar al otro. Como lo indicó recientemente Harvey (2016), “tenemos que volver a pensar sobre las dinámicas del capital en la vida contemporánea. Y reconocer que no podemos hablar sobre los futuros urbanos si no pensamos en el futuro del capitalismo”. Los lugares locales no están por fuera de las lógicas globales del capitalismo, y Atenquique es una clara muestra de ello.

## Lista de referencias

- Aboites, Jaime. 1989. *Industrialización y desarrollo agrícola en México*. México: Editorial Plaza y Valdés.
- Aguayo Quezada, Sergio, Douglas Bennett y Kennet Sharpe. 1979. “El Estado como banquero y empresario: el carácter de última instancia de la intervención económica del Estado mexicano, 1917-1970”. *Foro Internacional* 20 (1): 29-72.  
<http://www.jstor.org/stable/27754835>
- Ardèvol, Elisenda. 2006. “La búsqueda de una mirada. Antropología visual y cine etnográfico”. Barcelona: editorial UOC.
- \_\_\_ 2008. “Cine etnográfico: relato, discurso y teoría”. *Documentos CIDOB Dinámicas interculturales* 12: 31-50.
- Arreguín, Barbarín. 2002. “En los treinta, de provincia al Ph. D.”. *Journal of the Mexican Chemical Society* 46 (3): 284-293.
- Baer, Alejandro y Bernt Schnettler. 2009. “Hacia una metodología cualitativa. El video como instrumento de investigación social”. En *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales*, coordinado por Aldo Merlino, 150-173. Buenos Aires: Cengage Learning Argentina.
- Banks, Marcus. 2010. *Los datos visuales en Investigación Cualitativa*. Madrid: Morata.
- Berger, John. 2005. *Mirar*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Bongers, Wolfgang. 2014. “Archivo, cine, política: imágenes latentes, restos y espectros en filmes argentinos y chilenos”. *Aisthesis* 48: 66-89.
- Bresser, Luiz. 1978. “El subdesarrollo industrializado”. *América Latina, cincuenta años de industrialización*. Premia Editores.
- Brito, Alejandra y Rodrigo Ganter. 2014. “Ciudad obrera: persistencias y variaciones en las significaciones del espacio. El caso de la siderúrgica Huachipato y su influencia en el desarrollo urbano del Gran Concepción”. *EURE* 40 (121): 29-53.

- Candau, Joël. 2006. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Capel, Horacio. 1989. *Geografía humana y ciencias sociales: una perspectiva histórica*.  
Barcelona: Montesinos Editor.
- Castel, Robert. 2010. *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Castells, Manuel. 1976. *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI editores.
- Cuevas, María José. 2017. Cine-foro del documental “Bellas de noche” realizado en el Poliforum Cultural Mexiac en Colima, 4 de marzo de 2017.
- Delgado, Orlando. 1991. “La industria estatal mexicana antes y después de la privatización: 1983-1989”. *Investigación Económica* 50(197): 413-444.
- Ellison, Nicolas y Mónica Martínez. 2009. “Paisaje, espacio y territorio: reelaboraciones simbólicas y reconstrucciones identitarias en América Latina”. En *Paisajes, espacios y territorios: reelaboraciones simbólicas y reconstrucciones identitarias en América Latina*, editado por Nicolas Ellison y Mónica Martínez, 7-32. Quito: Abya.
- Feld, Claudia y Jessica Stites Mor. 2009. “Imagen y memoria: apuntes para una exploración”. En *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante el pasado reciente*, 25-42. Buenos aires: Paidós.
- Fernández, Roberto y Pablo Hermansen. 2009. “Aproximaciones metodológicas para una sociología visual a partir del estudio de prácticas de memoria colectiva en el espacio público de la ciudad de Santiago de Chile”. *Espacio abierto Cuaderno Venezolano de Sociología* 18 (3): 445-460.
- Gabayet, Luisa. 1988. *Obreros somos: diferenciación social y formación de clase obrera en Jalisco*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco y CIESAS del Occidente.
- García Canclini, Néstor. 2010. *Imaginario urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Garza, Gustavo. 2002. “Evolución de las ciudades mexicanas en el siglo XX”. *Revista de información y análisis*. 19: 7-16.

- Giglia, Angela. 2012. *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Gills, Libertad. 2013. “Comuneros, pescadores, defensores del territorio: el caso de la comuna de Engabao Provincia del Guayas, Ecuador”. Tesis de maestría, Flacso Ecuador.
- González, Eduardo. 1980. “Política económica y acumulación de capital en México de 1920 a 1955”. *Investigación Económica* 39 (153): 113-142.
- González Cueto, Danny. 2004. “Una memoria visual para el futuro: La situación de los archivos fotográficos en el Caribe Colombiano”. *Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe* (1) 1.
- González, Everardo. 2015. Entrevista en TAP Especial Directores. Canal Once, 24 de octubre de 2015. <https://www.youtube.com/watch?v=xon-2k7gALg&t=27s>
- \_\_\_ 2017. “La entrevista en el documental”. Videoconferencia en la Universidad de Colima como parte del “Diplomado de realización de cine documental” de la Universidad Virtual del Documental, en la Facultad de Letras y Comunicación, 13 de febrero de 2017.
- Grau, Jorge. 2002. *Antropología audiovisual*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- \_\_\_ 2012. “Antropología visual: reflexiones teóricas. *Alteridades* 22 (43): 161-175.
- Guarini, Carmen. 2002. “Memoria Social e Imagen”. *Cuadernos de Antropología Social*, 15: 113-123.
- \_\_\_ 2010. “Baldosas contra el olvido: las prácticas de la memoria y su construcción Audiovisual”. *Revista Chilena de Antropología Visual* 15: 126-144.
- Güel, Pedro y Norbert Lechner. 2006. “Construcción social de las memorias en la transición chilena”. En *Subjetividad y figuras de la memoria*, editado por Elizabeth Jelin y Susan G. Kaufman, 17-46. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halbwachs, Maurice. 2004. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- \_\_\_ 2004. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos Editorial.

- Harvey, David. 2004. "Mundos urbanos posibles". En *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, editado por Ángel Martín Ramos, 177-198. Barcelona: Edición UPC.
- \_\_\_ 2007. *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- \_\_\_ 2016. "Urban futures". UCE-Habitat, Universidad Central de Ecuador. 20 de octubre. <https://www.youtube.com/watch?v=7VsUx2pCYmo>
- \_\_\_ 2014. *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- \_\_\_ 2017. "Debate y reflexión sobre la geografía como ciencia crítica. Abordaje teórico y perspectiva en los procesos del despojo y extractivismo". Coloquio *Geografía como ciencia crítica*, Universidad Andina Simón Bolívar Ecuador, 18 de julio de 2017.
- Hiernaux, Daniel. 2011. "Elisée Reclus: los albores de una "altergeografía"". En *La geografía contemporánea y Elisée Reclus*, editado por Guénola Capron, 23-42. México: El Colegio de Michoacán.
- Irving, Andrew 2007. "Ethnography, Art, and Death". *Journal of the Royal Anthropological Institute* 13: 185-208.
- Jelin, Elizabeth. 2012. *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Jelin, Elizabeth y Susana G. Kaufman. 2006. "Diálogos intergeneracionales en un grupo de investigación sobre memorias: algunas reflexiones". En *Subjetividad y figuras de la memoria*, editado por Elizabeth Jelin y Susan G. Kaufman, 183-197. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kaufman, Susana. 2006. "Lo legado y lo propio: lazos familiares y transmisión de memorias". En *Subjetividad y figuras de la memoria*, editado por Elizabeth Jelin y Susan G. Kaufman, 47-71. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lefebvre, Henri. 1973. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Edicions 62.
- \_\_\_ 2013. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lindón, Alicia. 2002. "La construcción social del territorio y los modos de vida en la periferia metropolitana". *Territorios: revista de estudios regionales y urbanos* 7: 27-42.

- \_\_\_ 2007. “El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas”. *Revista de Geografía Norte Grande* 37: 5-21.
- \_\_\_ 2011. “Los giros de la geografía humana y la búsqueda del sujeto perdido”. En *La geografía contemporánea y Elisée Reclus*, editado por Guénola Capron, 115-134. México: El Colegio de Michoacán.
- Livio de los Ríos, Víctor. 2007. “Las fusiones y adquisiciones en México en el período reciente 1986-2005”. *Economíaunam* 4 (12):60-92.
- López, Pablo y Marcelo Rougier. 2011. “La banca de desarrollo durante la industrialización por sustitución de importaciones en América Latina. Los casos de México y Argentina”. *Desarrollo Económico* 51 (201): 3-34.  
<http://www.jstor.org/stable/23612334>
- Louidor, Wooldy. 2016. “Articulaciones del desarraigo en América Latina: el drama de los sin hogar y sin mundo”. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Lustig, Nora, Jaime Ros y Leandro Wolfson. 1998. “Las reformas económicas, las políticas de estabilización y el "síndrome mexicano"”. *Desarrollo Económico* 37 (148):503-532. <http://www.jstor.org/stable/3467410>
- Martínez, Bárbara. 2014. “Cartografías en tránsito: mapas orales y memoria social en El Cajón (Catamarca, Argentina)”. *Runa* 35: 77-92.
- Medina Enriquez, José. 1988. *Atenquique una aportación a su historia*. México: Siglo XXI Editores.
- Montañez, Gustavo. 2001. “Razón y pasión del espacio y el territorio”. En *Espacio y territorios: razón, pasión e imaginarios*, coordinado por Sonia Aguirre, 15-32. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Editorial Unibiblos.
- Muriá, José y Angélica Peregrina. 2015. *Historia General de Jalisco Volumen VI*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- Nash, June. 2015. *Hegemonía empresaria en Estados Unidos: Claves para una etnografía de los ciclos industriales en las comunidades urbanas*. Buenos Aires: Grupo Antropología del Trabajo.

- Nichols, Bill. 2013. *Introducción al documental*. México: UNAM.
- Noruzi, Mohammad y Vargas, José. 2009. "Atenquique's environmental and economic development shrinkage in Globalization era". *Business Intelligence Journal* 2 (2): 343-354.
- Ortoll, Servando. 2009. *Con novedades del Camino Real: tres crónicas extranjeras, 1869-1873*. Morelia: Jitanjáfora.
- Pink, Sarah. 2006. *The Future of Visual Anthropology. Engaging the senses*. Nueva York: Routledge.
- Ponce, José Manuel. 1983. *Historia de Atenquique*. Ciudad Guzmán: Vera.
- Portelli, Alessandro. 1991. "Lo que hace diferente a la historia oral". En *La historia oral*, coordinado por William Moss, Alesandro Portelli y Ronald Fraser, 36-51. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rodríguez, María Teresa. 2009. "Identidad, subsistencia y territorio entre los mazatecos del sur de Veracruz". En *Paisajes, espacios y territorios: reelaboraciones simbólicas y reconstrucciones identitarias en América Latina*, editado por Nicolas Ellison y Mónica Martínez, 181-196. Quito: Abya.
- Rodríguez Jiménez, Pablo. 1996. "Retratos de familia en Credencial Historia". *Bogotá*, 84.
- Ruby, Jay. 2000. *Picturing culture*. Chicago: University of Chicago.
- \_\_\_\_\_. 2007. "Los últimos 20 años de Antropología visual – una revisión crítica". *Revista Chilena de Antropología Visual* 9: 13-36.
- Sánchez, Verónica del Rocío. 2014. "Significación del espacio y el tiempo, la memoria apropiada en el territorio: los diez barrios de la ciudad de San Pedro Cholula, Puebla". *Cuicuilco* 61: 211-244.
- Sennett, Richard. 2001. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- \_\_\_\_\_. 2004. "El capitalismo y la ciudad". En *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, editado por Ángel Martín Ramos, 213-220. Barcelona: Edición UPC.

- \_\_\_\_\_. 2006. *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Soja, Edward W. 2008. *Postmetrópolis: estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Tuan, Yi-Fu. 2007. *Topofilia*. España: Editorial Melusina.
- Vargas, José. 2011. “Decrecimiento del pueblo corporativo Atenquique y su declinación económica y ambiental”. *Ponto Urbe [Online]*, 8. Doi: 10.4000/pontourbe.1973.
- Wannöffel, Manfred. 1995. Regulación laboral en el proceso de la integración económica en América Latina. En *Ruptura en las relaciones laborales: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, México, Paraguay*, coord. Manfred Wannöffel, 11-26. México: Editorial Nueva Sociedad.
- Waterson, Roxana. 2007. “Trajectories of Memory: Documentary Film and the Transmission of Testimony”. *History and Anthropology*, 18 (1), 51-73. Doi: 10.1080/02757200701218239.